

Tray Mocha

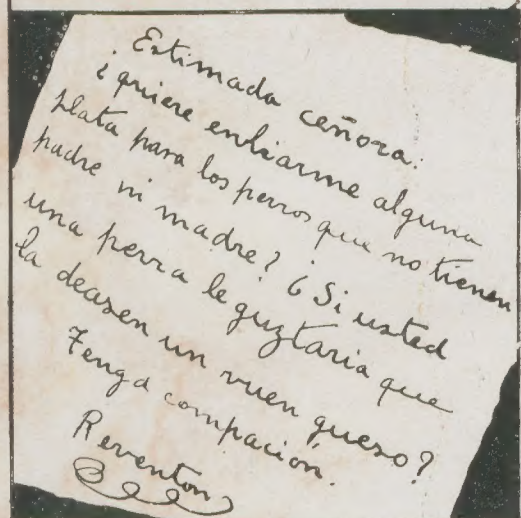
REVISTA

SEMANAL



"EVOCANDO LA DANZA"

N.º 797



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVI

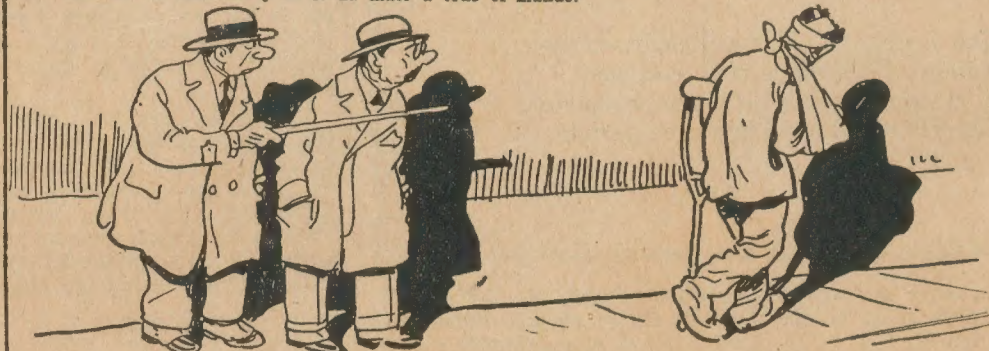
Buenos Aires, Agosto 2 de 1927

N.º 797

Balconeando la vida, por Rojas



—Los argentinos están quedando admirablemente en el torneo internacional de ajedrez que se está celebrando en Londres. Ayer, sin ir más lejos, un argentino le dió mate a un alemán en la tercer jugada.
—Pues tardó mucho, porque aquí cuando comienza una partida empieza a correr la bombilla y se le da mate a todo el mundo.



—¿Quién es aquel tullido?
—Dempsey, que anda así desde su math con Gene Tunney.
—¿Y qué dice Dempsey de su vencedor?
—Que es un muchacho encantador; que tiene unos modales tan suaves que parece enteramente una damita.



—La famosa cantante italiana, Lina Cavalieri a su regreso a Roma, después de haberse divorciado del tenor Murature, ha dicho que es una apasionada del fascismo y por lo tanto una admiradora del Duce.

—¡Qué lástima que a una cantante tan notable se le haya escapado ese gallo!



—En Egipto se ha descubierto la tumba de la reina Hetephera, madre de Cheops y al lado un ánfora que contiene agua del tiempo de las pirámides.

—No me interesa el agua. Si fuera vino ya era una cosa de pensarlo en serio.



—¿Qué te pasa?
—Mi mujer, hombre, mi mujer!
—Sin embargo a mí me es simpático el príncipe Carol, porque ha renunciado al trono de Rumania por una mujer.
—¡Porque no le tocó la mía!



El pescador que robó su tesoro a la hija del océano

Por J. Carmona Victorio

Sobre las quebradas rocas del ardiente litoral del golfo Pérsico, que los matutinos rayos de sol teñían con vivos matices de oro y fuego, la falange de pescadores de Manaar, mostrando sus bronceados cuerpos desnudos, hacían los últimos preparativos para lanzarse a las profundidades submarinas y arrancarle al océano sus tesoros.

¡Eran los pescadores de perlas! ¡De qué mágica sugestión están revestidas estas palabras!...

Porque las perlas, más que los brillantes, más que los encendidos rubies, más que las esmeraldas y más que los zafiros, tienen una misteriosa leyenda y su vida propia; esa vida sólo comprendida por los pescadores del golfo Pérsico, quienes con una bolsa pendiente de la cintura y un cuchillo sujeto entre los dientes, se sumergen entre las ondas, abiertos los escrutadores ojos, hasta dar con el banco de ostras guardadoras de las ambicionadas perlas.

Poco importaba a los esforzados nadadores de Manaar — los más famosos del litoral — salir a la superficie después de una inmersión de dos o tres minutos, sangrando por nariz y oídos, si eran portadores de perlas, porque en este caso el tesoro arrancado a las ondas podría convertirlos en dueños del placer y la riqueza!...

Muchas veces, el océano, celoso de que le robaran sus tesoros, tendía emboscadas a los pescadores, haciéndoles caer desmayados en los verdes abismos acuáticos antes de darles tiempo de remontarse hacia el aire libre, o bien les enviaba voraces tiburones y monstruosas rayas, que sostenían horribles luchas con los que iban a profanar el verde misterio. Cuando los hombres vencían a cuchilladas, eran los tiburones los que se elevaban a la superficie, abiertos los cuerpos con horribles tajos; mas ocurría a veces que sobre el sitio en que el nadador se había sumergido se producía un remolino que, gradualmente, se coloreaba de sangre, y el hombre no volvía jamás a la luz. No por eso los demás pescadores se desalentaban, sino que persistían con más empeño en su penosa tarea. ¡Cuestión de suerte!

Y diariamente se zambullían en las salobres aguas, con los ojos dilatadamente abiertos, en el fondo del mar, ávidos del ansiado banco ostrícola, para ir arrancando con sus cuchillos, de golpe, las ostras, a fin de que éstas, cerrando bruscamente sus conchas, no pudieran eliminar la perla o concreción globulosa que constituye en el molusco una enfermedad que aprovecha a los hombres para sus alardes de soberbia y de ostentación.

Los pescadores, una vez hechas sus exploraciones submarinas, tornaron a tierra, portando los tesoros robados a las profundidades misteriosas, y depositaron las ostras en grandes fosos abiertos bajo el sol tropical, donde los moluscos habrían de pudrirse lentamente, impregnando el aire de espantoso hedor, sólo comparable al que exhalan los cadáveres de las ballenas en la isla de los Osos, en pleno Océano Glacial Ártico. Luego, los pescadores, despreciando las mortales picaduras de las moscas carunculosas, emprenderían la tarea de extraer de los corrompidos moluscos las perlas, para lavarlas cuidadosamente, pulirlas con polvo de nácar y hacer la clasificación por familias, color y oriente, dedicando

las preferencias a las de tonalidades rosa y crema.

Entre todos los pescadores de Manaar era Ramadata el que por su vigorosa resistencia física y amplitud de pulmones mostraba mayor intrepidez y resistencia en las exploraciones a los bancos periferos. Ninguno como él tenía tan agudo golpe de vista para apreciar bajo las aguas las ostras guardadoras de los tesoros codiciados. Ramadata, joven, fuerte y varonil, consideraba las ondas como su propio elemento, y cuando, cuchillo

das sus intrépidas tentativas de robar al mar el tesoro exigido por el padre de su amada resultaban infructuosas.

Inútil era que Ramadata ofreciera frecuentemente al comerciante Devala hermosas perlas de finísimo oriente, arrancadas de las entrañas oceánicas, pues aquél siempre le rechazaba, mientras que decía: —¡Sólo la perla negra exigida te dará la mano de Susila!

Ni las súplicas ni las lágrimas de Susila, ni los reiterados ofrecimientos de Ramadata conmovían el en-

LA GRANIZADA

Sobre el repicado cinc del cobertizo,
Y el patio que, densa, la siesta calcina,
En el turbio vértigo de la ventolina
Ríen los sonoros dientes del granizo.

Ríen y se comen la viña y la huerta,
Rechiflan el vidrio que frágil trita,
Y escupen chisquetes de saltada espita
Por algún medroso resquicio de puerta.

Junto al marco rústico, donde pía en vano,
Refúgiase un pollo largo y escurrido.
Volcado en el suelo yace un pobre nido.
En el agua boyala flor del manzano.

Con frescor de páramo el chubasco azota
Cenizas de estaño la nube condensa.
Y al lúgubre fondo de la pampa inmensa,
Desgreñados sauces huyen en derrota.

Leopoldo LUGONES.

en boca, nadaba entre dos aguas, podía considerarse como un tritones audaz y vencedor.

Pero Ramadata no era feliz. No era feliz desde el día en que por vez primera se cruzó en su camino Susila, la bella hija del comerciante más rico de Manaar, el avaro cingalés Devala, poseedor de la más opulenta colección de perlas que hombre alguno poseyera en la tierra.

Ramadata enfebreó de amor, desde que sus ojos se reflejaron en las obscuras pupilas de Susila, quien no fué tampoco extraña al amor que por ella sintiera el joven indo. Susila y Ramadata comenzaron a amarse tiernamente, mas el padre de la muchacha se constituyó en el más invencible obstáculo de los enamorados, que no podían lograr con su unión la dicha mayor de su vida.

Puso Devala por condición que el hombre que aspirase a la mano de su hija Susila había de ofrecerle la más gruesa perla negra que hubieran contemplado ojos humanos, y desde entonces vió Ramadata muerta su alegría, ya que to-

exploración a los abismos marinos. Luego, Ramadata dió un salto y su cuerpo se sumergió rápidamente, rasgando las inquietas ondas que se abrieron suavemente para acogerle en su misterioso seno.

Entonces se desarrolló un cuadro maravilloso ante los atónitos ojos de Ramadata, quien contempló, lleno de estupor, cómo las linfas amargas se iluminaban con miríadas de luces de múltiples reflejos. Hacia el desesperado amante nadaban, formando magnífico y deslumbrador cortejo, todos los genios, tritones y sirenas del mar. En medio de la maravillosa comitiva, la hija del Océano, mitad mujer y mitad sirena, avanzaba majestuosamente, sueltos los rubios cabellos, adornados de perlas y de corales, dibujando en sus labios insinuadora sonrisa.

Ramadata fué dulcemente atraído por la fascinadora sirena, que le ofreció su mano, su corazón y su belleza. Más aun: sus tesoros. Sus tesoros fabulosos, incalculables, constituidos por fantásticos castillos de coral, guarnecidos por ejércitos de peces de las más raras formas y millones de perlas de cegadoras irisaciones.

Obedeciendo a una señal de la hija del Océano, los tritones y sirenas mostraron a Ramadata un fantástico banco de ostras, que ofrecían en sus abiertas conchas las más opulentas perlas, y entre ellas una espléndida, magnífica, de negro y deslumbrador matiz.

Ramadata, fascinado, tendió sus manos hacia las perlas; las palpó, las acarició y sus ojos se volvieron hacia la hija del Océano, como implorando amor... Mas el recuerdo de la bienamada Susila vino a herirle en la imaginación, y el ansia de vivir para ella le dió sobrehumanos alientos para resistir la tentación. Con titánico ímpetu se desasí la cuerda que le aprisionaba por la pierna a la piedra y se elevó a la superficie del mar, aprisionando a la diestra un puñado de perlas.

Los genios marinos emprendieron la persecución del ladrón; pero en aquel momento, Krishna, el dios del Amor, que velaba, se apiadó de Ramadata y produjo en las aguas violenta tempestad, que alejó a los perseguidores y condujo felizmente a la orilla al enamorado indo.

Cuando la aurora, con sus vivos matices, alumbraba las rocas, varios pescadores encontraron el cuerpo de Ramadata, que yacía desmayado en la arena, con la mano derecha fuertemente cerrada. Reanimado por los cuidados de sus compañeros, Ramadata fué volviendo a la vida. Ebrio de felicidad corrió presuroso a la casa de su amada, para mostrar ante los ojos del insaciable Devala la codiciada perla negra. Accedió el padre a entregar a su hija como esposa a Ramadata, y así pudo éste desposarse con su suspirada elegida terrestre.

Cuenta la leyenda que, cuando Ramadata, la noche de su boda con Susila, concilió el sueño, se le apareció el dios Krishna, quien le habló así:

—¡Fuiste, Ramadata, pescador que robó su tesoro a la hija del Océano, porque a tu espíritu de mortal lo animó el amor, y con el amor pudiste vencer al dolor y la muerte!...

El ramo de claveles

Por José Cintora

Fué en Málaga, la ciudad llamada por su belleza, perla del Mediterráneo.

Allá, por la parte alta del Guadalmedina, en la acera opuesta a los contrafuertes del río, había una casita de mísero aspecto, que comunicaba por su parte interior con un pequeño huerto cercado, que cultivaban los habitantes de la casa: un viejecito, pequeño de cuerpo, tostado por la intemperie y arrugado como una pasa, y su nieta, jovencita, casi una niña, de unos trece a catorce años.

La casita, medio derruida, y el huertecillo, inculto y abandonado, estuvieron así mucho tiempo, hasta que vinieron a ocuparlos estos nuevos inquilinos.

Más que en la vivienda, que en su aspecto no cambió nada, la labor y el trabajo del viejo y la niña se manifestó en el huerto, que, roturado y abonado convenientemente, producía a los dos años una cantidad de legumbres, frutas y hortalizas suficiente, con su venta en el mercado, para cubrir las pocas necesidades de aquellos dos seres, que vivían parcamente. Pero lo más extraordinario del huerto era el hermoso producto de unos macizos de claveles; claveles grandes, henchidos, aterciopelados, fragantes, de todos los colores, matices y jaspeados que el arte de la jardinería puede obtener de esta esbelta y bella planta.

Era la niña quien llevaba los claveles para venderlos a los puestos de flores de la ciudad y a las casas particulares, donde se los encargaban, unas veces en ramos — que la niña hacía primorosamente — para regalo, o bien sueltos, para que sirvieran de adorno personal en el tocado de las agraciadas muchachas malagueñas.

También muchos señoritos y mocitos de tro- no acudían al huerto, casi diariamente, para comprar a la niña, claveles con qué obsequiar a sus novias. De aquí que al primero se le llama Huerto de los Claveles, y a la segunda, Niña de los Claveles.

Paco, "Curro", según le llamaban sus amigos y contertulios de círculo, de café, de colmado y de otros lugares "non sanctos" — de esos que más habitualmente suelen frecuentar los señoritos bien, ricos y desocupados, — era un joven educado a la moderna, es decir, sin educación alguna; uno de esos señoritos achulados y cínicos, verdadera y vergonzosa plaga social de todas las poblaciones; de esos que se pasan la vida en perpetua juerga, que se divierten lo grande haciendo burradas, exentos de toda idea de decoro personal e ineptos para nada que sea noble, serio y formal; incapaces de sostener la menor conversación con una muchacha decente, por el hábito contraído de no tratar más que con mujeres de colmados y cabarets.

Este Curro — y de tal calaña — fué el que una tarde se presentó en el Huerto de los Claveles para comprar un ramo que quería regalar a una suripanta italiana de cabaret de género ínfimo, de la que andaba un poco enca- prichado.

La Niña de los Claveles le invitó a entrar en el huerto, y mientras ella formaba el ramo con las flores por él escogidas, escuchó, algo confusa y vergonzosa, los chicleos, un tanto apicarados y truhanescos, que el señorito sabía proferir... La pobre muchacha no era capaz de comprender el doble sentido y la aviesa intención de la mayor parte de las frases que le decía su galanteador.

Concluido el ramo, le dió Curro, diez duros — cantidad exorbitante, a juicio de la muchacha — y partió prometiendo volver con frecuencia, no sólo a comprarle más claveles, sino por el gusto de hablar con ella y estar un rato a su vera.

—Es una perita en dulce — se decía Paco mientras se alejaba hacia el centro de la ciudad...

Pero, de pronto se le ocurrió una idea estu- penda, una burrada colosal... Aquella misma noche tenía convenido con sus íntimos amigos y con la señorita del cabaret celebrar una

francachela en un colmado donde solían reunir- se trasnochadores y juerguistas.

Volvió, pues, Curro sobre sus pasos, llamó otra vez a la puerta de la casa del Huerto de los Claveles, salió la niña, y él le dijo con toda la ingenuidad que pudo fingir:

—Mira, niña; no me acordaba de que tenía que hacer unas visitas y no puedo ir cargado con este ramo. ¿Puedes tú llevarlo esta noche donde yo te diga?

—Sí, señor; no faltaba más, después de lo rumboso que ha sido usted...

—Te daré otra buena propina. Esta noche, a las diez, lo llevas a la calle de Siete Re- vueltas, número 5. Preguntas por la señorita Dora. ¡No faltes!

—Vaya descuidao, señorito.

El truhán se alejó diciendo para sí:

—Menudo juergazo vamos a correr esta no- che!... A esa le hago yo tomar la gran papali- na, y luego... ya veremos.

A las nueve de la noche regresó el viejo, que había estado en sus quehaceres fuera de la casa.

Al ver a su nieta compuesta para salir y con el hermoso ramo de claveles preparado, en- traron en explicaciones...

En el colmado reinaba una escandalosa ale- gría. Curro y sus amigos, con la Dora y otras mujeres descocadas, esperaban impacientes la sorpresa que aquél les tenía preparada.

—Es — decía el señorito chulo — una chava- lilla juncal, una perita en dulce...

—Sí, un bocato di cardinale — chapurreó la Dora.

Se abrió la puerta del reservado donde se hallaban, y un mozo dijo:

—Ahí preguntan por la señorita Dora.

—¡Que entre! ¡Que entre! — gritaron todos.

—¡Ahora veréis ustedes la flor de la canela!

—exclamó pavoneándose, Curro.

De nuevo se abrió la puerta y apareció en su dintel, con el espléndido y fragante ramo de claveles en una mano y el ancho sombrero en la otra, el viejo hortelano, menudo, renegrido y arrugadito como una pasa...



La bebida nutritiva por excelencia

La condición de la Malta Palermo, de ser fácilmente tolerada, permite que también los convalecientes — y en general todas aquellas personas delicadas de salud —, puedan benefi- ciarse con sus magníficas propiedades nutri- tivas, cuya bondad como tónico natural es ya proverbial.

Dada su fácil digestión y asimilación, su efecto sobre el organismo se manifiesta prontamente traduciéndose en un auspicioso bienestar general.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



Malta
PALERMO

Publ. P. A. Weber



Impresiones que el autor de estos comentarios trasmite a un amigo suyo, sobre el libro del poeta persa, y que trazan la psicología de las dos tendencias extremas del pensamiento: espiritualismo y materialismo.

Mi querido amigo: Allá van de retorno las "Rubáiyát", de Omar-al-Khayyam. Los he leído dos veces para hacer mejor el estudio del conocimiento que tanto me preconizaste. Sus parábolas, bañadas todas en vino de dátiles, me han mostrado los deseos del poeta persa, sus renunciamientos y arrobos simultáneos que lo sumergen en un lago ambrosíaco. Contra todos los veredictos de la conciencia y de la sabiduría, el bardo opone su tesis demasiado generalizada y profundamente materialista, no obstante su exquisita inspiración poética. *Uníos con una doncella de pálida cara y negros ojos*, le hace decir la falta de testimonio de otra vida mejor.

Admitido el consejo, prácticamente realizable por el sabio y por el patán, cabe el hacer notar que no se presenta el autor en su verdadera definición introspectiva. Cansado de inquirir la verdad de los mundos y de las cosas, abrumado por la inquietud de su espíritu, y absorbido por la fuerza de su voluptuosidad, llega a la conclusión de que esta última panacea es más agradable, más accesible que la meditación y el estudio. Entonces propone una fórmula, vale decir, un narcótico que ha de ser lo suficientemente fuerte como para hacerle olvidar el largo tiempo que dice haber consagrado a la investigación de la verdad. En rigor de ella, Omar-al-Khayyam ama el embotamiento, la inconsciencia, el automatismo ambulatorio; más aún, los deseaba. Para él, solo consiste la existencia en beber la mayor cantidad de vino posible; y aunque haya querido hacer de esto un símbolo, es manifiesta la evidencia de que en el fondo de sus vasos báquicos arde la realidad tangible de una apetencia sensual.

Es condición de la especie evolucionada, ante las dudas que originan las abstracciones filosóficas, que un pensador quiera forzar su marcha por la montaña del conocimiento. El mismo alcance del desarrollo espiritual del hombre lo torna impaciente, curioso, máxima cuando logra ver, cuál débiles relámpagos, algunos esbozos de la verdad que tanto busca y anhela. ¿Qué hacer? Cambia el sistema y abre la caja de Pandora. Danzan a su alrededor los elementales de la naturaleza con todo su séquito de influencias perniciosas para la inteligencia y la razón. El hombre halla un narcótico, una amnesia artificial: una flor adormidera que paraliza la acción normal de su cerebro.

Ya es sabido que el mal tiene cierto ascendiente sobre el bien. Para iniciar la marcha hay dos caminos opuestos; el uno conduce a lo primero, y el otro a lo segundo. De cien individuos puestos en el punto de partida y abandonados a sus libérrimas inclinaciones, noventa y nueve escogerán la senda del mal. ¿Por qué? La respuesta es bien sencilla, y es la que Omar-al-Khayyam inscribe en sus perfumados cálices.

Las grandes conquistas de la ra-

Las Rubáiyát

de Omar - Al - Khayyam

zón, de la inteligencia, de la observación y del estudio hubieron menester de enormes sacrificios que han contribuido a robustecer el acopio de experiencias sucesivas. En todo feliz descubrimiento e invento benefactor hay un principio de divinidad, y el reconocimiento de esta ley es lo que hace que el hombre sea superior a las otras manifestaciones vitales de este planeta. No importa que algunos hombres hagan mal uso de la vida que les prestó Dios; habrán de devolverla cuando así lo establezca su propio determinismo con la consiguiente interpelación de las leyes de causa y efecto, de retribución, de karma, empleando el lenguaje teosófico.

No quisiera que ni por un instante cruzase la idea de cualquier doctrina teológica. Tómese por base la ética universal. Gracias a la armonía y concierto siderales subsiste la familia de los astros; sus circunvoluciones, rotaciones y traslaciones, sus afelios y perihelios, sus afinidades, influencias y magnetismo, informan que por todas partes existen el orden, la medida, la inteligencia misma extendida a través de las regiones celestes. Música de las esferas: verbo divino de lo absoluto.

Sin este sello de la infinitud, los estados más sutiles no lograrían jamás constituir la última de las etapas a que se hallan obligados, fatalmente, todos los principios. Si ello ocurriera se originarían grandes desprendimientos; el concierto del sistema universal conocido sería alterado por un fenómeno de repulsión, y el movimiento torbellino engendraría nuevas formas de

existencia, pero caóticas, condenadas a un volver a empezar, y sujetas al desarrollo gradual de todos los organismos, a fin de ir completando sus indeterminados ciclos de existencia hasta tornar a su naturaleza original, única manera de poder vibrar en el mismo seno de la armonía.

La duda, la desesperación, la impotencia, conducen a serias claudicaciones. Omar-a-Khayyam es un claudicante; comenzó a beber, no precisamente el espirituoso jugo de la uva, sino las frescas aguas de los cocoteros. En un principio su formidable alma de poeta bien pudo iniciarlo en el misticismo lírico; pero luego su aguda sensibilidad, los apremios de sus profundas concepciones lo deslumbran, hacen correr a galope su sangre hasta entonces sabiamente contenida, y consiente en abrir todas las puertas que defienden sus voliciones, para recibir el bálsamo que ha de hacerle olvidar sus conquistas prístinas. Bene vino; he ahí su renunciamiento que trae implícita una doctrina monista, aconsejando un sistema de filosofía que tiende a la negación absoluta del espíritu.

He leído con especial detenimiento algunos pasajes del libro. Suaves como las palmeras de tórrida región son sus versos volcados en linda prosa castellana. Canta el alma de Omar. Gime el alma de Omar. Lloro el alma de Omar. A la verdad que, leyéndolos, sus aforismos parecen haber sido escritos sobre las ardientes arenas del desierto, bajo la luz rutilante de la luna; cabe la tibia guarida de un oasis.

¿Quién puede olvidar los cuentos de las mil y una noches? De

miel untados, los labios del bardo se estremecen ante el aliento de su compañera de ojos negros. ¿Cómo he de dejar de reconocer que en ese vivo panorama de amor hay poesía? Sí, la hay; pero su poesía es enervadora y (¿por qué no decirlo?) sensual. En todos los fenómenos de dualidad que puntualiza la observación, gravita la ley de dos fuerzas que se compenetran. El espiritualismo de Omar-al-Khayyam es violentamente subvertido por la embriaguez de su sensorio y sus halagos. Más aún; puede advertirse que el empeño puesto por el poeta para divorciarse de la fe y de la sabiduría, negando a éstas todo patrimonio, finca en el deseo de eludir responsabilidades: se aparta del conocimiento. Destruído su sistema original, destruye la virtud de sus concepciones sobre la naturaleza abstracta; se torna idólatra de la realidad tangible, la más inmediata, la más lúbrica. Y bebe vino, símbolo y encarnamiento de su pretendido, único y verdadero dios.

¿Contaría la civilización presente con tanto material de ilustración y progreso si no fuera por los grandes idealistas de los siglos pasados? ¿Y qué es un idealista? Una inteligencia que modula puras vibraciones; un diapasón que da la nota inequívoca de la armonía; un deseo del corazón, no del vientre. La desgracia del poeta persa consiste en haber convertido en polvo su propio castillo de cristal, para luego llorar sobre sus ruinas una existencia que ya no se pasearía jamás por los espacios celestes. El astro de Omar lo repite constantemente en cualquiera de sus élogos. Y para consuelo y resignación del pseudoascetismo que lo tortura, pretende engañarse a sí mismo; se da una inyección de sangre de mujer mezclada con vino, y exclama: *¿Hasta cuándo, oh filósofo!, discutirás sobre la creación y la eternidad? El día que yo ya no exista... ¿qué me importará que este mundo sea viejo o nuevo?*

La bondad infinita, que llega siempre oportuna a los corazones, hace decir a los comentaristas de Omar-al-Khayyam: *¡Dios tenga misericordia de él!*

Y yo agregó: Guardad vosotros, quienes habéis recorrido las viñas grávidas del alma de Omar, un sentimiento de simpatía y condescendencia hacia el inspirado vate que, por haber subido demasiado alto sin el equilibrio de la fe y de la pureza, su caída al mundo de las formas fuera más demoledora.

El siguiente aforismo, también de origen oriental, es un poderoso antídoto: *El placer mismo, el placer puramente sensual y material, los goces que dan la fortuna y las posiciones sociales más elevadas, se escapan entre nuestros dedos cuando extendemos la mano para cogerlos, dejando tras sí triste cansancio o una sed más ardiente. De lejos parecían algo; vistos de cerca son nada.*

Al cerrar el libro, por segunda vez, he experimentado una vaga angustia. Los versos de Omar-al-Khayyam me parecían rosas amarillas, grandes rosas dispersas sobre la tapa de un féretro, por cuyas ranuras parecían asomar unas cuantas lágrimas de amor.

Moisés M. COHEN.

El alma de la noche

¡Anochece! El sol padre hunde su oro entre la gasa negra de una nube, y la sombra diríase que sube de la tierra a los cielos... El sonoro

surtidor de mi patio da sus quejas mientras las flores pliéganse en el muro; como la noche noto que está oscuro mi corazón que adormeció sus quejas!

Se intensifica con la densa sombra mi vida inquieta, en tanto que se alfombra de estrellas el vacío y en la calma nocturna que me enerva y se difunde, el alma de la noche se confunde solemnemente con mi pobre alma!

Felix B. VISILLAC

LA RISA

Por Leónidas Andreiev

A las seis y media estaba yo loco de alegría. Tenía la seguridad de que iba a venir ella. Mi gabán, cerrado por el cuello solamente, se hinchaba al soplo del viento. Pero yo no sentía el frío.

Sin embargo, la amaba desde hacía apenas cuatro días. ¡Pero era yo tan joven y había tanta ternura en mi corazón, que no podía permanecer insensible ante aquellas que me la recordaban! Y eran mis pasos rápidos y ligeros. Y me sentía seguro y audaz.

Dos botones cerraban mi abrigo a las siete menos cuarto. Ya no había provocación en mis ojos. A todas — excepto a la que yo esperaba — podía llevárselas el diablo. Mi andar se hacía cada vez menos seguro. Por el contrario, más vacilante...

Sentí calor de pronto. Eran las siete menos cinco. Y luego, frío, un intenso frío. Eran las siete menos dos minutos. Al dar las ocho estaba seguro de que ya no vendría.

Pero a las ocho y media aun la esperaba. Iba y venía, tiritando. Mi andar se hacía cada vez más pesado, como el de un pobre viejo que vuelve dolorosamente a su asilo...

¡Y era ella, ella la causa de tanto sufrimiento! ¡Demonio! ¡Demonio!

Pero, no... Acaso no la han dejado salir. Acaso se haya puesto enferma. ¡Muerta, quizá! ¡Y yo que blasfemaba!

II

—Irás Eugenia Nikolaieuna— me dijo un compañero de estudios, en un grupo de amigos en que me encontraba pocos minutos después.

—¿De verdad? ¿De verdad?

Y pensaba, rabioso: “¡Maldita mujer!”. Pero tenía buen cuidado de ocultar mi despecho a los que no podían saber que yo había estado esperándola durante dos horas, y bajo aquel frío horripilante.

—Se trata de una fiesta en casa de los Polozoff. No he estado nunca en casa de los Polozoff. Esta noche sí voy.

—Amigos míos — exclamé de pronto alegremente — esta noche es Nochebuena. Todo el mundo se divierte. También debemos nosotros divertirnos, como todo el mundo.

—¿Y cómo? — preguntó tristemente uno de nosotros.

—¿Y en dónde? — dijo otro camarada.

—Lo mejor es vestirnos de máscara y recorrer los salones de baile.

Esta proposición fué aceptada con entusiasmo. En medio de la gritería exteriorizadora de nuestro júbilo, contamos el dinero de que disponíamos. Eliminados los que prefirieron marcharse a sus casas, quedamos unos diez locos para recorrer los bailes. Invadimos una tienda de disfraces y la llenamos de frío, de juventud y de risas...

Yo quería un disfraz obscuro y sobrio, algo de cierta tristeza elegante, y pedí:

—Deme usted un traje de caballero español.

Muy alto debía ser el tal caballero. Envuelto en la amplia y aparatosa capa, creíame como o perdido en un vasto salón... “Me salí” del traje y pedí otra cosa.

—¿Quiere usted un clown? Un clown abigarrado y con cascabeles...

—¿Cómo un clown? — exclamé desdeñosamente.

—¿Un bandido, entonces? Mire qué sombrero y qué puñal...

El puñal... pase. Pero el bandido que me ofrecían no debía de haber llegado aún a la mayoría de edad.

El traje de paje, manchado como la piel de tigre, no servía para nada. Rechacé uno de fraile, terriblemente agujereado.

Ya no podía escoger. No quedaba más que un traje: de mandarín chino.

RETRATO DEL VERDADERO CABA-LLERO

El hombre magnánimo se conducirá con moderación en la buena como en la mala fortuna. Sabrá mantenerse digno en las posiciones más encumbradas como en las más humildes. No se dejará arrastrar por el éxito, ni abatir por la adversidad. Sin buscar el peligro, no le huirá, porque hay pocas cosas que le inquieten. Es sobrio de palabras y lento en expresarse, pero dice abiertamente y con valor su manera de pensar, cuando la ocasión lo exige. Sabe admirar lo que es digno de ello. Desdeña las injurias. No es dado hablar de sí ni de los otros, porque no se cuida de ser alabado ni de que los otros sean vituperados. No se queja por bagatelas y no implora auxilio de nadie.

ARISTÓTELES.

—Bueno. Deme ese chino.

¡Y me lo dieron! Era... El diablo sabe lo que era aquello. Y no me refiero al traje. No hablo de las botas demasiado chicas, de un abigarramiento estúpido.

No, no había más que de la careta. ¡Oh, la careta! Era la suya, si así puede hablarse, una fisonomía abstracta. Desde luego, tenía una nariz, una boca, dos ojos, y en ellos nada extraño, aparentemente; pero el conjunto no era el de un rostro humano. Yo no sé... Era algo tan calmoso, tan tranquilo, que parecía el de un muerto en su tumba. Por otra parte, no expresaba nada, absolutamente nada. Pero miraba con una tan inconcebible tranquilidad, que no era posible contemplarla sin sentirse poseído de una risa inextinguible.

Cuando me la puse mis camaradas se morían de risa.

—¡Estupenda! ¡La más original! —repetían y repetían incansablemente.

Yo casi lloraba viendo su alegría, pero cuando me miré al espejo de la misma tienda, también empecé a reírme como un loco... ¡Sin duda, había de ser yo la máscara más original!

De camino hacia la casa de los Polozoff, ratificamos el compromiso de costumbre: por nada del mundo nos quitaríamos la careta.

—¿Palabra de honor que no nos quitaremos la careta?

Y todos:

—¡Palabra de honor!

III

Indudablemente, decididamente, era yo la máscara más original. Rodeado de curiosos, empujado, pellizcado, arrastraba un cortejo de rostros hilarante. Y cuando, juzgando que se abusaba de mí, me volvía furioso, las risas de mis perseguidores estallaban en un estampido formidable. No podía distraerme a aquel círculo de loca algazara, que por instantes me ganaba a mí mismo. Entonces me ponía a gritar, a cantar, a bailar. Experimentaba la sensación de un universo giratorio, vacilante, borracho... Sin embargo, qué lejos de mí ese universo! ¡Cuán lejos yo de él; yo, aislado bajo mi careta!

Por fin, se cansó el cortejo de mis perseguidores, y al abandonarme pude unirme a aquella por la que había venido.

—Soy yo — le dije al abordarla. Y, hablandola, me sentía lleno de cólera, de temor y de ternura.



ro no pudo. La risa de antes volvió a ganarla, a vencerla. Oculto el rostro bajo su fino pañuelo de encajes, jadeaba:

—¡Mírate, mírate... ahí detrás... en el espejo! ¡Es que no he visto en mi vida nada más gracioso!

Obedecí. Me volví furioso, rechazando los dientes. El espejo me devolvió la imagen de la máscara imperturbable, estúpidamente tranquila, inhumanamente impasible.

La máscara me miraba, y atenazado por el dolor proferí una risa loca. ¡Yo también! Reía, reía... y temblaba de cólera. Hice un gesto repentino para arrancarme la careta, pero me acordé a tiempo de la palabra dada, y exclamé:

—¡No debes reírte!

Fué tal la violencia de la exclamación, que la risa se coaguló en sus labios. Volvió la cabeza y yo seguí en voz baja mi discurso de enamorado. Y jamás, jamás me he expresado tan bien, porque jamás he amado tan profundamente. Hablé de las torturas de la espera, hablé de las lágrimas envenenadas por los celos, hablé de mi alma, toda llama de amor. Hablaba, hablaba interminablemente, y pude ver la sombra que proyectan sobre las mejillas diáfanas las largas pestañas que descienden púdicamente, y pude ver cómo se enciende bajo la epidermis rosa el fuego de una dulce emoción, y pude ver quebrarse el cuerpo frágil de un sér que toda voluntad abandona.

Vestida de diosa de la noche, cubierta de encaje negro, era como un enigma ante mí.

Hablaba, hablaba — y las lágrimas hinchaban mis ojos, y el corazón palpitaba jubilosamente — y vi — ¡por fin! — florecer en sus labios la más apiadada de las sonrisas. Lentamente, volvieron a alzarse sus pestañas, y todo su rostro expresaba una confianza infinita cuando se tornó hacia mí.

Pero... ¡tampoco volveré a oír una risa como aquella risa!

—¡No, no! ¡No puedo! ¡No puedo! — gimió. — ¡Es algo más fuerte que mi voluntad!

Y se desgranó su risa en cascada sonora.

Hice un esfuerzo humano para que no me fallara el verbo. ¿Qué hubiera ofrecido, qué hubiera dado, en aquel instante, por disponer de mi rostro, de mi verdadero rostro de hombre? Me mordí los labios y mis lágrimas descendieron bajo la careta, bajo la máscara impasible, en la que todo era regular, tranquilo, de una irritante imbecilidad indiferente.

Y cuando, cojeando con mis botas horribles, salí huyendo, aun oí su risa sonora, su risa como un torrente rompiéndose alegremente contra la roca dura...

EL PUENTE

Por Arturo Alezzandrini

(A mis compañeros de tareas)

Remigio Salazar dormía en las horas de aquella mañana, después de una noche de poker, con la tranquilidad del que no ha perdido. Un mucamito, pelirojo, pispirete e indisciplinado — sirviente de pensión barata — entro en la habitación a grandes zancadas, para evitarse la tarea de despertar a ese mal pensionista, que sólo le daba tres pesos mensuales de propina, pero como Remigio no despertara, el mucamito pelirojo, empezó a mover con violencia el respaldo de la cama, Remigio, despertando, se sentó en el lecho y puso cara de tonto.

—¿Qué pasa? interrogó con los ojos a medio abrir.

—Una carta para Vd. señor.

—¿Una carta?

—...Y con sellos y escudos...

—¿Con sellos y escudos?

—Sí, señor. Vea usted.

El sirvientillo estiró el brazo y dejó en manos del semidormido el sobre alargado. Remigio se enteró del contenido: era un nombramiento, por el cual se le designaba escribiente en un Ministerio. Y pensó: "Caracoles ¿en la subsecretaría? Pues ya me veo yo cumplimentando a los senadores, gobernadores, diputados y demás "fabricantes" de leyes, bebedores de café y consumidores de lentes inútiles que visitan a los ministros".

Vistióse lo más pronto que pudo y salió silbando la marcha de San Lorenzo, pues se le ocurrió, que nada más a propósito para un flamante empleado nacional, que recordar la música patriótica. Recorrió las calles con aire solemne y para cada prójimo que cruzaba a su lado tenía un pensamiento de conmiseración: "Pobre hombre, pobre mujer, será un comerciante, un artesano, una modista?, ¿quién sabe?... yo soy un empleado nacional, trabajaré (?) en la Casa de Gobierno y pertenezco ahora por hecho y derecho a esa importante familia que no ignora ningún acontecimiento del día, lo mismo da que sea en Indochina, en Europa, en cualquier parte".

Transformada instantáneamente la personalidad de Remigio, por obra y gracia del nombramiento que lo instalaba dentro de la burocracia, viose ahora colocado por encima de la humanidad. Con este elevadísimo concepto de sí mismo pisó los umbrales de la casa de gobierno y se internó en el ministerio a que lo habían destinado. En la última parte del nombramiento decía: "... En consecuencia se presentará usted a recibir órdenes del señor inspector general". De manera que Salazar acudió al despacho de aquel funcionario y luego de una hora interminable de espera fué recibido y presentado a otro funcionario que por lo que pudo enterarse era el jefe de la oficina donde prestaría servicios en lo sucesivo. Este señor lo condujo al despacho. Remigio se sorprendió. Allí seguramente no acudían los personajes a quienes él había pensado cumplimentar. Era una habitación estrecha poblada de escrito-

rios a diestra y siniestra sin "alfombra roja" y, para colmo, anónima; nadie entraba ni salía, de no ser el jefe o los mismos empleados de vez en cuando. Las ilusiones de Salazar se derrumbaron como la piedra del Tandil. Las seis horas que antes se le habían ocurrido muy amenas, en las cuales pasaría el tiempo recibiendo amigos y ofreciendo algún conchavo de peón que sobrara en el ministerio, ahora la realidad le demostraba todo lo contrario y aquellas seis horas se le convertían en seis días, en una semana.

—Si al menos — pensaba — conociera el "movimiento" de la oficina... pero, nada, nada, nada...

Los compañeros y compañeras — tres hombres, tres señoras respetables y una señorita muy simpática, risueña y nerviosa — recibieron con toda amabilidad al recién llegado. Salazar, que en principio padecía de una incurable timidez transitoria, sintió, al ser presentado a sus futuros compañeros, una

mente en unos buenos pesos que trajeran forma de mujer. Ella apareció en el horizonte de las aspiraciones de Remigio: se llamaba Juanita, Juanita Millavacca. Era buena, era bonitilla, era obediente, era única hija; los padres tenían dinero y ya no hay más qué decir. Se conocieron en una fiesta del "20 de Septiembre" en el Círculo Italiano. Simpatizaron entrambos, ella más que él. Luego el teléfono, a poco el cine, más tarde una tía de Juanita se prestó, por instancias de la sobrina predilecta, a permitirle que se encontraran en su casa.

Un día le dijo Juanita a su enamorado:

—Remigio, es necesario que hable usted con papá; mamá me vigila, me importa; se me hace cada día más difícil mantener nuestras relaciones; por otra parte, comprometemos a tía Sabina... de todas maneras... nos sentiremos más tranquilos...

Salazar esperaba solamente estas palabras. Si él no lo había propuesto era porque no quería mostrar la hilacha. No obstante, le pareció más oportuno no evidenciarse aún, e inquirió:

—¿Le parece a usted, amada mía, llegado el momento?

—Me parece que sí... es mejor para nosotros...

—¿Su señor padre está en antecedentes de nuestras relaciones?

LA CALUMNIA

Puede una gota de lodo sobre un diamante caer, puede también de este modo su fulgor oscurecer. Pero aunque el diamante todo se encuentre de fango lleno, el valor que lo hace bueno no perderá ni un instante, y ha de ser siempre diamante por más que lo manche el cieno

Rubén DARIO.

turbación que le obstruyó el alcance de todos los sentidos. De manera que sólo atinaba a repetir, a cada mano que se le ofrecía, el consabido "mucho gusto".

Y se ubicó en un costado del escritorio del jefe y ensayó sonrisas con los empleados que le observaban de instante en instante, y así transcurrió ese día, esas seis horas inmensamente largas, monótonas, terroríficas...

Pasaron los días y Remigio se fué acostumbrando a la tarea o si se quiere la tarea se fué acostumbrando a Remigio. Empezó por vestir bien, por usar gomina, y crédito va y crédito viene, el caso fué que, andando el tiempo, nuestro héroe había tomado aspecto de banquero joven. Frecuentó el Tigre, se hizo socio de algunos "círculos" — que cada colonia instala en Buenos Aires para solaz y mantenimiento de las relaciones entre los connacionales — con la intención aviesa de encontrar algún buen partido. Está demás decir que Salazar bailaba muy bien, sobre todo el tango, y está demás decir la debilidad de algunas "gringuitas" por nuestra danza autóctona. De suerte que no fué para Remigio tarea difícil dar con su ideal — el ideal de Salazar consistía lisa y llana-

—No. Lo único que sabe es que tengo una "simpatía". Mi padre, ya se lo he dicho en otra oportunidad, es un hombre que vive concretado a sus negocios: es muy franco, muy serio, muy recto... es, en fin, todo "muy" en los actos de su vida.

A Salazar, sin saber por qué, le sorprendió un escalofrío al recordar la idiosincrasia del futuro suegro.

—Bueno, si es mejor para nosotros, decidamos el día, mi Juanita. Tú sabes, él debe saber que yo te amo, que ambos nos amamos, nada más me preocupa.

Fué la primera vez que Salazar tuteó a Juanita, aunque pudo haberlo antes — entre medio de un beso amante, por ejemplo — lo consideró impropio hasta llegado este momento.

Y el día llegó. Juanita había referido a su padre la historia de su proceso sentimental con el joven de sus predilecciones... pero había omitido un detalle importantísimo, capitalísimo: la ocupación del pretendiente. Don Filipo Millavacca ni se lo preguntó de propósito. Por lo demás, todo estaba dispuesto para la visita de Remigio. Al cabo sonó el timbre de calle.

—¡El! — se dijo Juanita.

—El — pensó la madre.

Si Usted Tiene Tos,

TOME

PASTILLAS RIN-RIN

En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1. — la caja

—Bueno, bueno... — soliloquió don Filipo.

Poco después Remigio apareció en el dintel de la sala, acompañado por su Juanita, que había acudido a recibirlo. Luego de las presentaciones de estilo, a las que Salazar contestó con un perturbamiento similar al de su debut en el "templo de la burocracia", don Filipo fué el primero en hablar, dejando traslucir su mal disimulada pronunciación itálica:

—Bien, mi amigo: yo soy un hombre poco acostumbrado a perder el tiempo. Empecé trabacando, luché y no me ha ido mal del todo que dicamos. Ma pero, esto no tiene importancia, e suerte, e constancia, e lo que e. Osté me ha gustado, me parece un muchacho útil; ahora dícame un poco, ¿de qué se ocupa?

Remigio se sintió arder, se sintió empequeñecido, disminuido, ante aquellas frases grotescas e imponentes y, sobre todo, ante la cortante pregunta del nuevo rico.

—Señor — contestó, mientras Juanita y la madre se prepararon a oírle — en primer lugar le hago notar que amo a Juanita, sincera e intensamente, que trataré de hacerla feliz sin recurrir a la protección de ustedes, aunque para eso ella tendrá que verse necesitada a cambiar de medio, pues mi sueldo no me permite por ahora, formar un hogar costoso...

—Eso no tiene importancia, hijo — solemnizó la madre, que conocía la "locura" de su hija por el jovenzuelo.

—Gracias, señora. Como decía, mi puesto en la "casa de gobierno" me permitirá algún día prosperar y entonces...

—¿Usted e empleado nacional? — preguntó don Filipo.

—Sí, señor...

—Caramba, caramba...

—¿Qué, papá? — interrogó Juanita, que conocía bien a su padre.

—Caramba, caramba — prosiguió don Filipo — ¿empleado nacional?... Me disculpa amigo, pero yo creo que un hombre que le falta un brazo e menos desgraciado que un empleado nacional? Yo creo así, ¿eh?

—¡Filipo! — reprochó la señora.

—¿Papá? — expresó Juanita.

—E, yo dig o aquello que pienso. Ma no hay que asustarse. ¿Usted se quiéreno? Bueno, yo le daré a esto muchacho un cargo en la fábrica; allí trabacará, mi amigo: aprenderá a manejar intereses...

—Pero, señor... estoy sorprendido... yo creí que mi puesto...

—Viruta, mío amigo, viruta y rutina, nada más. Yo tengo una sola palabra. Usted ya sabe lo que tiene que hacer...

Al día siguiente Remigio salió hacia la casa de gobierno con la renuncia "inmente". Ya no pensaba como antes sobre la inferioridad del prójimo que cruzaba a su lado. Perdió el aire solemne y no pudo menos que monologar:

—El ministerio ¿qué ha sido para mí? Un puente, simple y dolorosamente, un puente.

Seguimos adelante!

En nuestros terrenos de Vélez
Sárfeld (Floresta) hemos dado
comienzo a las obras, las que
fueron adjudicadas a la cono-
cida firma constructora

PERRONE & AYERZA

Por el vapor Cesare Battisti, han
llegado los 18 camiones marca
S.P.A. adquiridos para nuestro
servicio de trasportes, y que
también servirán para aca-
rrear las 1.170 toneladas que
:: pesan toda la maquinaria. ::

Suscríbase con acciones si desea obtener buenos dividendos anuales.

Nueva Cervecería Argentina

SOCIEDAD ANONIMA

Oficinas: Diagonal R. Sáenz Peña 555

PROXIMAMENTE: Nos trasladaremos a nuestro gran ensanche Esquina San
Martín y Diagonal Roque Sáenz Peña.

El pesquisante abrió la puerta de la bohardilla con tanta rapidez y violencia, que el miserable inquilino dió un salto atrás, hacia la pared, lanzando un chillido de terror.

—Mantente quieto, Twisty —dijo el policía, apoyando la mano derecha en el bolsillo del saco, abultado por el revólver.

—No tengo armas —gritó el pálido hombrucillo, sobrecogido de miedo. — Nunca uso armas.

—Lo sé. Hazme el favor de apartarte de la ventana. He venido solo, Twisty, pero ya sabes que conmigo no se juega.

El pesquisante era alto, robusto, de aspecto imponente. Su pronunciado mentón acusaba carácter, y su mirada severa y firme voluntad y resolución. Era un hombre resuelto a hacer carrera, y la haría, pesare a quien pesare. El único obstáculo en su camino era su mujer, Vera. No era, por cierto, de mal carácter, gastadora ni antipática. Era una perfecta mujer de empleado de investigaciones, simplemente. Nunca podría ser algo más. Su desgracia era no poder acomodar sus modales a las desmesuradas ambiciones de su marido.

Twisty no cabía en sí de espanto. Hasta entonces ningún pesquisante y alto empleado de la policía se había dignado ocuparse de su persona. Era un ratero traidor y cobarde, que apenas si lograba despertar el interés de algún sargento. Los que se ocupaban de él eran los cabos y agentes.

La actitud amenazadora del recién llegado le hizo pensar que le esperaba un castigo ejemplar por sus últimas hazañas; y la sola idea de un castigo bastaba para enfermarle.

El pesquisante Marlín le miró con más dureza al darse cuenta de lo que pasaba en la mente y en el corazón del cobarde ladronzuelo. Lo que quería precisamente era atemorizarle y hacerle temblar de horror.

—Tomás el Zurdo ha caído preso, Twisty — le dijo.

Twisty se contrajo todo entero como un animal que se asfixia, y con las manos temblorosas se tomó del cuello, faltarle de aire.

—Ya ha cantado de plano—agregó Marlín con voz terrible y amenazadora.

Twisty se recostó en la pared. Tuvo que hacer un esfuerzo para no caer. Las rodillas se le doblaban de miedo. Si efectivamente había hablado Tomás el Zurdo, le esperaban muchos años de prisión. ¡Y cómo destestaba la cárcel! Un hombre de su débil contextura física no resistiría seis meses de encierro en una cueva húmeda, oscura y fría. Tenía la cara lívida y los ojos desmesuradamente abiertos de espanto.

—Veo que te estás dando cuenta de lo que eso significa para ti —prosiguió el policía con voz inexorable. — Tomás nos ha contado muchas cosas, entre otras, algunas de tus últimas hazañas. No creíamos que fueses un pájaro de tanta cuenta.

Twisty se sentó en una silla, vacilando. No podía mantenerse de pie. Su rostro pálido se había vuelto verde.

Marlín le miraba sin pestañear, observando sus más mínimos movimientos. Un buen rato estuvo sentado sin decir palabra, lo que aumentaban aun más las torturas del miserable. Finalmente sacó una cosa de su bolsillo y la dejó caer

La bajeza tiene un límite

Por Douglas Newton

sobre la mesa. Era un brazalete de oro delicadamente cincelado, engarzado con diamantes.

—¿Reconoces esto? — preguntó el policía, lanzando un grito que

valiente que se aprovechó de mi ausencia de Londres para entrar una noche en mi casa y sacar las joyas de la caja de hierro de mi gabinete, situado al lado del dormi-

UN MILAGRO

Una mañana abrilena
fragante y llena de sol,
en la puerta del colegio
le di unos versos de amor.
Ella frisaba en los veinte
y yo en los cuarenta y dos
Su alma era de nieve y lirios,
de fuego mi corazón.
De fuego, aunque encanecía
mi testa de trovador.
Se encendieron sus mejillas
y a mí me tembló la voz.
Nos despedimos al punto
con un "Gracias" y un "Adiós".
Yo seguí calle adelante
y ella en el colegio entró.
Yo llevaba henchido el pecho
de una infantil emoción.
Mefistófeles no hizo,
ni hará nunca Voronoff,
un milagro comparable
al que su encanto y mi amor
hicieron aquella dulce
mañana llena de sol.

José PEREZ BOJART.

hizo sacudir de pies a cabeza al cobarde ladrón. — ¿No? — agregó al ver que Twisty no levantaba los ojos, callado. — Pues entonces yo lo reconozco. ¿Así que tú eres el

torio de mi señora? ¡Me extraña que ella no te haya oído! ¿Cómo es que no te oyó, miserable?

—No sé — murmuró Twisty, demasiado asustado para defenderse.

—No sé. Me cuidó mucho cuando hay mujeres. Estaría dormida seguramente.

—Es probable — contestó Marlín. — Pero este robo es lo de menos. Sabemos de ti cosas peores. Tenemos la lista completa de todas tus hazañas. El asunto de Langtoft te valdrá por lo menos siete años de presidio. Además están el robo a Mac Kellar y el asalto al Banco de Iredell...

—¿Por qué me tortura de este modo? — pensaba Twisty, que se iba volviendo loco de terror. Pensando un poco creyó darse cuenta del motivo de la visita del pesquisante.

—Le diré toda la verdad, Marlín — murmuró. — Le diré el nombre del verdadero autor del asalto de Langtoft y de Iredell, y le contaré cómo Jobbin me indujo a acompañarle en el robo de Mac Kellar. Yo sólo he hecho de "campana" en estos asuntos. El asalto de Iredell lo realizaron...

—Crowhertos y Weld — le interrumpió Marlín. — Lo sabemos todo. No hace falta que traiciones a tus compañeros.

Twisty merecía su reputación de felón y de cobarde. Era capaz de entregar a la policía a su más íntimo amigo, con tal de que no lo castigasen y le dejaran gozar impunemente del producto de sus robos y raterías. Era difícil encontrar en los bajos fondos de Londres un ladrón más desleal que Twisty, un ladrón a quien fuese más fácil hacer soltar la lengua.

—Sabemos la participación que en esos asuntos han tenido Crowherts, Weld y Jobbin — agregó el pesquisante, — pero ellos también saben que contigo no se puede contar, saben perfectamente que tienes la costumbre de traicionarlos cuando te encuentras delante del juez, y por eso han tomado sus precauciones. No fué posible hallar contra ellos ninguna prueba. En cambio, nos han dado pruebas más que plenas de que tú eres el único culpable.

—Pero le juro...

—Es inútil. Han preparado admirablemente sus coartadas, y no quieren ayudarte. Desean vengarse de todas tus traiciones. Así que, por más que jures y perjures, no te salvarás de tus diez o doce años de presidio.

Twisty cubrióse el rostro con las manos.

—Pero hay algo más de que me he olvidado hablarte — añadió Marlín. — Hemos averiguado que tuviste participación en el asunto de Tidiman.

El miserable saltó de su asiento. Con voz ronca gritó:

—Fué Collins; Collins, fué quien dió el golpe.

—Es posible — repuso Marlín con tono glacial, — pero no tenemos contra él ninguna prueba. Además se marchó a Sud América hace unos seis meses. Todas las evidencias te acusan a ti. ¡Hum! Este es un feo asunto: robo y asalto a la vez, un hombre herido... La ley castiga estas cosas con trabajos forzados...

Twisty trastabilló. Tuvo que agarrarse a la mesa para no caer. Si la prisión era para él un infierno, los trabajos forzados sobrepasaban las penas dantescas. Era tanto su terror que no podía hablar.

—No tienes salvación — insistió deliberadamente el policía. — Por un asalto con heridas graves corresponden trabajos forzados.

—Pero, jefe — murmuró el hombre con lágrimas en los ojos, —



ZORAIDA ZOÉE

La Diosa del
— misterio —

Vidente científica

Atiende todos
— los días —

**Talcahuano, 1086
BUENOS AIRES**

Al interior se atiende por correspondencia —

usted sabe que yo no soy el culpable. Usted bien me conoce. Basta echarme una mirada para darse cuenta de que soy incapaz de matar una mosca.

—Tenemos contra ti pruebas irrefutables. Según nuestras noticias, en el asunto de Tidiman sólo intervino una persona, y esa persona eres tú. Este es un asunto que te va a costar muy caro.

El policía examinó un rato la figura deplorable del ladrón.

—El juez, además — agregó, — no dejará de tomar en cuenta que han atado a una mujer indefensa...

Twisty irguió la cabeza.

—¿Usted sabe que no es cierto. Marlin! Seré todo lo miserable que se quiera, pero en mi vida he puesto la mano sobre una mujer. Este es mi único orgullo.

—La señora Tidiman recibió un golpe de cachiporra en la cabeza...

—¿Es completamente falso! ¡Jamás he tocado una mujer!

—¿Pero existe el hecho!...

—¿No hay tal hecho! Usted me está armando una trampa no sé con qué propósito. Yo soy un "gentleman", ¿sabe? ¿O tal vez ignora el significado de esa palabra?

El policía quedó un momento confuso. El, que quería llegar a ser un "gentleman" a toda costa, costase lo que costase, sintióse avergonzado ante ese miserable ladrón, traidor y desleal, que le daba lecciones de caballería.

—Tu galantería no te servirá de nada ante el juez, Twisty — agregó tras de un breve silencio. — Tidiman está herido de gravedad. Fue robado y asaltado en su propio domicilio. Ese trabajo lo realizó un solo hombre, un hombre que se encuentra aquí en esta pieza, temblando de miedo ante el espectro de los trabajos forzados.

Twisty se encogió al oír nuevamente la amenaza del terrible castigo. Le pareció sentir en la espalda los culatazos de los guardacárceles que le pegaban por su remolonería.

El pesquisante sacó su libreta de apuntes, leyó unos datos que necesitaba, y fijando su mirada en la cara del cobarde, le dijo:

—Te tenemos cogido en la red, Twisty. El asunto de Langtoft no tiene atenuantes, y si bien es verdad que la justicia sería contigo benigna si sólo hubieran cometido los robos de Mac Kellar y de Iredell, no hay esperanza de que te alivie la pena lo de Langtoft. El juez será contigo inexorable.

Esperó un momento a que el otro hablase; pero como Twisty seguía guardando silencio, prosiguió:

—Al final de todo viene el asalto de Tidiman. ¡Puedes imaginarte lo que pensará el juez a ese respecto después de todo lo demás! ¡Cuatro veces reincidente! Me parece oír la severa voz del magistrado: "Un criminal empedernido y depravado, un grave peligro para la sociedad". El juez Traling está ahora de turno; creo que lo conoces. "Es un peligro para la sociedad. — dirá. — Mi deber es aplicarle la máxima pena que permite la ley". Te estoy señalando lo que te espera cuando te entreguemos a la justicia, es decir, cuando yo te entregue, porque en este asunto intervengo yo solo... nadie está enterado de nada... Las pruebas que he acumulado contra ti son formidables... no, no "son", lo "serán" cuando las ponga a disposición del juez, si creo conveniente hacerlo...

Twisty estaba dispuesto a acep-



Ese "erizamiento"
de todo el cuerpo, con
malestar y dolor de cabeza
¡es un Resfriado!
¡No se lo deje agravar!

RESFRIADO que se descuida suele degenerar en bronquitis o en pulmonía. Inmediatamente tómese dos tabletas de FENASPIRINA y siga repitiendo esta dosis cada tres o cuatro horas. Si al acostarse toma otras dos tabletas, con una limonada caliente, el resultado será mucho más rápido.

La FENASPIRINA es uno de los descubrimientos más trascendentales hechos en nuestra época. A su gran poder curativo agrega la ventaja de no trastornar el estómago, ni la cabeza, como los produc-

tos laxantes a base de quinina.

Durante la epidemia de influenza, la FENASPIRINA, combinada con el limón, salvó más vidas que ningún otro tratamiento.

FENASPIRINA
El método moderno de curar un resfriado

¡Tengasiempre en casa un Tubo de veinte tabletas!

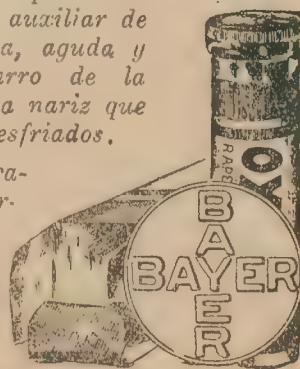
La FENASPIRINA se vende también en "Sobres Verdes" de dos tabletas, pero aunque esta dosis proporciona un alivio relativo, no se debe, naturalmente, esperar que ella baste, sino continuar el tratamiento hasta que los síntomas hayan cedido.

OXAN

UN nuevo producto "Bayer" que recomendamos como excelente auxiliar de la "Fenaspirina" para la coriza, aguda y crónica; el romadizo o "catarro de la cabeza", y la obstrucción de la nariz que acompaña generalmente a los resfriados.

Facilita la fluxión, despeja la cabeza y desobstruye la nariz, permitiendo así respirar libremente.

OXAN es un polvo muy fino, hecho a base de aspirina, que se absorbe por la nariz, lo mismo que el rapé.



tar todas las condiciones, con tal de librarse del espectro de la prisión y de los trabajos forzados.

—Se sobreentiende — añadió Marlin, — que tu pena dependerá de como yo presente las cosas a la justicia, o de cuáles de tus crímenes quiera yo callar por el momento. Tu castigo depende en mucho de mí.

—Sí, Marlin, todo depende de usted. Ya lo entiendo — repuso Twisty.

—De todos tus robos el que más me interesa es el que realizaste en mi casa, la noche en que yo "estaba ausente" de Londres.

Twisty sentía latir su corazón de ansiedad.

—En este asunto hay una cosa extraña — prosiguió el pesquisa. — No alcanzo a comprender cómo no te oyó mi esposa.

—Estaría dormida — contestó el bandido con voz ronca.

—¿Hum! No sé... ¿No entraste por casualidad en el dormitorio?

—No, no entré.

El pesquisante le miró fría y severamente.

—¿No entraste porque no quisiste o porque sabías que había un hombre en la pieza? ¿Fue por el último motivo? Me parece que debe de ser esa la razón.

Twisty no cabía en sí de asombro.

—¿Pero no estaba usted ausente esa noche?

—En efecto — contestó Marlin, sin quitar los ojos de la cara del criminal.

—Sin embargo... su señora es tenida por un modelo de mujeres virtuosas.

—Tengo ciertas sospechas desde hace algún tiempo. Ella es muy astuta, pero es difícil que a mí se me escape algo. Si confirmas ante el juez mis suposiciones... ¿Me entiendes lo que te digo?

Twisty lo veía todo claro. Veía la enorme ambición de Marlin y su deseo incontenible de escalar a toda costa las altas esferas sociales. Veía a su esposa Vera sirviéndole únicamente de obstáculo, completamente incapaz de brillar en los altos salones adonde Marlin hubiera querido llevarla. Lo veía todo con claridad meridiana. El pesquisante no podía aducir ante la justicia, pretexto alguno para obtener el divorcio de su mujer, puesto que todo el mundo la sabía un modelo de virtudes. Pero si conseguía un testigo que confirmara haber visto un hombre en su pieza, una noche en que él, Marlin, estaba ausente.

Twisty se apoyó con ambas manos sobre la mesa, y preguntó:

—¿Y si las cosas fueran como usted dice?...

—Si atestigüas, ante el juez, haber visto esa noche un hombre, solo con mi mujer, en mi dormitorio... te quedaré tan agradecido que olvidaré todos tus crímenes, inclusive el robo de mis joyas... Así que sólo te corresponderán dos meses de prisión menor por robo frustrado.

Twisty, que había mandado muchos hombres a la cárcel con sus mentiras, para salvarse de merecidos castigos, se inclinó sobre la mesa y dándole al pesquisante una bofetada, le dijo:

—¡Miserable! ¡Aprenda a respetar a su propia esposa si pretende ser un "gentleman"! ¡No sabe que la bajeza de los hombres tiene un límite? ¡Hágame condenar por el asalto de Tidiman! ¡Yo no contribuiré jamás a deshonorar ante el mundo a una mujer honesta!

Las recomendaciones

Por Max y Alex Fischer

I

La señora Popin había sido mu-
cama. Durante muchos meses se pa-
só las mañanas limpiando el lava-
torio y haciendo la cama de un tal
Baclé.

Este señor Baclé escribía en "El
Correo Teatral" — un mal diario
de la noche — una sección titulada
"Noticias falsas". Ultimamente ha-
bía consentido en recomendar a la
señora Popin al director del teatro
de la "Fantasía", y la señora Po-
pin había obtenido un puesto de
acomodadora.

Desde hacía varias semanas se
dedicaba en su buhardilla a zurcir
la gorra acañonada, característica
de su empleo. La señora Azeme, su
vecina de corredor, entró a visi-
tarla.

La señora Azeme hizo saber a la
señora Popin que el oficio de cria-
da había comenzado a desagradar-
le también a ella, y que estaba har-
ta de andar todo el día de un lado
a otro para caer en cama, al ano-
chechar, rendida de cansancio. Le
declaró asimismo que deseaba ser
acomodadora, y pasar el día entre-
gada a su "toilette" para ir por la
noche al teatro.

—Vamos, señora Popin — termi-
nó diciendo — ¿no podría usted
decirle dos palabras a su señor pe-
riodista? Me haría un gran servi-
cio.

—Nada me es más fácil, señora
Azeme. Hoy mismo le hablaré.

El nuevo empleo de la señora Po-
pin le había ganado en el barrio
una verdadera consideración. La
lechera, la frutera, todas las por-
teras a quienes había regalado en-
tradas, repetían con entusiasmo:

—¡Ah, esa buena, esa excelente
señora Popin!...

Y se dió cuenta de que si la se-
ñora Azeme entraba a su vez en
tan halagador empleo, la gente no
tardaría en decir:

—¡Ah, esa buena, esa excelente
señora de Azeme!...

Y se abstuvo de solicitar la in-
tervención del señor Baclé en fa-
vor de su amiga.

—Lo siento en el alma, señora
Azeme — le declaró esa misma no-
che. — El señor Baclé me ha dicho
que podía recomendar a una per-
sona; pero que a dos no le es po-
sible...

II

Durante tres días la señora Aze-
me visitó todas las agencias de
colocaciones de París.

—Entre los que piden una mu-
cama no hay un periodista? Acep-
taría treinta céntimos por hora,
en vez de treinta y cinco.

En el cuarto día iba a resignar-
se ya a abandonar su proyecto de
ingresar en el teatro.

—Y si fuera a pedir en "El Dia-
rio" que se ocupen de mí?

Un detalle la inquietó: ¿a quién
debería dirigirse en "El Diario"?
Por primera vez en su vida, des-
pués de haber leído cada artículo,
leyó también cada firma.

En la tercera página leyó: "Tea-
tros". Teatro de Novedades. Estre-
no de "Bibiche y Ratón" y exclamó:

—¡Qué tonta soy! Lo natural es
que vaya a ver al señor que escribe
sobre los teatros.

No recordaba bien los nombres.
Temía olvidar el de aquel que, de
antemano, consideraba como su
protector, y se dedicó a copiarlo
cuidadosamente en un pedazo de
papel, repitiendo letra por letra:
"i, n, t, e, r, i, m". "Interim".

III

Eduardo, uno de los treinta y
ocho ordenanzas de "El Diario",

UN SER

Vivir, ser una gota de luz entre la sombra,
una voz que quebranta los silencios augustos,
el perfume lejano, y la extraña corola
de un sueño de alas frágiles sobre el cristal del mundo.

Ser: lo que no se sabe bajo la eternidad...
ser el vaso pequeño de un dolor inaudito,
un guijarro, una estrella, una palabra, un alma...
la tristeza de un puente que ve siempre un abismo.

Tener entre las manos flores desconocidas,
y no saber nombrarlas según su claridad,
y tener mucho llanto guardado en las pupilas,
por ingenua vergüenza de llorar.

Ser locura, ser miedo, ser anhelo,
sentirse abandonado como una exclamación
perseguida por el eco,
así como paloma por un halcón.

Ser más, ser menos que lo que es,
sentirse a veces cosa y a veces flor,
o ruido, gesto, "querer",
o un silencio lleno de aprehensión...

Nada es más diverso que un ser,
ni más único en su dolor,
con su tristeza de "no ser"
y su irremediable amor.

Fernán Félix DE AMADOR.

acababa de hacerse cargo del ser-
vicio en la antesala de la redac-
ción. Aun no había tenido tiempo
de cambiar su saco burgués por el
uniforme de botones dorados del
personal de "El Diario" cuando vió
entrar a una anciana enguantada
con mitones y que ostentaba en la
cabeza una gorra con una rosa de
terciopelo negro, ajustada por un
par de cintas atadas debajo de la
barba.

—¿Qué desea, señora?

La visitante consultó un pedazo
de papel que apretaba en la mano
derecha, y murmuró:

—Deseo ver al señor Interim.

Eduardo creyó haber oído mal.

—¿Cómo?... ¿Al señor qué?...

Impasible, la visitante repitió:

—Al señor Interim.

Eduardo pudo apenas reprimir una
carcajada.

¿Qué contestación debía dar a
una pregunta tan ridícula?

Estuvo a punto de afirmar: "El
señor Interim no está en este mo-
mento, señora; acaba de salir". Es-
tuvo a punto de afirmar: "El señor
Interim no viene hoy a "El Diario"
señora.

—¿El señor Interim, señora?
¡Soy yo! Yo mismo. ¿De qué se
trata?

—Este... yo... señor... Yo soy
la señora Azeme... Una antigua
lectora de "El Diario"...

Muy emocionada, la señora Aze-
me confió a Eduardo el objeto de
su visita.

Eduardo reflexionó un instante.
Por fin murmuró:

—¿Una antigua lectora? ¿Dice
usted que es una antigua lectora
de "El Diario". Ya veo que es anti-
gua... En cuanto a lo de lectora,
creo en su palabra... ¡Bien! Vea...
Quiero hacer algo en su favor...



—Tengo que comerle un
caballo.

—¿Qué apetito!

—Efectivamente. Ante des-
ponerme a jugar he tomado
HIERRO QUINA BISLERI.

¿Queréis digerir bien? Be-
bed AGUA MINERAL NO-
CERA UMBRA.

La reina de las aguas mi-
nerales para la mesa.

—Después una vieja. Dijo que se
llamaba la señora Azeme. Desea un
puesto de acomodadora. Me afir-
mó que le había sido recomendada
a usted por el señor Interim, el
crítico de "El Diario".

—¡Le dijo que había sido reco-
mendada por el señor Interim!...

El señor Samson se echó a reír,
encogiéndose de hombros.

—¡Es increíble lo tonto que es
usted, amigo mío! Dejarse decir se-
mejante tontería! Esa buena mujer
ha debido explicarle, sin duda, que
viene recomendada por el señor...
por el señor...; ya no recuerdo el
nombre... que escribe interinamen-
te la crónica de "El Diario", en
reemplazo del señor Guy Mauve,
que falta desde hace días.

El señor Samson tomó el apara-
to telefónico:

—¡Hola! ¡Hola!... ¿Con la se-
cretaría de redacción de "El Dia-
rio"... ¿Puede hacerme el favor de
decirme quién hace interinamente
la crítica teatral en reemplazo del
señor Guy Mauve?... ¿Cómo?...
¿Cómo?...

¿El director?... ¿El director
mismo?... Gracias, señor, gracias.

El señor Samson hizo llamar al
jefe del personal:

—Escriba inmediatamente a esta
excelente mujer... La señora Aze-
me... Desea ser acomodadora
aquí. Me la recomienda con mu-
cho interés el director de "El Dia-
rio"... Dígame que ya está todo
arreglado.

—Pero... murmuró el jefe del
personal — el número de acomoda-
doras está completo... No hay va-
cantes. Hace pocos días hemos da-
do un puesto a la señora Popin,
mandada por Baclé, el de "Las no-
ticias falsas".

El señor Samson le interrumpió:

—Me importa un comino de su
Popin y de su Baclé... No voy a
permitirme el lujo de negar un ser-
vicio al director de "El Diario".
¿Dice que el personal está comple-
to? muy bien; haga una cosa...
al mismo tiempo que escribe a la
señora Azeme, rogándole que se
presente mañana mismo a tomar
servicio, dirija dos palabras a la
señora Popin para informarle que
desde mañana no pertenece más al
personal de las Fantasías.

¿Quién no recuerda, a la más breve alusión, la imagen del fúnebre auriga cuya galera, arriba reluciente y abajo opaca, distingue, entre todos, al último sirviente de los muertos?

¿Quién ha olvidado a aquel que, una tarde, por la calle Corrientes hacia el Oeste, iba mostrando su librea sucia? Y quién no comparó su despreocupada figura con la del otro, correcto, intachable, que en la mañana del mismo día pasó por la Avenida Quintana?

Gregorio Ramírez fué barbero, luego empleado de la comuna; cesante, la miseria le hizo aceptar el anónimo cargo de conductor de carrozas fúnebres en los entierros de tercera y cuarta categorías; pero con repugnancia, porque su imaginación, fácilmente excitable, preocupada con sus nuevas tareas, evocaba desagradables visiones.

Cuando hizo su primer viaje a la Chacarita, la atmósfera caldeada y la levita ceñida al cuerpo le sofocaron, haciendo afluir la sangre a su rudo cerebro. Entonces acudieron a su mente las fantásticas narraciones de la abuela, que en sus cuentos de invierno hablaba de fantasmas, hechizos y brujerías.

Y a pleno sol, esforzándose por mantener tiesa su figura en el pescante, sintió retornar los temores de su niñez: ideas supersticiosas más fuertes que su razón y su voluntad le fueron dominando poco a poco, mientras iba acercándose al cementerio.

De pronto, tuvo una vaga sensación de que el muerto quería comunicarse con él. Con indecible terror sintió en seguida que de la caja mortuoria le llegaban apremiantes ruegos: "No te apures, le decían; ¡por favor, detén un poco los caballos! No comprendes, buen hombre, que eternamente me dejarán allí? ¡Párate!", repetían, y cada vez el grito era más agudo y desesperado. Quiso parar, pero no pudo; sus manos no gobernaban las riendas y los caballos negros, con su marcha invariable, adquirieron ante sus ojos la representación de un inexorable destino.

Gregorio Ramírez regresó enfermo. Una semana después volvió a su trabajo y, corriendo el tiempo, llegó un día en que olvidaba la carga que conducía y muchas veces, en los entierros de pobres, llevaba sus caballos al trote por calles mal pavimentadas sin que le impresionara el ruido que hacía el cajón al chocar contra las barandas del coche. Una vez, solamente, le hizo mal efecto ver un cadáver por entre las rajaduras de la caja, que cayó a la calle; pero consideró el hecho como un accidente sin importancia.

En agosto una epidemia aumentó el trabajo de las empresas que se encargan de las fúnebres pompas, no decreciendo hasta fin de año. Los patrones, compensando el recargo de trabajo, resolvieron dar a su personal una semana de descanso, por turnos. Tocóle a Ramírez su licencia desde el primero de año hasta el día de Reyes, y el 31 de diciembre le entregaron su sueldo y una gratificación.

No supo qué hacer con ella; pensó en guardarla, mudó de opinión creyendo que compraría una librea, y, finalmente, decidió gastarla con sus compañeros.

Las tenues luces de la primera alba del año le sorprendieron cami-

El conductor de cadáveres

Por Enrique Rosés Lacoigne

no de su habitación, andando con dificultad y a trechos hablando solo.

El conventillo donde vivía era una casa grande, de altas paredes, que oscurecían los patios y, al entrar, el alcohol, que hasta ese momento había ejercido su acción con relativa fuerza, irritó violentamente sus nervios, dándole aguda sensación de disgusto.

y un hábito supersticioso trajo otra vez a su memoria los cuentos oídos en los años de su infancia, aumentando su rabia al pensar en el mal augurio. Abrió el cajón de una cómoda, lo cerró de golpe y el ruido de madera quebrada, le recordó aquel ataúd que por su culpa cayó al medio de la calle. Y creyó oír un insulto merecido por su sacrilegio.

ja y tibia manchó el embaldosado y, en aquel misero cuarto, a un mismo tiempo empezó la agonía de dos fuegos: el de una miserable vida y el de la lámpara que, en sus últimos destellos, remediando los estertores del moribundo, alumbraba una mágica danza de sombras que bailaban con macabras sacudidas.

La obscuridad engendra el silencio; el silencio es soledad, y en la soledad los muertos mandan. Una sombra gris apareció junto a Gregorio Ramírez, y al exhalar su espíritu remontándose, se lo llevó consigo a las alturas.

Un tribunal de almas le esperaba; una a una se fueron acercando, deteníanse un instante para mirarle con sus pupilas fosforescentes, que resaltaban en el lívido color de sus rostros serenos, y se volvían sin ruido. El extraño reconocimiento duró mucho; muchos, pues, serían sus crimines. Dudó un momento pensando que no era el reo, y cuando pasaron las últimas almas creyó ver que le miraban compasivas.

Instantes después se produjo una trágica quietud y en aquella región, hasta entonces silenciosa, se oyó una voz que había perdido el humano acento: ¡Yo le acuso! dijo. ¡Y yo! ¡Y yo! ¡Y yo! repitieron una a una, pausadamente, las voces extraterrenas.

Y un horrible discurso comenzó: ¡Maltraté mi cuerpo! ¡Maceré mi carne! ¡Interrumpí el descanso de mis huesos! y los muertos no cesaban de quejarse y acusar. ¡Mal cocherito! repetían, y la frase sonaba con expresión glacial. Una breve sentencia terminó aquel extraño juicio, y el alma de Gregorio Ramírez quedó sola en aquellas desoladas regiones, sintiendo durante muchas horas la horrible tortura de los remordimientos.

Por fin, la sombra gris reapareció. En pocos instantes le condujo hasta su cuarto, donde encontró su cadáver metido en negro ataúd, que iluminaban cuatro lucecitas. Cargó con él, bajó las escaleras y, sin vacilar, lo depositó en una extraña carroza que esperaba a la puerta de la casa.

Empuñó las riendas. Con larga y finísima fusta azotó los flancos de cuatro nerviosos potros negros y emprendió la marcha que el alto tribunal le había indicado.

Trotaban los caballos por calles destrozadas, crujían las maderas y chirriaban los ejes y el cajón saltaba sacudiendo los despojos del cocherito, maltratándolos entre sus apretadas paredes y la horrenda tortura se reflejaba en la lívida expresión de aquel extraño auriga.

Y oyó su propia voz clamando por su cadáver.

El látigo cayó implacable; las bestias, heridas, arrancaron al galope, arrastrando su carga, que pegaba furiosamente contra las columnas del carro, que entre la bruma fué perdiéndose camino de la Eternidad.

En las noches de luna suele verse la silueta de cuatro caballos negros que en su rauda carrera arrastran con resonar de sordos golpes una masa oscura, de la que escapan ayes y gritos desesperados, horribles.

Y se oye claramente el chasquido de un látigo que maneja incansable un cocherito de angustiada faz.

SE INICIO
LA MAS
GRANDIOSA

LIQUIDACION

TODO EL MUNDO DEBE
SACAR PROVECHO DE
ESTE SENSACIONAL
ACONTECIMIENTO

Comprende todos los departamentos de la casa

Créditos

Las sensacionales rebajas sufridas por todos los artículos, dan en este momento a nuestros créditos un interés excepcional.

Interior

Los pedidos de nuestros clientes del interior los despachamos teniendo en cuenta todas las excepcionales rebajas efectuadas.

A. CABEZAS

SARMIENTO ESQ SAN MARTIN (BUENOS AIRES)

Al cruzar el primer patio, las manchas de sombras más oscuras que señalaban las puertas, se le antojaron bóvedas, y el reflejo de la incierta luz de un farol que alumbraba el corredor, al dar sobre los cristales, le pareció la llama de los cirios que tantas veces había visto brillar a través de las rejillas, iluminando la imagen de Cristo crucificado.

Subió la escalera dando tropezones y blasfemando; entró a su pieza enfurecido sin saber por qué, y dió un puntapié a una silla, que al chocar contra la mesa hizo caer al piso de baldosas rojas una botella de aceite.

Al encender la lámpara vió el líquido desparramándose lentamente,

La voz que le insultó volvió a sonar detrás suyo, más cerca esta vez; loco de terror, con los ojos muy fijos y la boca abierta, siguió escuchando, oyó pasos mezclados con el claro sonido de una campana que llamaba a la primera misa y, de pronto, muy cerca de su oído, ¡maldito cocherito! gritaron.

No pudo soportar por más tiempo la tremenda sensación. Creyendo encontrar al ofendido espíritu a sus espaldas, giró bruscamente y quiso abrazar la sombra para deshacerla, o pedirle perdón, y encontró el vacío, pisó en el aceite, resbaló y cayó, rebotando su cráneo al chocar con la sién en la esquina de un baúl guarnecido de hierro.

El líquido precioso, la sangre ro-

El pastor Seljedad abrió la ventana. Hacía un calor horrible; la criada había cargado demasiado el hogar. En el rincón, junto a la chimenea, el calor había puesto amarillento el muro azul grisáceo.

El despacho del pastor daba sobre el cementerio. El viento llevaba el canto de las personas reunidas alrededor de una tumba abierta—un coro de voces masculinas—. A través de los árboles, Seljedad percibía el féretro como una mancha negra sobre la nieve. Era la primera nieve del año, fundente y gris. De vez en cuando caían copos aislados para desaparecer en seguida en la bruma de la calle. El tiempo se aclaraba tras de los árboles del cementerio; se distinguía una luz amarillenta, y las pesadas nubes tornábanse brillantes, como de estafío.

El pastor miraba el sombrío bloque de las grandes casas obreras; de muros grises, agujereados de rectángulos negros. Una de estas ventanas era la de la alcoba donde se encontraba Bergljot, su mujer, con su recién nacido... ¡Aquel cementerio ante la casa, qué triste era para ella! ¡Y aquel mismo otoño, cuando sus tres pequeños tuvieron el sarampión, y ella, enferma, tuvo que cuidarlas? No, no había que asombrarse, Bergljot no podía sentirse a gusto en esta vivienda; a él tampoco le placía mucho la ciudad.

Habían llegado con grandes esperanzas. Ciertamente él había hecho o probado hacer en el Sur todo lo posible — ¡Dios era testigo! —; pero, a su parecer, su trabajo no había tenido fruto. Allí, las sectas religiosas abundaban; uno de sus colegas las sostenía, frecuentando los pastores laicos idos de la ciudad y fraternizando con la secta llamada "de Pentecostés", asistiendo a las reuniones de la pequeña capilla, y la vieja iglesia de piedra de los antepasados, construida sobre la colina, encontrábase desierta. No era terreno propicio para su enseñanza. Para él, el cristianismo era como la luz y el calor para la tierra maternal, hallándose los hogares bajo la bendición divina, resonando del eco celeste, salvaguardando las costumbres y los hábitos de los abuelos, conservando las tradiciones...

El había querido ir a luchar a la ciudad, donde los hombres son esclavos de la industria y del dinero, donde la buena tierra está oculta bajo las piedras frías y el asfalto, donde el sol y el aire puro no tienen derecho de ciudad...

El creía conocer la ciudad... Ahora la odiaba, dándose cuenta que no la comprendía. Continuaba allí, impotente, con sus planes... Sí, no estaban en su sitio Bergljot y él.

Los primeros comulgantes eran los que le habían iluminado. Ya habían ido a inscribirse algunas niñas. A todas había querido hablarles separadamente.

El les había abierto su corazón para aproximarse a ellas. Cuando salieron había oído a Juana Rogn, la hija del rector, decir a su amiga: "Es un tipo divertido este pastor con su cara de patán..."

Estaba molesto con sus jóvenes comulgantes. Sus rostros infantiles, rostros de mujer ya, le habían parecido como máscaras; no había tenido el valor de levantarlas para leer en sus almas, no tendría jamás fuerza para hacerlo con sus felices; tenía la impresión de que las gentes de la ciudad pertenecían a otra raza. Una o dos veces había

UNA NIÑA

Por Sigrid Undset

(Premio Nobel de 1925)

creído despertar un alma, pero tratabase de los más pobres de la parroquia, despojos de la sociedad, caídos en la miseria y en la salacidad más que en el pecado; había sido sólo un chispazo perdido en la obscuridad.

El rostro de Ester, particularmente, le obsesionaba. Muchas arruguitas borrándole la frente, bombeada hasta la exageración, un gran mentón de forma grosera, ojillos de rata, cabellos tiesos e indis-

malaguaita. El no había visto nunca la malaquita, pero había ojeado un libro donde los ojos de una perdida eran comparados a la malaquita.

Le habían confiado tres muchachas de quince años, y no sabía cómo salvar sus almas. No conocía lo bastante los peligros de que quería preservarlas.

Ingrid Vauvert - Anderssen, la hija del ingeniero, era otra cosa distinta.

DULCE CANCION

Quiero decirte una canción serena,
quiero cantarte una canción de amor,
clara como la luz de tus pupilas,
dulce como el susurro de tu voz.

Eres bella como la luna nueva,
suave como un atardecer de abril,
pura como inocente flor de lino,
gloriosa como el sol en el cenit.

Quiero decirte una canción serena,
quiero cantarte una canción de amor,
serena como el seno de tu alma
y amorosa como tu corazón.

Como fulgor del alba es tu sonrisa,
inviolado vergel tu juventud,
y embriagante como la primavera
tu mirada recóndita y azul.

Quiero decirte una canción serena,
quiero cantarte una canción de amor,
de amor donde suspira la esperanza,
de amor donde sonríe la ilusión.

Es de seda y de oro tu cabello;
tu paso, de celeste levedad;
tu piel, fragante y pálida magnolia;
tu amor es multiforme como el mar.

Eres bella como la flor de almendro,
grata como armoniosa evocación;
ah, tú mereces música divina,
muera en mis labios la canción de amor.

Augusto CORTINA ARAVENA.

ciplinados... No tenía quince años aún, y, no obstante, él no había podido decirle nada para ganar su confianza. Sentía que la gran ciudad la había atraído con sus tenazas, pero no se atrevía a mostrarle los peligros. Acaso él se engañaba; podía muy bien ser una excelente muchacha.

¡Ester, Frida, Gildborg!... El viernes las acompañaría al altar. Pero presentía que los pecados a evitar, las tentaciones cuyo peligro señalaba, los conocían mejor que él aquellas pequeñas. Seguramente tenían ellas más experiencia que él. En el fondo de sus rostros jóvenes brillaban sus ojos de

La recordaba a maravilla: la capa verde oscuro, bordeada de piel; el sombrero de terciopelo y los cabellos rizados, los piececitos encantadores en zapatitos elegantes, el manguito y la fina cadena de oro... ¡Oh! Ella también era una mujer experimentada, pero de otro género! ¡Cómo atraer la atención de esta joven tranquila y fría sobre las tentaciones de la vida, sobre los peligros de ser superficial, rica, o insensible a los sufrimientos ajenos? Ella se habría burlado de él "el pastor de cara sanguínea de patán".

Del mundo, ¿no lo ignoraba todo él?

De las mujeres de la calle y de las otras ¿qué sabía? Nada. El no había conocido más que a Bergljot, y en el fondo no la conocía acaso tampoco. ¡Qué dificultades, qué lucha, antes de poder casarse, él, el pobre pastor, con la rica Bergljot Morgland! ¡Qué orgulloso estaba de su bella mujer rubia! Su vida, desde su matrimonio, le había parecido siempre de una armonía incomparable; pero un temor súbito le atravesaba el alma. ¿Habíase él inquietado de las penas de Bergljot? ¿No le había ella transmitido siempre sus inquietudes?

Y sus pequeñas, Dagrun, Oddbjord, Alvsol, acaso llegara un día en que fuera para ellos un extraño, en que ellas no se comprenderían...

"¡Ah, Jesús!", murmuró, dejando errar la mirada por los nubarrones que flotaban sobre el cementerio... Cerró la ventana, se puso el abrigo y salió.

En la entrada vió una niña que se sobresaltó al verle.

—Dime, Hjoerdis, ¿qué haces aquí tan tarde? ¿Vienes a inscribirte para la comunión?

Volvió a su despacho y la rogó que se sentara.

—Estoy ya inscrita — balbució la niña permaneciendo en la puerta.

—¡Ah, sí, es verdad!

La miró, apoyada contra la pared, la cabeza inclinada hacia adelante.

—¿Acaso tienes alguna cosa que confiarme?

La pequeña se echó a temblar.

—¡Vamos, ven y siéntate, amiguita mía!

Se vió obligado a empujarla dulcemente hasta la silla de delante de su pupitre.

—¿Qué te pasa, hija mía, ¿qué quieres decirle al pastor?

Era una muchacha de linosa cabellera rubia, incolora, de ojos azules claros, los párpados rojos, una boca dibujada sin firmeza..., una hija de pobres, como tantos otros.

Llevaba un sombrerito de fieltro y un cuello de piel barata en la capa de invierno, guantes amarillos nuevos en las manos grandes que tenía crispadas sobre las rodillas. Formaba parte de esa gran masa de muchachas de la escuela primaria que él no había casi notado...

—¡Vamos, dime lo que te pesa en el corazón!

Al no obtener respuesta, repitió muchas veces la pregunta... Ella se deshizo en lágrimas.

—No me atrevo, me da miedo.

—¿Tendrías miedo del altar de Nuestro Señor?

Ella lloraba cada vez con más violencia.

—¿Tienes algún pecado que pesa sobre tu conciencia y te haga indigna de este horror?

Un grito ahogado y una nueva crisis de lágrimas.

El pastor estaba abrumado. ¡Cómo! ¿Había caído esta niña? ¡Dios mío, quién podía saberlo; la ciudad es tan perniciosa! Hjoerdis Engeland era, sin embargo, de una buena familia. No vivía en el barrio obrero; su padre tenía una casita con un jardín. El había ido una vez en que en la fábrica se le había matado un hijo. Estos eran muchos, ocho o nueve; los padres eran honrados y trabajadores.

—Pero dime lo que te pasa... A tu pastor puedes decirselo, tú sabes bien que Dios ha visto lo que has hecho, que ve tus lágrimas y tu arrepentimiento.



—Para lo que he hecho, el arrepentimiento no sirve de nada.

—Sí, Hjoerdis, hayas hecho lo que hayas hecho y cualesquiera que sean las consecuencias para ti, no tienes más que arrepentirte y Nuestro Señor te perdonará; después te ayudará a llevar tu carga.

La muchacha se alzó y miró al pastor con aire desesperado.

—¡He pecado contra el Espíritu Santo!

—¿Qué dices? Pero Hjoerdis... —el pastor, aliviado, no pudo evitar una sonrisa—. Puedes estar segura que no has pecado contra el Espíritu Santo.

Hjoerdis, con las manos juntas, apoyadas sobre la mesa, inclinó la cabeza y lloró. El pastor interrogó sonriente:

—¿Cómo has podido imaginar eso, Hjoerdis? Cuéntame lo que has hecho para pecar contra el Espíritu Santo... ¿Has pronunciado palabras malas o blasfemado?

—He bautizado a alguien — respondió, deshecha en sollozos.

—¿Bautizado a alguien? ¡Ah! ¿Has jugado con el Santo Sacramento?

Hjoerdis hizo señas afirmativas. —Está muy mal; pero ¿tú no te has dado cuenta, no lo has hecho por blasfemar?

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—¿A quién has bautizado? ¿A tu muñeca? No, ¿a un perro, entonces? ¿A un gato, acaso?

—A mi hermano.

—¿A tu hermano? Habéis jugado, y luego...

—No; yo creía que iba a morir antes de ser bautizado; estaba muy enfermo, pero el médico había dicho: "No es grave, pueden esperar para bautizarlo a que venga su tía de América." Porque ella debía ser la madrina. Entonces esperaron más de un año, y él estaba muy enfermo. Decían siempre: "Esto no es nada." Y cuando yo hablaba de que lo bautizasen en seguida, me llamaba mamá: "Tontuela." Yo tenía miedo de que muriera y fuese al infierno. Un día que me quedé para tener cuidado de él, y en que todos habían salido, estuvo gritando toda la noche, después gemía lamentosamente, y estaba muy pálido, tenía los ojos muy extraños, temblaba; entonces fui a la cocina, cogí una taza de agua y lo bauticé, leyendo el catecismo...

—Pobre amiguita mía, ¿cómo has podido creer que cometías un gran pecado? Amar a su hermanito, querer salvarle del infierno y ponerlo en brazos de Jesús...

Lars Seljedal levantóse y apoyó la mano sobre la espalda inclinada:

—Comprendes, pequeña mía, que no has pecado...

—Sí, pero no me atreví a decirlo, y a la llegada de nuestra tía lo volvieron a bautizar. Yo se lo conté a una amiga de la escuela, que me dijo: "Has pecado contra el Espíritu Santo; no pueden bautizar más que los que han comulgado." Después, en su segundo bautismo, le pusieron otro nombre; mamá me había dicho que le llamaría; Rodolfo, y en la iglesia le han puesto Alfredo. Entonces, mi amiga me dijo que era un pecado ser bautizado en la iglesia cuando se había sido ya en la casa.

—Tranquilízate, hija mía, tranquilízate.

El pastor, aproximándose a ella, le cogió una de sus manecitas enguantadas:

—Vamos, mírame. Tú no tienes

ANECDOTA

¿Para que sirve la Gloria?

Cierto día estaba hablando el general San Martín con su hija doña Mercedes, Sarmiento, el señor Guerrico y otras personas, cuando se acercó a él, mohina y llorosa, su nietecita, a quien amaba con delirio.

Haciendo graciosos "pucheros", se quejaba de que le hubieran roto el vestido de su muñeca predilecta, a la que intentaba salvar del frío, envolviéndola en los pliegues de la capa de su viejo y glorioso abuelo.

Viendo que la niña no se consolaba, y con el deseo de distraerla, San Martín se levantó, abrió su modesto ropero y entregó a la gentil niñita una medalla de la que pendían unas cintas ya descoloridas, diciéndole al dársela:

—Toma, mi hijita, ponle eso a tu muñeca para que se le pase el frío.

Al poco rato la señora de Balcarce recogió del suelo la cinta y la medalla que la criatura, ya consolada, había dejado caer, leyendo esta inscripción: "Bailén — 8 de junio de 1808".

—Padre — dijo al general — ¿no se ha fijado usted en lo que dió a la niña? ¡Es la cinta y condecoración que el gobierno de España acordó a usted por haber sido uno de los vencedores de los franceses en Bailén!

San Martín sonrió con melancólica tristeza, y exclamó dulcemente:

—¿Y qué?... ¿Cuál es el valor de todas estas cintas y condecoraciones si no alcanzan a detener las lágrimas de un niño?



—¿Sin haberte lavado la cara te pones el sombrero para salir?
—¿No dices que vamos al cine? Pues en el cine ¿quién me va a ver estando todo a oscuras?

DOSTOYEVSKI

No cabe duda de que Dostoyevski fué el máximo genio literario del siglo XIX, entiéndase genio literario, cosa muy distinta de literato a secas. Los mundos salidos de su fantasía superan a los de cualquiera de sus contemporáneos en valores morales y en riqueza vital. También creo que Spengler tiene razón cuando lo llamó santo. Hay que ser santo para concebir el tipo de un Alyosha Karamasof. Son muchas las páginas de Dostoyevski que parece que no fueron compuestas sino inspiradas. No sólo en Los Poseídos, que es una visión profética de la revolución rusa, sino en Crimen y Castigo y en Los hermanos Karamasof, pudo mostrarnos Dostoyevski los manantiales de odio de donde surgen las explosiones de frenesí criminal a que después se llama revolución social.

Ramiro DE MAEZTU.

nada que temer; has obrado como una buena hermanita, como buena cristiana. Es cierto que debiste decirlo a tus padres; pero tu hermano debía bautizarse, porque tú eres una niña. Pero eso no es un pecado.

Le estrechó la manecita. Ella se calmaba poco a poco, aunque todavía lanzaba sollozos profundos. Bruscamente comenzaron a temblarle los labios:

—¿Entonces no es peligroso el nombre de su segundo bautismo?

—No. Nuestro Señor sabe bien los nombres de los niños — respondió el pastor, distraídamente.

Pensaba en otra cosa.

Pensaba en la familia de Hjoerdis... Era cierto que los niños comían a diario bien, que vestían con limpieza y sus padres estaban orgullosos de ellos; esta era su victoria y su gloria. No obstante, puede que lo necesario les hubiese faltado, los trajes los llevaban hasta el agotamiento absoluto y nunca en su tiempo preciso de estar bien, y, sobre todo, el trabajo, siempre el trabajo.

El no lo había notado hasta entonces. Había visto a los pescadores y los ricos, y para él, éstos eran las gentes de la ciudad. A los trabajadores no los conocía, lo que constituye el pueblo, ese ejército gris de hombres y mujeres luchando diariamente por su hogar y sus hijos con coraje, hasta la muerte. Los que no caen de su línea para ser parias, los que no ganan nunca lo bastante para salvarse, para salir ellos y sus hijos de la tropa de esclavos; la gris Hjoerdis y sus hermanitos, tan oscuros e insignificantes, él no los había notado antes.

—¿Cuánto tiempo has guardado esta pena para ti sola? — preguntó el pastor repentinamente.

Ella lo miró sin comprenderlo.

—¿Hace mucho que ocurrió eso?

—El segundo año que fui a la escuela.

¡Más de cinco años! La confesión de la niña había iluminado el alma del pastor, y la había hecho humana y clarividente. Dábase cuenta que esos cinco años son aquellos de la vida, en que el corazón está más abierto y en que el alma se resiente con más fuerza y más dolorosamente.

—Que el Señor te bendiga y te proteja, pequeña Hjoerdis. Dios te ama mucho, a ti que has sufrido tanto moralmente por tu hermanito.

—¿Pero entonces mi bautismo no habría servido para nada si hubiera muerto antes del segundo? — interrogó ella dulcemente. — ¿No habría servido?

—Sí, pequeña mía. Todo lo que hacemos con amor sirve siempre para alguna cosa... Pero mira, Hjoerdis, esos hermosos rayos de sol sobre el cementerio...

—¡Sí, son muy hermosos!

Sonrió débilmente.

—¿Estás alegre ahora y tranquila?

La niña sonrió, pero en sus labios había un ligero temblor.

—Sí, gracias — dijo, enjugándose los labios, aun un poco húmedos.

Y añadió con voz todavía lacrimosa:

—Me ha hecho mucho bien hablarle al señor pastor...

—A mí es al que me ha hecho bien el hablar contigo, pequeña Hjoerdis — dijo Lars Seljedal.

Pero ella no comprendió lo que el pastor quería decirle.

NUESTRO AMOR

Nuestro amor fué un deseo irrealizable; nos amamos acaso por capricho, y esa ha sido la causa milagrosa de habernos olvidado sin sentirlo.

Estaría de Dios probablemente que nuestros corazones descreídos no llegaran jamás a comprenderse ni llegaran tampoco a hacerse amigos...

No lamentos la causa que fué causa de romper un amor que no sentimos, ¡porque fué nuestro amor, un mar de espuma que a nuestros pies rugiendo se deshizo!

¡TODO MENOS ESO!

No me pidas la vida en testimonio de este amor tan sin fin que te profeso, que la vida la quiero para darte glorias mil, y riquezas y contento.

Pídemelo, si te place, que con ella logre al fin que se colmen tus deseos, que verás con que orgullo me remonto como un cóndor gigante hacia los cielos...

Mas no me pidas, por piedad, la vida en testimonio de mi amor sincero, porque quiero vivir eternamente para darte riquezas y contento.

ENTONCES...

Postrada en un sillón, abandonada, pides a Dios consuelo a tus quebrantos,

"Sentimentales" (1)

cuando sólo debieras implorarle que perdone, clemente, tus pecados.

¿Será que combatida y derrotada conservas aún tu orgullo soberano? ¿Será que no te avienes a humillarte y prefieres tu afán seguir penando?...

¿Es posible que un día te arrepientas? ¿Querrás pedir perdón por tus pecados y la muerte, oportuna, esa palabra dejará suspendida de tus labios!

POR ESO

Cuando quieras saber si el amor mío fué capricho o fué amor, ábrete el pecho, Mía, y pregúntaselo a tu corazón,

y aquello que él te diga eso, Mía, será, que el corazón no sabe de mentiras... ¡porque no sabe hablar!

MI GRAN DOLOR

Mi amor hacia los hombres es más grande que el que Jesús sintiera por los niños... ¡El amaba en el niño la inocencia y yo adoro en el hombre el sacrificio!

Acaso mis palabras generosas a éstos sirvan de alivio, ¡pero el amor de todos los mortales fuera aun poco a endulzar el dolor mío!

Acaso mis palabras generosas a estos sirvan de alivio, ¡pero el amor de todos los mortales fuera aun poco a endulzar el dolor mío!

TU LLANTO

Porque no sé llorar como tú lloras el ajeno dolor, clamando al cielo, dices al que te escucha, que me falta corazón, raciocinio y sentimiento.

Es verdad que tu rostro se contrae y se velan tus ojos tan serenos, y es verdad que en mis labios ni una mueca denuncia mis dolores verdaderos...

Pero sabes muy bien que no es el llanto la manifestación del sentimiento, ¡que cuanto más violenta es la borrasca infunde más pavor... y dura menos!

José M. BRAÑA.

(1) (Lector: a principios del año 1913 publiqué bajo este título, un opusculo poético. En él se confundían — y seguirán confundiendo — versos escritos en diversas épocas y a raíz, de distintos sentimientos. De su valor no puedo hablar, pero tú puedes juzgarlos a través de esta, que podría llamarse su "segunda edición").

El fracaso de la galantería

Por R. Cansinos - Assens

Saliendo de la calleja en sombra, fué dramática la aparición de la mujer. Iba vestida de negro y de largo, y se cubría el rostro con un velo funeral de dama antigua. Y con trágico gesto de atracadora y una voz de falsete pomposa y engolada, encarándose con un hombrecillo que se había detenido a contemplar su inopinado advenimiento, exclamó:

—Caballero, ¿sería usted tan amable que me quisiese dar sus pantalones?

Sobrecogido el caballero, quedóse indeciso, sin acertar a responder. ¡Era aquello tan inesperado! Pero la mujer, con volubilidad extraordinaria, siguió diciendo:

—Sí, caballero; en serio se lo digo. Estoy ya harta de estas faldas, y quisiera cambiarlas por unos pantalones. Se las daría por los suyos, pues ya comprendo que no iba usted a irse desnudo, a la intemperie. No soy tan exigente. Pero, ¡oh, estas faldas! ¡Si usted viera! Son la condenación, la vergüenza, el oprobio. No me permiten pasar inadvertida entre la gente. Atraen sobre mí la mirada de todos los hombres. Usted mismo, ¿no me acechaba ya en cuanto me vió venir por esa calle en sombra? No vió usted sino un bulto negro, y, sin embargo, ya se paró a mirarme, sólo porque estas faldas anunciaban mujer. ¿No es esto horrible? ¡Por qué no ha de poder una pasar inadvertida, como ustedes, los hombres? ¿Quiere usted decirme?

El hombre la miraba perplejo, intimidado. Era ya un hombrecillo de cabellos grises, un caballero de otra época, rendido y galante, lleno de amor a las mujeres, que ya

no se fijaban en él. Profesaba un culto mariánico a las señoras, y hubiera sido capaz de todo por complacerlas; pero ¡esa idea extrañamente equitativa de cambiar sus vestiduras por las de una dama!... Y, no sabiendo si sonreír o protestar, exclamó:

—¡Señora!... Pero la enlutada, entonces, suspiró tras la reja tupida del velillo, con un gesto adorable de víctima eterna:

—¡Claro! ¡Ya sabía yo que no había de querer usted! Estas faldas no las quiere ya nadie. Son el deshonor, el peligro constante para una mujer honrada. Las llevamos las que no tenemos más remedio. ¡Ay, qué desdicha es ser mujer!

El caballero creyóse obligado a consolarla. Quiso convencerla de que si la condición de mujer tenía algo de enojoso también tenía sus compensaciones. ¿No era una de ellas el ser hermosa y deseada? Y se empinaba y guiñaba los ojos para ver mejor el semblante de la dama misteriosa bajo el velillo. Luego ensalzó con frase teológica las féminas virtudes: la virginal pulcritud, la abnegación de la madre, siempre dolorosa; el mérito heroico de la viuda fiel... Pero ella, con gesto iracundo, cortólo en el aire aquella guirnalda de místicos elogios.

—Habla usted como un sacerdote —exclamó—. ¿Quiere usted que continúe la tragedia de la mujer. no es verdad? La belleza el amor, el prestigio de la virtud... Pero, ¿existen tal belleza, ni tal amor, ni tal prestigio? ¿Saben ustedes, los hombres, distinguir a una mujer hermosa, como no vaya muy pintada y dada de afeites? Y en cuanto a una mujer honrada, ¿quién se fija en ella? Ustedes, los hombres, sólo aprecian a las perdidas.

El caballero protestó con gesto condolido. No había que generalizar de aquel modo; había excepciones. El, por ejemplo, sabía distinguir a las señoras y apreciar su belleza, aunque no se realizase con los afeites. Desde luego podía asegurar que ella tenía una hermosa pantorrilla. La cara... no se la veía bien; pero con ciega fe la suponía digna de tal pierna. Ella advirtió la alusión y exclamó con extraña iracundia:

—¿Ve usted? ¡Es usted como todos! Ya tiene curiosidad por verme la cara; ya está pensando si será más bonita o más fea, si irá o no maquillada. ¡Son ustedes unos inmundos sátiros! El caballero balbució contrito:

—¡Señora!... Ella insistió inexorable, aunque

mostrando la pesadumbre de una gran indulgencia que no halla ocasión de manifestarse:

—Usted perdone, pero es así. A usted no le basta ver que soy una señorita de buena educación, una señorita decente con la que puede hablar un caballero. (Era admirable el énfasis con que recalaba esta palabra antañona). No le basta con el encanto inocente de mi conversación, sino que ya está pensando en cosas que seguramente me ofenden. Y saca a relucir la hermosura de mi pantorrilla, creyendo hacerme un elogio. Me hace usted acordarme de mi pierna, lo que es indecoroso para una señorita. Y todo eso, ¿por qué? Porque me ve usted vestida de este modo... Por eso quisiera cambiar estas faldas por unos pantalones!

Tornaba a su idea primera, y el hombrecillo pensó: "Es una loca". Y balbució, desconcertado por aquella situación singular:

—¡Señorita!... Yo de buen grado la complacería. Pero ya comprenderá usted que tal cosa es imposible... sobre todo en plena calle, a la intemperie. ¡No querrá usted que coja una bronconeumonia y encima me detengan los ángeles custodios de las buenas costumbres!...

Había en aquella palabras una insinuación capciosa, la sugestión de que el trueque anhelado podría operarse en condiciones más discretas, y el hombre quedó aguardando al efecto que harían en su ambigua interlocutora. Y otra vez empinándose, guiñó el ojo, curioso por descubrir el misterio de aquel velo enrejado. Pero su gesto inqui-

sitivo fué tan apremiante que la dama tuvo entonces un acceso de cólera:

—¿Quiere usted verme la cara? —prorrumpió. —No le falta a usted más que arrancarme el velillo. Pero ¿es que una mujer tiene que enseñarle la cara a todo el mundo? ¿No puede llevarla cubierta si se le antoja? ¿Es que no me ve usted bastante para saber quién soy? ¿Es que cree usted que llevo la cara maquillada, llena de basura y de podre? Pues se equivoca usted, caballero; yo soy una señorita decente y no me pinto. Soy una mujer a la antigua. ¿Quiere usted ver mi cara? ¡Pues véala usted, caballero! —y con una suerte de saña quitóse el velillo y dejó ver un rostro mustio, seco y corroído por un gran frasco de vitriolo del tiempo.

—¡Ya me ve usted la cara! ¿Qué le ha parecido? ¿Un desencanto, verdad? No voy pintada; no le gusto. No ve en mí bastante basura...

El hombrecillo protestó. A pesar de todo, a pesar de todo, era mujer, y aquel semblante ajado le enternecía. Además, ¿y la pierna? La pierna era irreprochable. Pero la mujer no supo apreciar el sentido exacto de su emoción. Creyó que su mirada era de pura lástima y dijo:

—¡Claro!... Es usted como todos. Busca tan sólo el relumbrón de las mujeres maquilladas, que van pintadas de pecados; no saben estimar la hermosura sin afeites de una mujer honrada... ¡Oh, qué asco!

—¡Señora!... ¡Señorita! —balbució el hombre, rectificando el tratamiento que le inspiraba su aire de imponente antigüedad. —¡Le juro a usted que ha formado de mí una idea equivocada!... Yo sé apreciar la severa belleza de un semblante austero, realzado por el prestigio de un immaculado decoro... Yo...—buscaba las palabras oportunas braceando en el aire con grandes gestos náufragos.

Pero ella le interrumpió, compasiva e irónica:

—Déjese de tanta palabrería! No me haga el amor ahora, no le haga el amor a mi pantorrilla... ¡Oh, qué fatuo! ¡Cualquiera diría que me hace un favor con eso, que sus piropos pueden halagarme! Para eso sería menester que usted me gustase, caballero; pero ha de saber que no me gusta en lo más mínimo. De usted no me gustan más que los pantalones. Yo soy una mujer práctica y seria; no me he acercado a usted con esta historia para que me lleve al cabaret, sino únicamente para proponerle un cambio equitativo; y no estoy tampoco para perder el tiempo. (Oh, era verdad que no lo estaba aquella dama de museo antiguo). Se lo repito, caballero: ¿me quiere usted cambiar los pantalones? ¿Sí o no?

El hombrecillo empezaba a sentir cierta inquietud. ¿Sería aquella mujer una loca e iría a pretender despojarlo de sus pantalones en plena calle, a la intemperie, dando lugar a una escena grotesca y lamentable, en la que sucumbiese toda su galantería, toda su tradición de un culto mariánico a las damas? Y ya con cierto enfado, llevándose instintivamente las manos a las clavijas de los tirantes murmuró:

—Pero, señorita, ¡qué idea! Si a todo trance necesita usted unos

pantalones, ¿por qué no va a un bazar? Y, después de todo, con lo cortas que ahora se estilan las faldas... ¿por qué no viste usted a la moda?...

—¿Para que pudiera usted verme mejor las pantorrillas, ¿verdad? Lo dicho: que son ustedes todos unos sátiros, unos inmundos sátiros, incapaces de la menor galantería...

Ya sabía yo que no había usted de querer darme sus pantalones de viejo, arrugados y con rodilleras... ¡Será usted oficinista! Antes me daría el corazón, la vida, todo eso que es hipotético e ilusorio... Pero los pantalones, ¡nunca! ¡Claro!... Ese es el símbolo de su tiranía, y hacen bien en querer conservarlo. ¡Vaya, caballero, adiós!

EL CRITICO ENVIDIOSO

El verdadero castigo de los críticos está en la muda sonrisa de los pensadores. El que critica a un alto espíritu, tiende la mano esperando una limosna de celebridad; basta ignorarle, dejándole con la mano tendida, negándole la notoriedad que no le conferiría el desdén. El silencio del genio mata al mediocre: su indiferencia le asfixia. Algunas veces supone que le han tomado en cuenta y que se advierte su presencia; sueña que le han nombrado, aludido, refutado, injuriado. Pero todo es un simple sueño: debe resignarse a envidiar desde la penumbra, de donde no le saca el hombre superior.

El que tiene conciencia de su mérito no se presta a inflamar la vanidad del primer indigente que le sale al paso pretendiendo distraerle, obligándole a perder su tiempo; elige sus adversarios entre sus iguales, entre sus condignos. Los hombres superiores pueden inmortalizar con una palabra a sus lacayos o a sus sicarios. Hay que evitar esa palabra: de muchos criticastros sólo tenemos noticia porque algún genio los honró con su desprecio.

José INGENIEROS.

¡Tanto ensalzar a la mujer, tanto ponderarla a toda hora, en los templos y las academias, y luego no son ustedes capaces de hacer por ella el menor sacrificio...

Luego, cambiando de tono y adoptando un registro de resignación condolidada y heroica, añadió:

—Está bien: no me sorprende.

No tenga usted miedo; no voy a intentar despojarle. Le dejo sus pantalones. Pero, cielo santo, ¿qué podría esperarse de ustedes? ¡Y eso que ya había usted empezado a hacerme el amor! Pero no quiero molestarle más. No estoy para perder el tiempo. (Y no lo estaba, realmente, la pobre, Urania herrumbro-



—Mañana, a las siete, nos llama; pero nos tiene que llamar con verdadera insistencia, porque tanto mi señora como yo tenemos el sueño muy pesado y no queremos perder el tren.

—Descuiden los señores que despertarán, porque al mismo tiempo que los llamo les diré lo que importa la cuenta.

Luz, calefacción, ventilación, fuerza-motriz, bajo múltiples aspectos y aplicaciones

La Compañía Italo-Argentina de Electricidad invita al público a visitar su Exposición de aparatos eléctricos donde hay permanentemente un empleado para facilitar todas las informaciones que se le soliciten

Calle Corrientes 651-659
U. T. (31) Retiro 3401 al 3408
C. T. 1387 y 2524, Central

sa de un reloj antiguo). ¡Adiós, caballero! ¡Beso a usted la mano! —¡A los pies de usted, señora! —murmuró rendidamente el hombre, maravillado, aturdido por la singular aventura. Y como si se hubiese librado de un peligro real, la vió alejarse, alta negra, trágica, en la noche, mientras con manos trémulas todavía se afianzaba las clavijas de los tirantes...

Monedas raras

Entre los pueblos primitivos suelen usarse todavía como monedas ciertos objetos de color y forma elegante, destinados al adorno de la persona. En la Polinesia, los habitantes de las islas Haway reconocían antes a sus jefes y a sus soberanos por las galas de toda clase que ostentaban, y entre ellas ocupaban muy preferente lugar las plumas pequeñas de loros rojos. Como estas plumas eran muy caras en el país, aunque no imposibles de adquirir, llegaron a constituir una moneda corriente.

Los indígenas reúnen estas plumas de una manera especial; para darles un volumen fácil de transportar las devanan sobre unas fibras vegetales, que luego van enroscando por ambos extremos hasta formar una especie de anteojos. En aquel país, al que lo dejan sin dinero, se le puede decir con propiedad que lo han desplumado.

APARICIÓN

Por Tomás Carretero

En aquellos tiempos, todavía las diligencias eran el único medio de que podía valerse la mayoría de los españoles para efectuar sus viajes. Las carreteras, aun tenían las etapas de las ventas, y en los pueblos del tránsito florecían las posadas donde se cambiaba de tiro y donde se echaba un reparo al estómago desfallecido, o se calentaban a la lumbre los ateridos, refrescaban en la sombra del portal los que iban medio asados, según si la estación era de invierno o de verano.

En estas posadas y ventas, el viajero pasaba por entre vidas desconocidas, y por un instante sentía palpar la existencia de seres con los que no volvería a cruzarse en la vida. Como hombres de otro planeta, admirábanse de que hechos para ellos nimios agitaron las pasiones de los vecinos y del lugar en que ellos, extraños y desconocidos, ni nombre propio tenían, pues en su paso fugaz, nadie les concedía otro que el colectivo de viajeros.

Almazán era uno de esos lugares por donde la diligencia pasaba de punta a punta dos veces cada veinticuatro horas. La sosegada villa sentía cotidianamente turbado el silencio que reinaba en ella por el cascabeleo del tiro del coche correo a las doce del día y a las cuatro de la tarde. Todos los días lo mismo; así es que los vecinos de Almazán no tenían para qué parar la atención en un hecho tan común y ordinario como el tránsito de la diligencia que iba de Murias o venía de Madrid; pero esta indiferencia no trascendió durante un período de cinco o seis años a los viajeros — a cierto número de viajeros — para los que el paso por Murias era un acontecimiento sentimental. Estos seres suprasensibles eran los chicos de Murias que estudiaban su carrera en Madrid.

Los muchachos aquellos — los pocos que aun quedan sobre el haz de la tierra — son a la hora de ahora unos completos carcamales; mas si alguna vez os ocurre preguntarles si en su memoria ha dejado algún recuerdo el paso por Almazán, cuando eran estudiantes en la corte, veréis que chispean sus ojos y notaréis con qué ternura cordial os responden afirmativamente. ¡Oh Almazán!, ¿qué tienes o qué has tenido, que todavía hace vibrar tu nombre las almas de unos cuantos señores notables de Murias, con el cabello blanco y las espaldas cargadas por el peso de los años? ¿Qué encanto guardas para ese señor médico, licenciado del 80 del pasado siglo; para ese respetable abogado, decano de los abogados de la capital, y para la mayor parte de los conspicuos asistentes a la tertulia que llaman el Senado en el casino?

Yo conozco el antiguo idilio porque me lo refirió uno de aquellos señores de la Peña senatorial. Sus próceres amigos y colegas discutían sobre un punto grave de política de campanario. Mi amable relator de lo sucedido en Almazán hace ya tantos años era, sin duda, el más indicado entro todos sus contemporáneos para remover las cenizas de aquella historia, porque es el único que todavía es, a la vejez un chiquillo por dentro. Mi amigo es poeta — ¡gran elixir es la poesía para conservar los corazones! — escribió hace treinta años, un tomo de poesías, *La lira del Duero*, y pocos días antes de nuestra conversación había dado a la estampa en las prensas de la capital *Los cantos al monte de las Animas*.

"Aquello fué una pura aventura lírica — me dijo; — figúrese usted que los ocho o diez muchachos que estudiábamos por entonces en Madrid nos enamoramos, con un amor manso, callado e inactivo, de una muchacha de la villa de Almazán. Al ir a la corte al principio del curso, todos, absolutamente todos, aquello parecía epidémico, nos sentíamos flechados por Cupido en el acto de apearnos de la diligencia a la puerta de la posada donde se mudaba el tiro. ¡Cosa de encanto, amigo mío! Enfrente estaba la casa de la botica, en uno de cuyos balcones, entreabriendo los visillos, veíase a

una muchachita rubia, con unos ojos negros muy grandes, delgadita y tenue como si fuera ingrátida; era más espíritu que cuerpo, y a veces yo he pensado si sería sólo una visión de nuestros sueños; lo que sí puedo decirle a usted, es que, como realidad, ninguno de nosotros pudo afirmarla, pues ni siquiera uno la oyó el timbre de su voz, que sería angelical, ni sintió su hálito, ni menos le palpó el pelo de la ropa. Luego volvíamos a montar en el coche y en vigilia y entre sueños su imagen nos acompañaba hasta la estación de Atocha. Allí nos decía adiós, y hasta la vuelta.

De regreso a nuestras casa, en las vacaciones de Navidad, de torno a Madrid, y en junio, después de los exámenes, todos sentíamos de nuevo la flecha de Eros que nos penetraba el

corazón; pero dulcemente, sin violencia y sin hacernos sentir esas ansias que desasosiegan y enloquecen a todos los enamorados.

Muchas veces he tratado de desentrañar el misterio de este caso, pero sin lograrlo. Aquella aparición de mujer, aquella adolescente que se nos ofrecía a la vista tras de los cristales de su balcón, descorriendo un visillo, ¿sería quizá el Amor, que se nos aparecía en nuestro primer vuelo por el camino de la vida?

¿Qué fué de ella? Unos dicen que se murió; otros, que se casó por poder con un señor, ya machucho, del Paraguay, y nosotros, los que fuimos un día sus cautivos, hemos creído que se volatilizó, como obra que debió de ser de la alquimia de su señor padre, el boticario de Almazán".

A Toda Edad



Qué hacer para no toser?

Tener siempre a mano una caja de

Pastillas Iodeína Montagu

y tan pronto sienta usted la gana de toser, póngase una pastilla en la boca y déjela derretir.

A pesar de su marcada actividad, pues cada pastilla contiene 5 mg. de Iodeína (producto descubierto por Montagu), estas pastillas son tan deliciosas al paladar que resulta un gusto curarse con ellas.

De cuantas pastillas existen para curar la tos, las de Iodeína Montagu son las más rápidas y eficaces para quitar el cosquilleo de la garganta que molesta tanto.

Las pastillas Iodeína Montagu son remedio bueno para Resfrío, Ronquera, Bronquitis, Ahogos, Asma, Enfisema, Tuberculosis, etc., etc.

Montagu . 49, Bd. de Port Royal . París

DEPOSITO GENERAL

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida - Bs. Aires

Almuerzo en el cuartel de gra- naderos.

En el casino de oficiales del cuartel del regimiento de Granaderos a Caballo fué servido un almuerzo, que el jefe de dicha unidad ofreció a un grupo de periodistas metropolitanos para celebrar la participación que los órganos de publicidad tuvieron en las fiestas nacionales del mes actual. — El teniente coronel Sanchez Reinafé, rodeado por varios periodistas y oficiales después del almuerzo.



Visita a la Cervecería Palermo.

De derecha a izquierda: senador nacional Mora Olmedo, Dr. Severo Vera, Dr. Ramón Porcel de Peralta, doctor Germán F. Blasksley, Sr. Carlos Correa Luna, senador nacional de la Fuente, Dr. Artemio Moreno, Sr. Augusto Mallie, Dr. Carlos A. López Lecube y el señor Teodoro Fernández, durante la visita efectuada a dicho establecimiento, los que fueron atendidos deferentemente por el inspector general, Sr. Gustavo Kaiser, señor Theodoro Lapp y Sr. Raúl Stucchi.



BANQUETES



En la Hostería del Greco fué servido el segundo banquete mensual, de la Institución Jefes de venta y afines de Harrods, en honor del señor Pablo E. Foucher.



Demostración ofrecida al doctor Félix M. Galarza Méndez, por sus amigos, con motivo de su viaje a Europa. — Una vista del banquete servido en el restaurant de la estación Retiro.

PRO-HIMNO NACIONAL



Concurrentes a la reunión de la comisión nacional pro-mantenimiento del himno tradicional, presidida por el señor H. Lartigau Lespada.

TEATROS



Se estrenó con gran éxito por la compañía Ratti, en el teatro Apolo, la graciosa comedia, original de nuestro colaborador, señor Julio Franzoso, "La rival de Mary Pickford". — Escena final del primer acto.

Notas de Canarias



Concurrentes a la ceremonia del bautizo de un niño árabe, que el mayordomo del Correo Interinsular Fuerteventura rescató de manos de una tribu salvaje de Cabo Juby, cuando la criatura iba a ser sacrificada por negarse a permanecer entre los moros. El acto fué realizado en la iglesia catedral de Las Palmas, donde orara Colón, y en él tuvo una destacada participación el señor Santiago Ascanio (x), destacada personalidad local. — En la fotografía aparece el neófito acompañado de los padrinos y niños que presenciaron la ceremonia.



Grupo de bellísimas señoritas de la alta sociedad de Las Palmas, que tomaron parte en el brillante festival organizado por el cuerpo de ingenieros militares, destacados en la mencionada ciudad, con motivo de celebrarse el día de San Fernando, patrón de dicha arma.

(Fots. Teodoro Maisch.)

Fiesta Nacional Belga.



En los salones del Cercle Belge, se celebró un baile de gala en ocasión de la Fiesta Nacional Belga, reunión que revistió lucidos contornos y a la que concurrió gran número de personas de la colectividad.





— SOCIALES —



ENLACES. — Jáuregui - Mendizábal.



Srta. Katti Artela - Sr. Juan Carlos Cadernatori.



Calvo - Casal.



Martínez Castro - Fontanilla.



Srta. María Raquel Allende, cuyo compromiso matrimonial con el señor Pedro D. Arrola, se ha formalizado recientemente.



Srta. Yolanda Gentile, que ha verificado su compromiso con el señor Juan Antonio Alberto.



Urtiaga - Visconti.



Srta. Elda A. Cantaluppo - Dr. Leopoldo Bottaro.



Srta. Delia Ezcurra, que contrajo enlace con el Sr. Francisco Espinosa Paz.



Srta. Celestina Veronelli - Sr. Enrique Díaz de Guíjarro.



ROSARIO. — Zulema Álvarez - doctor Francisco J. Garo.



Matilde S. Pérez - Pedro C. Grand.



Carmen Fanés - Juan F. Gowland.



María Alberti - Luis T. Uranga.



UNA NOCHE EN ANDANZAS

por Víctor Montagne

—¡Si parece un fantasma!
—¿Qué cosa, don Diógenes?
—El Tupungato; allá, que se asoma vizcachero por encima de sus hermanos, los demás cerros de la cordillera.
—¿Sabe que lleva razón? Desde aquí lo veo ansina como si fuera un fraile dominico. ¡Pchá, si el frío en aquella altura debe pelar hasta los güesos! Pobrecitos los arrieros que anden buscando mulas perdidas... Ni pa cuentos de fogón está la noche. ¡Qué helada bárbara va amanecer!
—Así será, mi viejo amigo, porque a mí ya me está pasando algo raro, que no me explico. ¿Quiere creer que no sé si tengo dedos en las manos? Hace rato, por más que busco y rebusco no me los hallo. ¡Si se me habrán ido cayendo por el camino!
—¡Ja, ja, ja!, güena está la ocurrencia. Linda cosecha la que harían los zorros que nos vienen siguiendo. Con semejante semilla... Se hartarían esta noche por todo ogaño. Pero ¿no va enguantao, don Diógenes?
—Sí que lo estoy, y con unos de cuero peludo como de carpincho. Pero con todo, el frío me llega a la médula.
Íbamos con el viejo Wenceslao, por el camino de las Acequias. La noche era serena, callada. En el cielo, que parecía más alto que otras veces, se desparramaban millares de astros centellantes. Una enorme y discosa luna de plata se había adueñado del espacio y de la tierra toda; tal era su exuberancia de su luz, que los fundos más lejanos del valle se distinguían como si fuera de día. Los álamos que bordeaban el camino alargaban sus sombras indefinidamente.
Nos dejábamos llevar por nuestras cabalgaduras, que poco a poco habían acercado la distancia, ayuntándose hasta el punto que no podíamos espuelearlas más que de un lado solo. Las bestias — por nuestra chacota — habían comprendido que no teníamos apuro alguno, e insensiblemente para nosotros, pasaron del galope al sobrepaso y del sobrepaso al paso lento, y así, con ese andar dormilón, dando cabezadas a babor y estribor, marcando el compás con el característico movimiento de sus largas y puntiagudas orejas, nos llevaban hundiéndose en las arenas flojas de los malos trechos de la huella.
¡Pero qué noche endivina...! Si no fuera que a mí también me está dentro la coquilla hasta la me... médula.
—¿Cómo ha dicho, don Wenceslao? No lo entiendo.
—Hasta la médula, digo, si mal no recuerdo su pronunciación.
—¡Ah, sí, sí, ya caigo! Quise decirle una cosa parecida al caracú, ¿sabe?
—¡Ahura sí que lo comprendo! Eso manda más que el mismo Gobernador.
—¿Por qué así?
—Porque le obliga a chuparse los dedos a cualesquiera que sea.

Y le hace abrir los ojos al caldo más flacazo y desabrido. Y también porque es la esperanza de todo un mundo...
—¡La esperanza del mundo!
—Claro que sí, don Diógenes, la del mundo de los calvos, de esos que usan la cabeza como güevos de avestruz.
—¡Ja, ja, ja! Vaya con el viejo ladino.
—No, no se me reiga don, vea que algún día va a ser viejo y entonces sabrá lo que le digo. A ese güeso chicos y grandes lo aprecian bien. Los hua-huas pa lamberser las uñas, y los viejos... ¡pa la pelada!
—Pero si no da resultado, amigo. Al menos... yo no veo... Los calvos deben vivir de puras ilusiones.
—No, no me diga eso, amigazo. Comprendi que, a la pelada que no le saca pelo le da lustre y relumbrón. Y eso es de güen tono, ¿no?
—Así ha de ser, desde luego que entre la gente bien hay tantos calvos.
Y soltamos una carcajada, que en el silencio de la noche el eco se la llevó allá al fondo misterioso del valle. Los machos se acosquillaron, acelerando la marcha hasta tomar otra vez el sobrepaso. El viejo Wenceslao se había pialado la lengua, pero de rato en rato le brotaba de entre sus largas barbas una risita resquebrajada y mordas. De repente se levantó y parándose en los estribos, púsose la mano sobre los ojos para servirse de ella como si fuera pantalla. En esta pose comenzó a escudriñar las sombras que se desplegaban a lo largo del camino, hasta que, dándose una palmada en la frente, se volvió hacia mí y me dijo emocionado:
—Don Diógenes, le juego un potrillo'e vino que hay farra corrida en lo de las Senillosas.
—¿Y cómo ha sabido eso?
—¡Mirando, pó! No ve, mire donde le señalo y va a destenguir un resplandor que redemente le atrae a la memoria empanadas y güena chicha. ¡Qué empanadas tienen las Senillosas! Cuando usted les aprieta el colmillo, sueltan un caldito caliente y aromático, como pa lamberser no más! Chilenas habían de ser, amigazo.
—¿Las empanadas?
—¡No hombre! Las Senillosas.
—Y de ahí, don Wenceslao, si es tan buena la cosa, ¿por qué no enderezamos?
—Ya lo creo que sí. Haremos la de los zorros viejos. Vamos a pasar, pasando, y si sentimos bulla nos colamos.
—¡Lindo viejo! Aceptado el programa.
Poco rato hacía que andábamos en silencio, rumbiando hacia el lado de aquella claridad que se divisaba a través de las sombras de los álamos y sauzales, cuando llegó a nuestros oídos el dulce rasguído de las vihuelas y las canciones sentimentales del paisanaje. Los machos, que hasta ese momento venían flojeando, pararon súbitamente

las orejas enfocándolas en derechura de la ranchería iluminada, bulliciosa. En seguida comenzaron a ladearse y a terquearse a la huella, sospechando, previendo la mala noche que se les venía encima. El animal que yo montaba era nuevito y obediente; pero el que cabalgaba mi compañero era más viejo y barbudo que él. Por nada del mundo quería volver a la huella. Se emperó en no obedecer a las riendas, de tal manera que nunca en mi vida había visto cosa igual.
El viejo macho se llamaba don Martín. Mi amigo, que le conocía las mañas y el temperamento, comenzó a hacerle sentir las lloronas y a tironearlo fuerte. Pero nada, el bicho no quería ceder; se veía que no estaba para farra. Después de chicotearlo y de hacerle fuerza, mi viejo amigo cuyo no se rindió de cansancio, y por lo "cargadito" que ya se hallaba, doblóse sobre el animal como para descansar la fatiga. Se había olvidado de mí completamente. Entonces fué cuando, desde el oscuro lugar donde me encontraba, bajo la fronda de un sauce enorme y cobijador, oí las chochees que el viejo Wenceslao le dirigía a su macho, en tonada provinciana y respetuosa. El todo era una transacción y seducción endiablada.
—Oigame, don Martín, sea obediente. No se me ande torciendo, que pa eso todo el día se ha estado hartando de güen pasto y maíz ¿eh? Sea respetuoso. No me salga áhura con esta indinidá. Ya sabe que soy güenazo; ¡pero no me caliente! Eh, le parece bonito lo que está haciendo. Hable ¡su... maula! Si le'i arrimao unos guascazos ha sido por su mal proceder ¿oye?
Yo, desde mi escondite, veía y oía sin poder contener la risa, temiendo a cada momento que alguna carcajada imposible de retener, se me escapara, delatando así mi presencia en aquel sainete. Pero lo interesante del caso es que el macho parecía que aquello le agradaba, pues conforme terminó su discursito el viejo Wenceslao, aquel comenzó a dar unos pasos por aquí, por allá, aunque vacilando todavía. El viejo continuó:
—Ya te veo, ya. ¿Queris que ti haga una jercita? Venga, güel-base a la huella qu'está durita y lisita como pa que anden las niñas.
Jamás en mi vida creo que mis ojos habían mirado algo con más asombro que lo que vieron entonces. Yo reventaba por contener la risa que las últimas palabras me habían producido, cuando de improviso y como por encanto vi que el macho salía con un sobrepaso rápido y firme y se enderezaba solito para el lugar de la farra.
Larga debía haber sido aquella escena, pues que el cielo se pintaba de claridad y los astros pestañeaban apenas. Me eché a andar apresuradamente, con el propósito de llegar a aquella fiesta, sin ser visto, de manera que don Wenceslao, creyera de verdad en mi ausencia, entretanto duró su incidente asnal.
Así fué. Poco después nos encontramos entreverados con los paisanos y las chinas, todos los cuales se hallaban ya en un estado lasti-

moso de curadera.
Le salí al encuentro.
—¡Hola, don Wenceslao! ¿Cómo así tan atardecido?
—¡Pero no vido pó, que se empacó el macho? Fué una insubordinación. Así lo comprendo al pobrecito. Qué quiere amigo, me duele el alma... Lo tráimos, lo llevamos, de aquí pa allá... De día, de noche... Con el sol y con la luna, como si fueran penaos. Y dispue de la farra los dejamos en los corrales que apenas pueden dar un paso: todas las noches la misma historia.
—Es cierto, como no mi viejo amigo, es la pura verdad. ¿Quiere que bebamos? La chicha está muy rica.
—Así ha de ser. Choque: ¡salú compañero! ¡Por la burrada de don Martín!
—¡Salud por todo!
Y mientras nos confundíamos con los pocos que todavía danzaban ruidosamente, la peonada, afuera, completamente borracha, iba desbordándose y perdiéndose entre los camellones de las viñas. La sala de baile era, como siempre, el dormitorio y comedor del rancho, habilitado para el caso. Pocas visitas quedaban, apenas unas veinte personas entre viejos, viejas y chinitas casaderas: los más hacían un enjambre de chiquillos todos ellos pegoteados y con las caras sucias, embadurnadas de uva, vino y carne de chanco, de la que saben comer hasta quedar panzones y caerse dormidos. El ambiente interior estaba cargado de humo de cohetes, y se oía fuerte a tabaco y a mosto. En los rincones, sentados o echados sobre unos bancos viejos y desvencijados, se abrazaban dormidas como troncos, algunas parejas querendonas. Todo indicaba que por allí había pasado una orgia criolla: baile, estruendo y curadera.
Y ya andaba por ahí el viejo Wenceslao, estribando un peludo de pura chicha. Como todos los curados, él solo se conversaba y andaba de aquí para allá en procura de su animal. Las tenía todas con el macho. A cualquiera que encontraba a su paso le preguntaba por don Martín; les decía el pelo y la marca. Cuando menos se lo esperaba, un chiquillo zaparrastroso y con mal de ojo, le trajo la cabalgadura. Todo fué tenerlo a su lado para volver a las reconvenções y a los consejos. Entretanto, hacía lo posible por cinchar el animal, el que, en sus correrías, se había soltado los cueros. La curadera del viejo Wenceslao era muy dada a las consideraciones y al respeto de todas las cosas, de ahí que le hablara a su macho — que mucho lo apreciaba — como si se tratara de alguna persona digna de su estimación. Siempre, con tonada respetuosa y singular afecto, le decía:
—Don Martín, mire, vea, oiga que le habla Wenceslao: ¿ande anduvo haciendo daño? Seguro que le ha ramoneao toito el moscatel a mi compadre. ¡Y tan bonita que tiene la viña! También, si no fuera
(Continúa en la página 30).

Tercer Salón de la Asociación Artística Platense



"De Berisso" por Rinaldo Lugano.



"Paisano Catamarqueño" por Cleto Ciochini.



"Ethel" yeso de
Arturo M. Gonzá-
lez.



"El Canal de la
Mancha" por E. G.
Robinson



"Paisaje de España" por Ernesto Ricci.



"Chango" por Juan Petrarú.



Actualidades cinematográficas



Lillian Gish y John Gilbert en "La Boheme", cine-drama extraordinario que presentará próximamente la Metro-Goldwyn-Mayer.



Sissley y Blake, dos notables artistas negros que aparecen en el Phono Film presentado con gran éxito por la Corporación en el Empire el jueves último.



Escena de "La última frontera", que interpretan Marguerite de la Motte, William Boyd y otros artistas de renombre que Glücksmann exhibe desde el domingo pasado.



Escena de "El gato y el canario", film Non Plus Ultra Jewel, interpretado por Laura La Plante, Torrest Stanley y otros notables artistas que la Universal presentará el jueves próximo.

De Forest Phonofilm
— Incorporated. —

Películas

Parlantes

La maravilla del siglo

SE EXHIBE DESDE EL
: 28 PPDO. EN EL :

EMPIRE THEATRE

Corporación Argentina Americana
de Film.



Viola Dana y Joe Young en "No, no, Nanette!", que la General estrenó anteayer.



Paseo de "Los arribistas", creación de Irene Rich, Torrest Stanley y Hobelle Fairbanks, que la General estrenará el sábado próximo.



Madge Bellamy y Allan Torrest en "Solteros de Verano", que la Fox tiene en programa.



INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



ROSARIO DE LA FRONTERA.—Señor Augusto Casaubon, gerente de las Termas Hotel.



Grupo de pasajeros en pose para "FRAY MOCHO".



Dr. José Masó.



Sr. Antonio Trabucco y señora.



Una vista del gran patio del Termas Hotel (anexo).



Sr. Juan Bonás, jefe de cocina del Bristol y del Termas y primer chauffeur del establecimiento.



SAN LUIS. — Vista tomada durante las últimas nevadas caídas en esta provincia. — A la izquierda una vista en los alrededores de la estatua de San Martín; a la derecha; en la plaza Pringles.



QUEMU-QUEMU. — Un detalle de la fuerte nevada caída en esta localidad.



RUFINO. — Concurrerentes al lunch servido con motivo del enlace de la señorita Blanca Crotti con el señor Martín Belloni.
Fots. Bonin, La Vía, Carretero y Della Mattia.



Gabriela echó en el café que la doncella acababa de servir en el saloncito, el azúcar y alargó una taza a su esposo, que instalado cómodamente en su sillón preferido fumaba su cigarro con toda tranquilidad. Encendió ella también un cigarrillo y exclamó de pronto.

—Roberto. Tengo algo que decirte.

El sonrió en silencio. Cuando ella tenía "algo que decirle", lo que equivalía a un deseo que expresar, permanecía de pie para tener más autoridad.

La admiraba erguida y resuelta en su gracia infantil.

—Vamos a ver. ¿Qué es ello?

—Quiero ir a "Los Olmos".

Roberto se sobresaltó y un gesto de contrariedad se reflejó en su semblante. No esperaba aquella petición. Ella continuó:

—Comprenderás que es ridículo.

¿Por qué no me has propuesto nunca llevarme allí. Tú tienes una deliciosa propiedad a dos horas escasas de París... Sí. No trates de negarlo... ¡Deliciosa!... Me he informado bien. Una casa confortable, un parque, un arroyo, una terraza... y yo, tu mujer, no la conozco...

—Ya sé lo que me vas a decir— prosiguió Gabriela al notar un gesto de su esposo. —Dirás que has vivido en Los Olmos con tu primera mujer y que, por delicadeza no me has propuesto jamás ir allí... Pues bien. Eso es sencillamente ridículo. Hace ya seis años que te has divorciado de esa persona, cuyo carácter era detestable y cuya virtud poco ejemplar...

—¡Oh, Gabriela! ¡No insistas!...

—No insisto. No trato de herirte...

—No es eso, pero...

—Ella se ha vuelto a casar. Y tú, después de dos años te has casado conmigo. Te quiero y tú me quieres... ¿no es así? Supongo que no piensas ya en ella...

—Querida mía, tú sabes bien...

—Sí. Sí, ya lo sé. Es una época de tu vida que está olvidada. Precisamente por eso es ridículo privarnos de ir a Los Olmos, por una falsa delicadeza, por una especie de sensiblería irrisoria... Si es que te has propuesto no volver por allí, habrá que vender...

—Es una propiedad de familia en la que he vivido de niño y a la que quiero mucho... Te aseguro que es únicamente por respeto a ti... porque yo temía...

—Ya lo sé. Por eso te declaro francamente que no me importa nada encontrarme contigo allí. Reflexiona: tú y ella habéis vivido también en París, por esa razón tampoco debiéramos vivir aquí, ni ir a ningún teatro, ni a ningún restaurant donde hayáis ido vosotros... No es esa la forma de encerrar las cosas. Eso estaría bien, acaso, en los tiempos del romanticismo, pero en la actualidad...

Yo soy moderna, una mujer práctica, no me dejo engañar por falsas apariencias... Tenemos esa propiedad? Pues aprovechémosla. Está bien eso de ir en verano a la orilla del mar y en el otoño al castillo de algún amigo, pero es muy agradable tener cerca de París una propiedad deliciosa donde se pueda ir a pasar unos días. Hace ya tiempo que quería decirte eso... ¿No tengo razón?

Roberto había reflexionado, pasada la primera extrañeza que le había producido la petición de Gabriela.

LOS OLMOS

Por Federico Boutet

Esa indicación le había molestado al principio, porque creyó ver en ella una señal de que su mujer no le amaba tanto como él creía. Después, al escucharla, se había dado cuenta de que sus razonamientos eran absolutamente lógicos.

El mismo estaba también encantado de encontrarse en la querida mansión, donde, de niño había pasado tan buenas vacaciones.

—¿Cuando partimos? —preguntó ella. —Tengo muchos deseos de conocer tu casa. La primavera úl-

tima hubiera deseado ir... Pero no me resolví a pedirte... Pienso en lo encantador que será... ¿Cuándo vamos?

—Al fin de semana si así lo deseas, querida mía. Voy a escribir al jardinero. El y su mujer guardan la propiedad... Iremos con el auto ¿eh?

Gabriela se arrojó sobre él para besarle, y él rió tan alegremente como ella.

—¡Oh! Qué divertido va a ser. Tratemos de marchar el viernes. Tengo unás ganas locas de estar allí. Volveremos luego con frecuencia... Siento que me encontraré mejor en Los Olmos que en ninguna otra parte. Aun en invierno debe ser encantadora una bella casa de campo bien organizada... ¡qué contenta estoy! ¡Qué bueno eres!

Los preparativos de la partida les parecieron una verdadera fiesta. El viaje en auto fué delicioso desde el principio hasta el fin y hacia la mitad de la tarde, después de haber atravesado un riente pueblecillo y después un puente sobre un río apacible, llegaron.

—Ahí tienes Los Olmos —exclamó Roberto, indicando, medio oculta por grandes árboles una atrayente casa gris de techo de pizarra.

—¡Oh! ¡Qué bonita!

Gabriela, cuando después de atravesada la verja, el auto paró bajo una Marquesina, descendió la primera. Respondió en forma afable a los saludos de los jardineros y agarró con impetuosidad el brazo de su marido.

—Llévame. Llévame a verlo todo: La casa, el parque... ¡Quiero verlo bien todo!

Roberto obedeció dócilmente sonriendo. Era feliz viendo la alegría de la mujercita que se extasiaba con todo y hacía planes, sobre todo.

Para él, la alegría era menos viva y, sin que se lo confesara, menos intensa de lo que había creído. Encontraba a cada paso recuerdos... Recuerdos de la infancia, ciertamente... Pero también otros recuerdos, y éstos fueron imponiéndose sobre los primeros hasta que los abolieron, los dominaron por completo.

Al presente, Roberto, revivía las horas que había vivido en las semanas de primavera o de estío con ella, uno cerca del otro. Volvía a ver a esa Teresa, morena, violenta, celosa, injusta, infiel, que le había hecho sufrir para después huir de él...

Sí, pero antes de traicionarle y de dejarle, lo había amado apasionadamente, estaba seguro de ello.

Allí, en Los Olmos, solos, los dos, habían gustado horas de amor, ardientes y sinceras. En esta casa, en este parque, habían cambiado juramentos y besos... y eran esos recuerdos, los que a cada paso, en las habitaciones, en los bosquecillos, en las avenidas, surgían imperiosos, dominando a Roberto, enervándole...

De pronto sintió necesidad de un consuelo, quiso sacudir para siempre tales recuerdos, suprimir el pasado por la afirmación del presente. Gabriela, allí silenciosa, ahora, callaba, cansada, sin duda. Se inclinó sobre ella, la estrechó y la besó.

Pálida, con la cara contraída, ella lo miró y casi con rabia preguntó:

—¿A quién besas? ¿A ella o a mí?

Y huyó suspirando.

Pídan

"QUILMES DE INVIERNO"

La mejor cerveza para la estación

UTILIDAD DE LA EMBRIAGUEZ

La embriaguez es útil:

Para perder el tiempo, el dinero y la vergüenza.—Sócrates.

Para acabar con el hogar, la sociedad y la patria.—Suderman.

Para que los hijos pierdan el respeto a sus padres y el respeto a sí mismos.—Carducci.

Para buscar amigos y no fabricar sino enemigos.—Caton.

Para tener desaliento en el trabajo.—Anónimo.

Para trastornar el cuerpo, pervertir los nobles sentimientos y destruir las facultades mentales.—Francisco I.

Anselmo Linares había nacido para las grandes idealidades. Nada tan doloroso para su vida como esa rutina de las almas vulgares, incapaces de un anhelo de renovación, almas sórdidas, hechas para contar monedas, sombras siniestras escapadas de algún círculo dantesco para empañar la beldad de la naturaleza.

Espíritu sinceramente bohemio, preocupábalo con intensidad el dolor de los humildes, el llanto de los pequeñuelos que tiritaban de frío, las madrecitas jóvenes que rodaban a la sentina, cansadas de pedir, en vano, pan para sus hijos; la desesperación impotente de los que, gimiendo en la llanura, veíanse obligados a tolerar las risas orgiásticas de los que habían trepado a las alturas, y por sobre todo preocupábalo un ansia de belleza nunca saciada y lo animaba un corazón, en cada uno de cuyos latidos había un poema de bondad.

¡Qué noble espíritu el de Anselmo Linares! Su carrera en el mundo de las letras había sido rápida: su nombre había sido impuesto como un valor de sana ley: su prestigio ya había adquirido cimentación perdurable.

La vida era la única inspiradora de sus producciones, y trabajaba tan activa, tan incansablemente, que su figura había revestido un carácter excepcional en el escenario intelectual de la república.

Un buen día circuló la noticia de que Linares se casaba.

¿No sería ninguna aventura galante con alguna de sus admiradoras? ¡Tantas cartas femeninas iban a perfumar la soledad de su estancia de poeta! ¡Tantos corazones de doncellas habían latido al ritmo de sus estrofas sentimentales!

No: Anselmo se casaba. El poeta estaba firmemente resuelto a tributar su ofrenda en las aras de Himeneo.

¿Quién será ella? Y todos pensaban que la mujer que había logrado cautivar con tanta intensidad al poeta debía ser muy linda, debía ser muy sabia, debía ser un alma de artista, capaz de sentir y comprender los anhelos del escritor que tan realmente interpretaba el sentido de la vida.

Todos pensaban eso... todos. Pero...

Varios años habían pasado tras aquella fecha del casamiento. En ese período de tiempo el nombre de Linares casi podía decirse olvidado, ensombrecido, pues el poeta muy poco producía.

No faltaba algún amigo escéptico que, en rueda de camaradas en algún café, dijera al mencionarse al poeta: "¡Es lo que afirmé siempre: Nada hay peor para la poesía que el hogar. Un poeta debe amar a todas las mujeres y no a una sola mujer... El matrimonio es la tumba de la gloria de los artistas...!"

Varios años habían pasado tras la fecha del casamiento de Linares, cuando en todos los diarios y revistas del país volvió a tejer las cosas del país motivo de un nuevo volumen de poesías suyas.

A juzgar por los ditirambos periodísticos, Linares debía sentirse satisfecho: nuevamente el éxito le sonreía. Sin embargo...

Una noche salió Linares de su casa, en dirección al centro de la ciudad, por caminar tan sólo, sin rumbo fijo. Era una noche fría, de viento helado, en que todos los transeúntes marchaban a paso acelerado, abrigados en sus gabanes,

como huyendo de la inclemencia de la intemperie.

Y el poeta marchaba a paso lento, mirando en todas direcciones, despreocupado de la frialdad del ambiente, y como si el viento fuera un antiguo camarada suyo.

Y andando, andando llegó a uno de los grandes cafés de la capital; dentro la orquesta llenaba los ambientes con las últimas novedades musicales de la semana y la concurrencia parecía un nutrido hormiguero humano que se hubiera refugiado en el cálido recinto, para resguardarse del frío y descansar de las fatigas del día, recreando los oídos en las delicias de la música.

Dudó breves momentos el poeta entre seguir caminando o mezclarse él también en aquel tumulto de hombres, hasta que entró y echóse

sobre todo después de tu último libro... Felicidad en el hogar, empleo bien rentado, éxito enorme en la literatura... ¡Miel sobre hojuelas!

—Pero ¿qué tienes esta noche que te trae una cara de Viernes Santo, que ni pedida de encargo?

—Pues ya que me buscáis la lengua, hablaré, dijo Linares. Con alguien debía desahogar mi corazón, y como antaño fuimos confidentes mutuos de nuestros sinsabores y de nuestras alegrías, escuchadme ahora, no me culpéis luego de haberos narrado una historia triste: vosotros lo habéis querido.

Y Anselmo Linares abrió su corazón a sus amigos.

Cuando me casé, comenzó Linares, creí que iba a ser el mortal

El dolor del poeta

Por Alfredi C. Franchi

LA COMPAÑERA

(Para "FRAY MOCHO")

Yo la deseo triste, casi en llanto,
pero de una tristeza sobrehumana,
mezcla de compasión y desencanto
y de profunda caridad de hermana.

Yo la deseo de mirar sereno:
en el puro cristal de su mirada
como del Dios inmensamente bueno
recoger la caricia inmaculada.

Yo la deseo tierna, y su sonrisa
sea un rayo de sol primaveral;
que cante las canciones de la brisa
que despierta el silencio del sauzal.

Amada silenciosa en el dolor,
que con gracia divina se aureola...
yo la deseo en el primer amor
para enseñarle a amar una vez sola...

Alberto J. FREIRE.

a recorrer las diversas mesas del café, para encontrar un asiento donde estar solo, tranquilo, acaso para olvidar, acaso para recordar...

Más de uno de los tertulianos, al verlo pasar, lo indicaba a su vecino, diciéndole: Ese es el poeta Anselmo Linares, autor de ese libro de poesías del que tanto hablan los diarios...

Ya había recorrido casi todo el Café sin encontrar el lugar anhelado, cuando de una de las mesas sintió que le llamaban... Eran viejos amigos, camaradas de bohemia, y fué a ellos. Y comenzaron las exclamaciones:

—¡Por fin se te ve la cara!

—¿Es que piensas convertirte en un anacoreta?

—¡Debes ser muy feliz en tu hogar, cuando has olvidado por completo a tus amigos!

—Eso es: debes ser muy feliz,

más feliz. Tranquilidad, cariño, bienestar, nada me faltaba. Debo confesaros que al buscar compañía para mi vida, fué una honda preocupación mía, la de que mi mujer, dentro de la cultura femenina indispensable, no fuera ni literata, ni beldad de salón, mujeres con el alma siempre en la calle, muñecas lindas hechas para el deleite de todo el mundo.

Y hallé lo que anhelaba. Mi mujer es un modelo de virtudes hogareñas, una verdadera dama de hogar, conocedora de todos los secretos que convierten a una madre en una santa, pero cuyo mundo está limitado a sus hijos y a su esposo...

—Y ¿apeteces más todavía?

—Oídme: a su esposo hasta cierto punto. Es inútil que quiera negaros que aquella llama de arte que ardía en mi espíritu, que ilumina-

ba mi cerebro, no se ha extinguido en mí... He nacido poeta y hasta mi muerte llevaré conmigo ese fatídico don de las divinidades. Prueba de ello es la publicación de mi último volumen de poesías. De todas partes he recibido y estoy recibiendo elogios... por doquiera oigo frases de admiración y alabanza. Por doquiera... menos en mi casa.

Y este es mi gran dolor. Cada carta de alabanza que llega a mis manos provoca en mi mujer una sonrisa irónica, una frase despectiva. Si llegan visitas y la conversación converge a mis poesías, mi mujer que sería la primera que debería alabarme, reconocer mi talento, alegrarse por los elogios que se me tributan, sólo sabe burlarse, zaherirme.

Si es una mujer la que me escribe felicitándome, la primera exclamación siempre ha de ser: Poetisa, literata, qué mejor sería que aprendiera a zurcir medias...

¡Ni un ensueño de arte, ningún concepto de idealidad, toda materialidad...! ¡Qué comprensión mezcua de la vida!

Y este dolor, que podría decir que es el único dolor de mi existencia, me ha herido tanto y tan constantemente me desgarró, que hay momentos en que quisiera marcharme lejos, para volver a ser el bohemio libre de otrora...

—Bien dicen que no hay felicidad completa en esta tierra...

—Es que no de solo pan vive el hombre y yo no puedo concebir que una mujer amante y buena, una compañera solícita y fiel, pueda despreocuparse en absoluto de las aflicciones intelectuales del hombre que la quiere.

—Y pensar, Anselmo, que no pocas fueron las mujeres que te adoraban por tus versos. ¡Maruja, Carmen, Esther, Aída!...

¿Las recuerdas aún? ¡Qué cartas aquéllas! ¡Las conservas?

—Insisto, repitió el amigo escéptico, en que nada hay peor para la poesía que el hogar... ¡El matrimonio es la tumba de la gloria de los artistas!

Y Anselmo Linares apoyó dolorosamente la frente en las palmas de las manos, mientras dos lágrimas de fuego incendiaban con doloroso brillo sus pupilas, y la orquesta comenzaba a dejar oír los divinales acordes de una sonata de Beethoven.

¡Oh mujeres, que sois amadas por los poetas, sobre vuestro hogar podrá escribirse el nombre de Felicidad, si sabéis comprender las vibraciones de su espíritu, que se agita como el ala invisible de un Dios que cruza por la vida derramando bellezas, y armonías, beneficios que producen la juventud eterna del alma.

Todas las visiones del poeta, oh mujeres que sois amadas por él, pondrán en vuestra vida frescuras juveniles, y pensad que al buscar la inmortalidad para su nombre, dará inmortalidad a vuestro amor y ceñirá una diadema de gloria en la sien de vuestros hijos...

Es tan grande el dolor de que un poeta sea burlado en sus concepciones espirituales por la mujer amada, que Dante, clasificador de todos los dolores y tormentos, por no haberlo creído posible, lo excluyó de todos los círculos de su Infierno...

EL HONOR

Por Carlos Le Goffic

Juan de Tromorvan frisaba en los cuarenta cuando se casó con Clotilde Le Saux, que apenas había cumplido diez y siete años.

El marqués se había impuesto a la simpatía y al respeto de sus conciudadanos, tanto por la dignidad de su vida, como por su exquisita urbanidad.

Su fortuna le permitía llevar gran tren, pero hasta que se casó sólo se le había conocido como criados un mozo y una cocinera.

La boda cambió todo eso. Clotilde era una personita a quien le gustaba hacer bailar las monedas de oro. Era muy linda, y lo sabía, como sabía también que su marido la adoraba.

Transcurrió un año. Tromorvan había transformado de arriba a abajo su casa, despedido a la cocinera, tomado un mayordomo, cochero y cinco o seis sirvientes con pretensiones.

La pareja pasaba el invierno en Renes y el verano en Tregnier.

Tromorvan se había casado hacía tres años y Clotilde no le había dado ningún motivo de disgusto. Su aire despreocupado, su misma coquetería tenían tal aspecto de inocencia, que hacían imposibles las sospechas.

Los esposos acababan de instalarse en Tregnier, en el castillo que rodeaba un extenso parque.

Hery, el mozo a quien no se le escapaba el más mínimo detalle, notó que una puertita abierta en la pared del jardín y que estaba condenada desde hacía más de medio siglo, había sido abierta durante la noche. Vió huella de pasos sobre la arena de los caminos y las siguió, comprobando que finalizaban ante la escalera que conducía a las habitaciones de Clotilde.

A la noche siguiente se puso en acecho. Oculto entre unos matorrales, esperó hasta las once, sin descubrir nada de particular, a no ser que la ventana del dormitorio de la marquesa permanecía iluminada, y que la luz se apagó y encendió tres veces, como si fuera una señal.

Poco después Hery oyó el ruido de una llave que introducían con precauciones en la cerradura de la puerta, ésta se abrió y un hombre entró en el jardín. La obscuridad no era tan profunda como para que Hery no reconociese la silueta elegante del joven conde de Kercadio. Pero no dejó su puesto de observación; dejó que el galán se internase en el parque, subiese a las habitaciones de Clotilde y saliese después de una hora tan furtivamente como había entrado. El conde no se olvidó de cerrar la puerta con llave.

A la mañana siguiente, mientras vestía a su amo, Hery le preguntó si sabía que existiese una puerta de comunicación entre su jardín y el de Kercadio.

—Sí — repuso el marqués. — Mi padre y el abuelo del conde actual eran grandes amigos y para abreviar el camino, cuando se visitaban, habían hecho abrir esa puerta, que condenaron más tarde.

—Ahora han vuelto a abrirla —

dijo Hery — y el conde de Kercadio ha pasado por ella anoche a las once para ir a visitar a la señora marquesa.

Tromorvan permaneció impasible.

—He aquí una noticia bien extraña — repuso. — Creo que tu vista no anda muy bien, mi pobre Hery, porque yo me separé de mi esposa a las tres de la mañana, y ni ella ni yo hemos visto siquiera la sombra de Kercadio.

Hery pretendió justificarse, relatando la escena de la víspera, pero Tromorvan le interrumpió tan bruscamente, que no le quedaron deseos de continuar.

Llegada la noche fué a apostarse entre el matorral pero esta vez no permaneció allí; siguió al conde a paso de lobo, hasta el segundo piso, y bien convencido de que tenía segura la pieza, envió al niño a avisar al marqués, permaneciendo él de guardia frente al dormitorio de la marquesa. Así se aseguraba de que el galán no iba a escaparse, pues las habitaciones sólo tenían aquella salida.

El marqués, que no se había acostado, acudió en seguida.

—Señor marqués — dijo Hery — usted me ha pedido las pruebas de lo que yo afirmé; es decir: que el conde de Kercadio se burlaba de

unas sábanas y anúdelas de modo que sujetándolas al balcón, pueda bajar por ellas este señor, sin que nadie lo vea... ¿Está usted listo? — preguntó al cabo de unos segundos.

—Sí — repuso Kercadio.

—Bien. Ahora sujetaré las sábanas.

Más muerta que viva, Clotilde las había anudado, obedeciendo las órdenes de su marido.

—Una palabra, señor — dijo Kercadio, en el momento en que se disponía a bajar por el balcón. — No sé cuáles son sus propósitos, pero el único culpable soy yo, y me veré obligado a renunciar a los beneficios de la indulgencia si no me asegura usted que la señora...

—Señor — repuso Tromorvan — podría contestar a usted que nadie debe mezclarse en mis acciones, pero quiero asegurarle que la vida de la marquesa de Tromorvan no corre ningún peligro y nada cambiará exteriormente en sus costumbres. Le suplico que venga usted mañana de visita, como de costumbre. Si mi modo de proceder le admira, sepa usted que hay detrás de esa puerta una persona que le acecha, que le ha vista a usted entrar y que no debe verle salir. Basta ya con que yo conozca mi desgracia. No quiero servir de irrisión a mis lacayos, y colocado ante el dilema de publicar mi deshonra matándole a usted o renunciar a mi venganza para conservar mi honor intacto a los ojos del mundo, elijo este último partido.

Kercadio obedeció, tomando las precauciones que le aconsejaba la prudencia. Tromorvan retiró las sábanas, cerró el balcón y dijo a Clotilde que se acostase y fingiese que dormía.

Luego fué al encuentro del criado, que estaba de guardia ante la puerta.

—¿Qué te había dicho yo, mi pobre Hery? — dijo el marqués. — Hace un cuarto de hora que busco y rebusco por todas partes, registrando debajo de los muebles y hasta de la chimenea, y haciendo un papel ridículo. No sé cómo no he despertado a mi esposa. Del conde ni la menor huella.

—Habrás buscado mal, señor... Yo le juro que le he visto entrar aquí.

—Pues bien, te autorizo a que entres a buscarlo, Hery. — Este entró y se convenció de que allí no había nadie.

Clotilde, con la cabeza apoyada en el brazo, dormía tranquilamente.

—¿Estás convencido ahora, mi pobre Hery? — preguntó el marqués. — Vete, vete, y si alguien te dice que el conde de Kercadio es el amante de mi mujer podrás refutarle a tus anchas y decir que miente, porque esa calumnia te habrá costado la estimación de tu amo y un buen sueldo. ¡Mira cómo duerme!

—dijo, señalando a Clotilde. — ¿Acaso el delito tuvo nunca ese aspecto de tranquilidad y de inocencia?



—¿Piensas bien en lo que estás diciendo, y en que la marquesa es mi esposa? Esto es demasiado: has concluido con mi paciencia y voy a despedirte inmediatamente.

—Por favor, señor; espere usted hasta convencerse de que le he dado una falsa noticia.

—Vamos — repuso el marqués — veo que aun no has abierto los ojos y que si te echara de mi casa te irías con el convencimiento de que soy una víctima de mi propia credulidad.

Ya que has empezado a hacer el oficio de espía, continúa, querido. Te doy carta blanca y no vuelvas a hablarme del asunto hasta que puedas presentarme la prueba plena de lo que afirmas. Y creo que no podrás hacerlo en seguida.

Hery no deseaba otra cosa. Había entre la servidumbre un chico de diez a doce años, sobrino del portero y que le era muy adicto.

Hery le enseñó muy bien la lección, diciéndole que se ocultase en las buhardillas y que bajase la escalera en cuanto él llamara.

su honorabilidad. Aquí están; no tiene usted más que entrar.

El conde está ahí hace un cuarto de hora y no lo he visto salir.

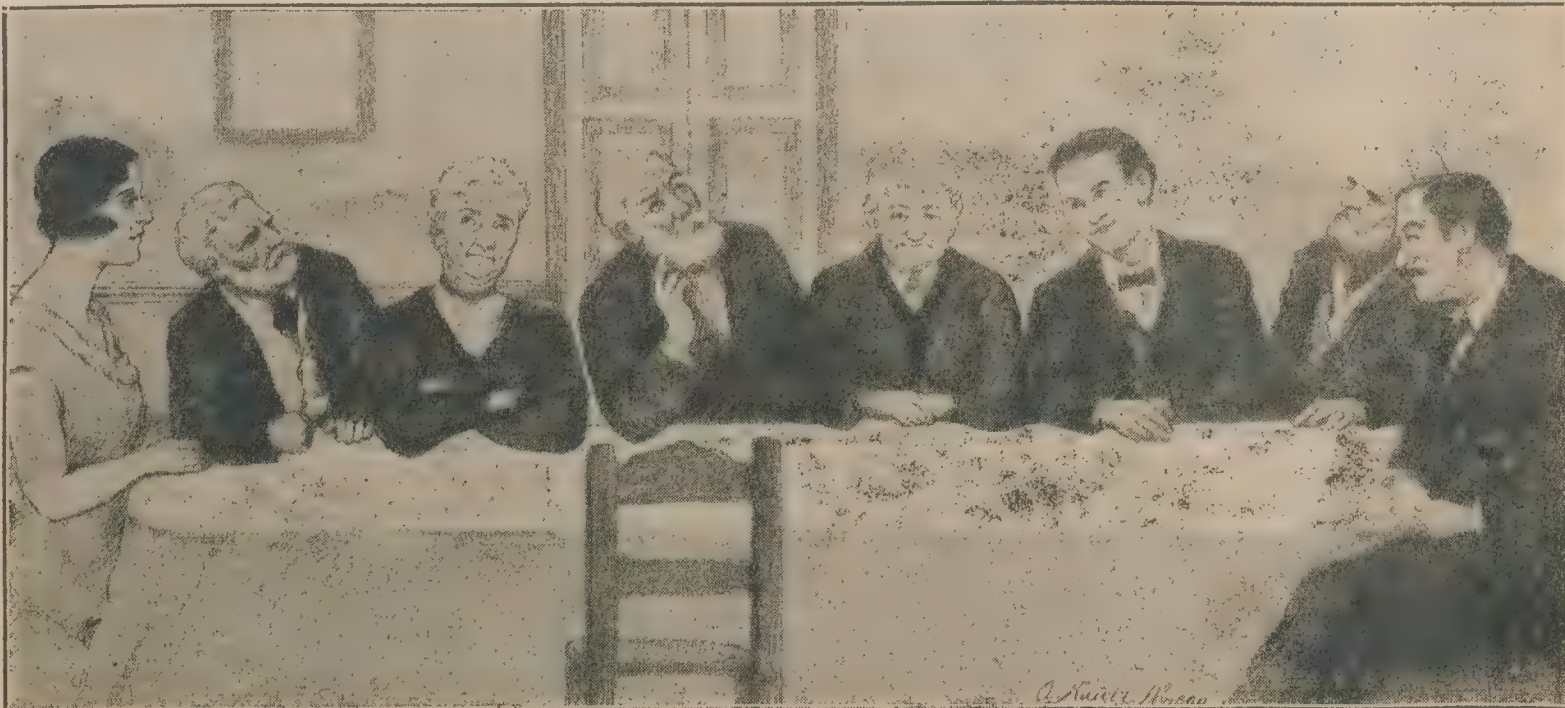
—Te repito que tus ojos andan mal — dijo Tromorvan.

—¿Cómo, señor? — protestó el fiel criado. — ¿Todavía cree usted que miento?

—Sea... pero si te has equivocado, como lo espero, no sueñes con permanecer en esta casa. No me gustan los criados que ven visiones... Quédate guardando la puerta hasta que yo salga.

El marqués abrió la puerta, cerrándola después con todo cuidado; atravesó en punta de pies una salita, levantó un cortinaje y se encontró en el dormitorio de su esposa. Clotilde, que estaba abrazada al conde, dió un grito ahogado al ver a su marido. Kercadio separándose bruscamente, buscó por instinto un arma.

—No se alteren ustedes. Vístase en seguida porque no hay tiempo que perder. Y usted, señora—agregó, dirigiéndose a Clotilde—tome



LOS EXCLUIDOS

PERSONAJES

Tata Andrés, 90 años; Leocadio, 80; Teodoro, 75; Elías, 40; Melitón, 25; Brígida, 78; Emeteria, 65; Inés, 22; Leonor, 18. Una sirvienta.

CUADRO UNICO

(Interior de un salón-biblioteca; puerta practicable al foro; en la lateral derecha otra puerta. Mesa amplia en el centro; alrededor, sentados, los siguientes: en el centro, de la parte del foro, Tata Andrés; a la derecha, Brígida, Melitón, Teodoro y Elías; a la izquierda, Emeteria, Leocadio y Leonor).

ESCENA PRIMERA

(Los dichos)

TATA ANDRÉS. — Hace un año nos reunimos aquí, los mismos que ahora estamos, con el fin de contrarrestar un mal que a la familia amenazaba; lo que resolvimos lo deben recordar todos y por lo tanto huelga repetirlo ahora.

ELÍAS. — Si me permite, Tata Andrés...

TATA ANDRÉS. — Te permito; pero con la condición de que excluyas tus modernismos porque se trata ahora de un asunto serio.

ELÍAS. — Lo mismo dijo antaño y mi pobre opinión quedó excluida.

TATA ANDRÉS. — Como quedará siempre que no se ponga a tono.

ELÍAS. — Entonces, Tata Andrés, ese todos...

BRÍGIDA. — ¡Insolente! A Tata Andrés... ¡Solo te disculpas tus cuarenta años!

ELÍAS. — Es verdad, tía Brígida, comparado a ti resulto una criatura.

EMETERIA. — Eres un atrevido; yo no sé por qué se te convoca a cosas serias.

MELITÓN. — ¡Cosas de Tata Andrés! ¡Es tan bueno!

ELÍAS. — ¡Y tú tan adúlón!...

MELITÓN. — ¿Usted ha oído, Tata Andrés? Me está insultando.

LEONOR. — Y con tus procederes...

MELITÓN. — ¡Miren la dócil! Y después se dirá... Menos mal

que yo sé a qué atenerme.

LEONOR. — Coincidimos; tú con tus razones y yo con las mías...

MELITÓN. — ¡Pero... escuchan?

BRÍGIDA. — Escuchamos y no salimos del asombro. Lo que hoy se ve hay que reconocer que es inaudito.

LEOCADIO. — Son las malas lecturas, los libros, como los venenos...

LEONOR. — Los libros, tío Leocadio...

TATA ANDRÉS. — ¡Silencio! Eres una deslenguada y te has hecho acreedora a que Melitón se asombre y tus tíos te reconvenzan. Las muchachas como tú, en ocasiones como la presente, muestran su cordura callando y nada más. Ese es el prócer sancionado por la costumbre y la buena educación.

EMETERIA. — Y el nunca observado en la familia.

TEODORO. — Yo creo que lo ocurrido no puede influir en los ánimos de Melitón y de sus padres; son cosas de chiquela.

LEONOR. — Tal vez haya... Por respeto a Tata Andrés no voy a revisar mis procederes. Pero es necesario que todos, puesto que todos sois de la misma opinión, convengáis en que Melitón y yo...

TATA ANDRÉS. — ¡Silencio!

BRÍGIDA. — No, Tata Andrés, es necesario que esta chica, engreída, sepa de una vez por todas que si mi hijo se ha fijado en ella, no ha sido por sus cualidades, o por lo que entienda sus cualidades, sino en holocausto a mi difunta hermana, su madre, que si levantara la cabeza...

ELÍAS. — Sospecho que se están desviando del asunto.

EMETERIA. — Este es el fruto de tus prédicas; puedes vanagloriarte de los resultados: Inés y Antón en completa lucha; éstos, que ni siquiera han formalizado sus relaciones, ya los vemos. Eres peor de lo que te imaginas.

ELÍAS. — Son muy graves tus cargos...

TATA ANDRÉS. — ¡Silencio!

ELÍAS. — No, Tata Andrés, en bien de todos es necesario hablar:

Inés y Antón han llegado al desafecto porque han llegado: la penetración de cuerpos pone en evidencia las almas y cuanto éstas no se compenetran también, los cuerpos se repelen; si se persevera en mantenerlos juntos, la indiferencia se trueca en antipatía; si se persiste, se germina el odio. Es una ley fatal que las leyes no vencen. Y la cordura, la sana y serena razón, debe admitirlo y propiciar remedios. Un matrimonio que se desmorona es una catástrofe moral. Admitido. Pero, ante la infalibilidad de la catástrofe, la sociedad sólo debe tender a no agrandarla. ¿Qué se logra con no aislar un incendio? ¿No anegar las casas circunvecinas? Ante la devastación del fuego nada son el agua y la piqueta. Y si esto es así, y si los mismos danmificados por el agua y la piqueta...

EMETERIA (interrumpiéndole). — Dios no ha dicho, no atajad un incendio; pero sí, no desatarán los hombres lo que yo hubiere unido.

ELÍAS (sonriendo bondadosamente). — El argumento es débil; roza a la cuestión pero no la define: desatar lo atado por El, no lo atado por la equivocación, que no puede ser Dios.

TATA ANDRÉS. — Sofismas y nada más que sofismas.

MELITÓN. — Exacto. Y sobre todo no hemos venido a que nos reduzca ni tampoco a convertirle.

EMETERIA. — Así es. Es demasiado trascendente la cuestión del matrimonio para que tú, tan distinguido de él, la puedas resolver.

TEODORO (asintiendo con movimientos de cabeza). — El que no ha sido cocinero antes que fraile... Sería un contrasentido.

ELÍAS. — De contrasentidos está el mundo lleno: un catalán compuso el himno de la nación Argentina; un francés, durante su reinado en España instituyó la Real Academia Española de la Lengua; el descubrimiento y primera colonización de América, la página más grande y sin duda la más gloriosa de la Historia de España, se debe, es evidente, a un genovés,

y la Magdalena, ¿qué me decís de la Magdalena?

LEOCADIO. — El tiempo pasa, Tata Andrés, y el tiempo se va en erudición.

TATA ANDRÉS. — Ha sido una debilidad convocar a este chico; pero no quiero que diga que no se le ha dejado hablar.

BRÍGIDA. — Hasta cierto punto.

LEOCADIO. — Los intereses de los hijos no deben postergarse a la retórica.

ELÍAS. — La retórica está en todas partes, aunque yo no la llevo a ninguna.

EMETERIA. — ¡Ya se ve!

LEOCADIO. — Antón es un muchacho...

ELÍAS. — Si me permites, tío...

LEOCADIO. — No voy a consentir que me interrumpas! ¡Si a ti te importa un bledo la causa de los propios, a mí!... (Levantándose y a Tata Andrés). Si no le haces salir yo me retiro.

ELÍAS. — No es necesario; me voy a ir, pero antes es preciso que me oigáis. Vuestra terquedad, hace un año, no quiso constatar un mal y le negó remedio; hoy, vuestra terquedad, que no puede ocultarlo, le resta magnitud y obstruye soluciones. Inés y Antón no se casaron, los casasteis; lo mismo que queréis hacer con éstos. (Señalando a Leonor y Melitón). La indiferencia, que entre otros con el trato se transforma en cariño, en ellos fué vivero de mutua antipatía. Un perenne y completo desacuerdo la engendró. La disparidad de pareceres, cotidianamente sentida y renovada, condujo al altercado. Hubo gritos, denuestos, el rosario sin fin de las miserias conyugales. La situación común fué suplicio dantesco. Reclamaron sanciones. Vosotros, el consejo de familia, no queriendo acceder no quiso ver lo habido, e intimó la concordia. Pero la concordia no emana de la ajena voluntad. Y obligados a continua ficción...

EMETERIA. — Te equivocas; que tengan sus dimes y diretes...

ELÍAS. — ¿Dimes y diretes? No. Es el rezumar de la garúa que ca-



la. Hoy en día no puede haber concordia entre esos dos.

EMETERIA. — ¡Si todos contribuyeran como tú!...

ELIAS. — No hay contribución posible.

BRIGIDA. — ¿Se puede saber qué te propones?

EMETERIA. — Hacer imprevista la reunión.

ELIAS. — Nada de eso: hacer que veáis las cosas y obréis en consonancia.

EMETERIA. — Mejor fuera decir: qué veáis con mis ojos y hagáis lo que yo quiero.

ELIAS. — La realidad es una; no admite disyuntivas.

TATA ANDRES. — Bueno, la paciencia se acaba y más que la paciencia la necesidad de ir al grano: Expón escuetamente tus puntos de mira, y aun las soluciones que te parezca y cállate.

ELIAS. — No he querido otra cosa: Inés y Antón se odian. Esos son los hechos. Han ocurrido demasiadas escenas desagradables entre los dos para que sea supponible una avenencia. Esto es lo probable. Si la reconciliación se produjese, las causas que los tienen separados — en ellos endémicas — tendrían que surgir y renovar la situación. Esto es lo posible. Y por si fuera poco, voy a deciros lo que de por sí ya es suficiente. Mis vaticinios se han cumplido: Antón, huyendo del hogar que solo le ofrecía quebranto y amargura...

TATA ANDRES. — ¡Basta! ¡No tolero más! Si Antón tuvo un desliz no es para que lo cuenten con loor de santidad.

ELIAS. — No hay loor de santidad ni desliz oprobioso; hay sólo un hecho humano.

MELITON. — Hasta cuándo, Tata Andrés, le vas a permitir.

TATA ANDRES (con destemplanza). — Hasta que me parezca.

BRIGIDA. — ¡Así se crece!

EMETERIA. — Estas y otras debilidades como éstas le han hecho ser así.

TEODORO. — Yo creo que Elías exagera. Ese asunto, aunque complica la cuestión de fondo, puede arreglarse con dinero.

ELIAS. — Te engañas. Un padre vende a un hijo pocas veces.

TATA ANDRES. — ¿Qué dice?

BRIGIDA. — ¿Que un padre vende a un hijo!...

EMETERIA. — ¡Que vende a un hijo!...

LEOCADIO. — ¡A un hijo!...

ELIAS. — Sí, Antón ya tiene un hijo.

ESCENA SEGUNDA

(Dichos y una sirvienta, seguida de varios otros sirvientes)

SIRVIENTA (desde fuera y gritando)... — ¡Señor Andrés! ¡Señora Brigida! ¡Señor Leocadio! ¡Niña Leonor!

TODOS (asomándose a la puerta del foro y encabezados por Tata Andrés). — ¿Qué, qué pasa?

SIRVIENTA (entrando, demudada y seguida de dos o tres colegas suyos). — En el dormitorio del señor Antón acaba de oírse un tiro.

TATA ANDRES (sin salir de la impresión fuerte que le produce, y dirigiéndose a Elías). — ¡Esa es tu obra!

ELIAS. — Mi obra...

ESCENA TERCERA

(Dichos, menos los sirvientes e Inés)

INES (con el cabello suelto y el traje en desorden, entrando y de-

jándose caer en una silla). — ¡Creeí que me mataba!... Pero disparó al aire. Lo hizo por asustar. Para que me aliara a él contra vosotros...

ELIAS (después de asentir con movimientos de cabeza). — Hoy ha disparado al aire; mañana, si es preciso, la bala la pondrá en un corazón.

MELITON (aspaventeramente). — ¡Esto es una inmoralidad, Tata Andrés!

ELIAS. — De acuerdo. Pero más inmoral es el tesón que la provoca.

TATA ANDRES (descargando un manotón sobre la mesa). — ¡Silencio! Tú, Elías, ¡largo de acá! La familia no te necesita.

LEONOR (impetuosa). — Eso es una injusticia.

TATA ANDRES (mirándola severamente). — ¡Y tú también! Algún día te acordarás de lo que hoy haces.

LEONOR (con sorpresa y asustada). — ¡Pero!...

TATA ANDRES (con energía). — No hay peros que valgan: quedáis excluidos.

LEONOR (con los brazos sobre la mesa, ocultando la cara en ellos y rompiendo a llorar). — Pe... ro...

LEOCADIO. — La familia se desmorona.

ELIAS (sonriendo). — La familia es indestructible; se transforma, nada más.

MELITON. — ¡Hasta cuándo, Tata Andrés, hasta cuándo!

ELIAS. — Hasta cuando gustéis; por más que desearía referiros un apólogo, que acá, en esta ocasión, quedaría muy a punto. Voy a contároslo: Era un rey, tan rico y poderoso, que todo a su capricho se inclinaba; creyéndose de Dios, descendiente directo, llegó a suponer desposeído de miserias terrenas. Un súbdito, que a fuerza de servirle y aguantarle, tomóle estimación, un día le dijo: "¿Por qué no os arregláis la dentadura? Tenéis algunas caries incipientes". A lo que el rey repuso: "Mis muelas son de bronce; si pensáis que precisan de plomos y elixires, no sabes apreciar ni a ellas ni a mí". E indignado — por lo que atribuyó a necia irreverencia — desterró a aquel buen súbdito de su reino y dominios, y errante y vagabundo, quien no supo ocultar lo que sentía y adular sin mesura, tratando a muchas gentes y viendo muchas cosas, llegó a convertir en curan-

ELIAS. — Sí; todo tiene fin. MELITON (con doble sentido).

¡Era tan filosófica!...

ELIAS. — Y tú tan necio...

MELITON. — ¿Usted oye, Tata Andrés? (A Elías, con actitud fanfarrona). ¡Si no estuviera Tata Andrés!...

ELIAS. — Reservarías opiniones; eres tan adúlón como cobarde.

TATA ANDRES. — ¡Silencio!

Tú, Elías, largo de acá. (A Inés y Leonor). Y vosotras también. (A los restantes). Y ustedes. (Viéndoles salir a todos y repentinamente).

Pero... oíd: Hasta hoy, como se hacía en mis tiempos, por medio de un consejo familiar, que es el más amistoso, traté de resolver vuestras cuestiones; desde hoy...

Los tiempos han cambiado; las cosas no son buenas ni malas de por sí; son buenas o son malas con respecto a otras cosas con las cuales se juntan y armonizan. La autoridad de un padre no emana de sí mismo; depende de la madre que la acata y estimula con su ejemplo a la prole. Si en ello hubo violencia, el acatamiento es sumisión y la reacción se incuba. Y ya sabéis por física que la acción es igual y contraria a la reacción. Reformad lo que creáis caduco caduco, pero reformadlo de tal forma que lo subsistente armonice con lo nuevo; no aprovechéis cimientos que puedan malograr a lo que hagáis. Lo nuevo será bueno o será malo con respecto a lo viejo, pero con lo viejo será siempre caduco e inservible. Y ahora, antes de que me preguntéis, voy a deciros: no estoy con Elías porque Elías me asusta; pero me inclino a él, porque él me atrae. Nada más natural: él es la juventud, la acometividad, la fuerza; yo... lo que empieza a no ser. Pero no fui traidor: vencíendome a mí mismo sumé a sus contrarios, tratando de ejercer mi apostolado lo más eficazmente. Aunque todo fué inútil: se puede reducir a una persona, a dos, a mil, pero nunca a una idea que es ya carne y hasta alma de una nueva sociedad. Empecinarse en lo contrario, en el seno de la familia, es atentar a la armonía que quede en la familia. Ya lo hemos visto. Por eso yo, anticipándome a desbande mayor, he disuelto el consejo, que pugnaba con lo habiente en fronteras exteriores. Libre ya de opinar, os digo: el matrimonio, ante todo, es una idea; todas las ideas han cambiado. ¿Cómo queréis que el matrimonio permanezca invariable? Yo no soy divorcista. Bien sabe Dios, si Dios me escucha, que prefiero lo antiguo y no lo nuevo. Pero nunca esta mezcla, que es causa de desorden e impudor. Que venga la reforma si tiene que venir. Pero que venga sobre bases reformadas que la hagan asequible, duradera y no inmoral. Brigida, Leocadio, Emeteria, Teodoro, Melitón: ocupad mi lugar, porque el abuelo Tata Andrés se trueca de excluyente en excluido.

LEONOR e INES (colocando cada una un brazo sobre cada uno de los hombros de Tata Andrés, con júbilo mal encubierto y acariciándole con la sonrisa). — ¡Tata Andrés!

TATA ANDRES (rechazándolas cariñosamente). — No tanta confianza; yo siempre seré el viejo.

José Pavía R. — Jaén.

Dib. de Ovidio Núñez Abregó.

FUGA

La compasión cruzó en signo de albricias con un lampo leal, tus ojos magos, cual las últimas luces que en los lagos encrespan sus agónicas caricias.

Supe tu desamor; qué beneficias con los dulzores de misterios vagos, tributo de los íntimos estragos, que en mi vencido corazón oficias.

Ante tu gesto de amistad, bravío como en las horas del lidiar lontano, fui un alarde supremo de albedrío;

pero al tender mi mano en despedida, el abandono de tu franca mano fué un bárbaro cauterio de mi herida.

E. RODRIGUEZ GARCIA.

ELIAS (yendo hacia ella, tomándola de un brazo y con cariño). — No te aflijas. (Después, con severidad y dirigiéndose a los otros). Hace un año fui yo solo el excluido; hoy, por obra de vuestra intransigencia, somos dos; mañana... ¡quién sabe! Día ha de llegar en que seamos, por obra del número, bastantes a excluir y a amordazar. Pero no lo haremos, porque nuestro triunfo sería efímero. Sojuzgar es muy fácil; concitar, regir, armonizar, gobernar, que nunca es excluir, dictado de razón y de conciencia. (Pequeña pausa). A usted, Tata Andrés, le disculpan los años; a ustedes, en general, los años y la forma en que vivieron; pero a ese (señalando a Melitón), ¡a ese no le disculpa nada!

INES (súbitamente). — Yo también me voy, Tata Andrés.

TATA ANDRES. — No; tú no te puedes ir; es tu causa la que se debate.

INES (con resolución). — No; mi causa es la de ellos; he tardado en ver claro, pero he visto al fin. BRIGIDA. — ¡Esto es inaudito!

dero, aunque de nombre tal, que todos pronunciaron. Y aquejado el gran rey de rebelde dolencia — pio-rra o escorbuto, que no se supo al fin — y aconsejado, por propios y lumbreras del imperio, de que hiciera venir al curandero ilustre, mandó que lo llamaran, aunque sin sospechar de quién habría en él. Y allegado que fué, reconociéndole, S. M. le dijo: "Mis dolencias son puras invenciones; te quise conocer y te llamé, y como al requerrte teníate que dar algún pretexto... Pero sigo muy bien. Y tú ¿qué tal? Parece que prosperas. E inicié ante la Corte una serie de burlas, que fuera aquí prolijo referir. Mas al cabo de algún tiempo, cuando el rebelde mal se impuso a otros dos males — el tesón y el orgullo — no quise, aunque llamado, concurrir el curandero, temiéndose otras burlas, que aunque no de proscripciones y excluidos, es mal muy de temer en los que excluyen. La moraleja la podéis poner vosotros.

MELITON (con sorna). — Y se acabó.

Una Noche de Andanzas (continuación)

por la comadre... Usted no sabe, don Martín, ella es quien lo hace todo. ¡Tan guapaza! A nada le hace asco. Sabe arar, sabe podar, sabe... lo único que no sabe es curarse. No, no, pa qué le voy a mentir, don Martín, yo nunca la he visto curada. Pero a mi compadre, ¿a ese? ¡hasta los perros se le apartan! Siempre anda como una cuba. Pa mí, que los curahos hemo'e ser más jediondos que la catinga. ¿No le parece ansina, don Martín?

Y el viejo Wenceslao, después de muchas vacilaciones y esfuerzos, había conseguido cinchar su animal dejándolo listo para la marcha. Trastabillando y a fuerza de trapiés se aproximó al rancho donde pidió una botella de chicha "pa que me haga compañía" como dijo una vez que la tuvo en su poder. Acto seguido, se encaminó hacia su don Martín, al que, después de muchas tentativas de asalto, de bamboleos y tumbos quiotes-cos, consiguió trepar y acomodarse bien abierto de piernas. Pero el viejo no las llevaba todas consigo. Por eso pues, en seguida de haberle pegado un trago a la chicha, guardarse la botella en uno de los enormes bolsillos de su chaqueta, levantarse el cuello del poncho, meterse el chambergó hasta las orejas, dirigióle la palabra a su macho y con el fin de advertirle su estado de desbordada curadera, como así también para recomendarle que no se apartara de la huella, si quería llevarlo sano y salvo a la querencia. Inclinado sobre el animal, intentaba hablarle a la oreja.

—(Con tonada zalamera). Gueno pó, aquí me tiene don. Aquí tiene a su diño amigo que tanto lo quiere. Eh... ¿me habló Martín? ¡Ah! créiba que sí. Mire vea, me va llevar suavcito no más. Vaia mansito y pegadito a la güeya, sin andar lebándome y tráindome como si fuera mamao... ¿Compriende, don? Vaia pó, vaia andando adispasito. Ansina... eso es... ansina como le mando...

Y a la verdad, que el macho parecía comprenderlo. Apenas lo lonjeó por el anca salió con un sobrepaso ligero y vivo, atropellando todo lo que encontró en el camino y llevándose la tranquera por delante.

Largo rato había transcurrido desde el momento aquel que se había marchado mi amigo, el viejo Wenceslao, por lo que juzgué pru-

dente no amanecerme desde luego que yo no conocía a nadie de aquella casa, y porque, por otro lado, de la farra no quedaba otra cosa que un grupo de paisanos curados y unas cuantas mujeres mateando acurrucadas alrededor del fogón. Monté, pues, y me largué al galope por el camino para calentarle las taban a mi animalito.

Era uno de esos amaneceres de ambiente blanquecino, azulado. Al-bora otoñal, de frío y denso relente, con los campos y las sendas alfombradas por la helada y las hojas caídas. El sol, un sol enorme, de oro vivo y radiante, se elevaba lento y amoroso, apuntando sus rayos de fuego a las cumbres inmaculadas de las viejas montañas.

Iba embebido en la contemplación de la naturaleza, encantado por aquel dulce despertar de la vida, cuando de pronto, al doblar un recodo arbolado del camino, divisé a cierta distancia, la quiotesca silueta del viejo Wenceslao y su macho. Presintiendo alguna escena cómica, detuve el galope y me dejé llevar al pasito para no ser sentido ni visto, tratando para ello, de hacer mi pasaje sigiloso por el lado de la grupa de la cabalgadura que montaba mi desdichado y viejo amigo.

Esta vez el macho de don Wenceslao había formalizado el empaque. Así lo decía a las claras su enérgica actitud y su postura tan resoluta como ridícula.

El animal se había abierto de patas y manos, hasta el punto que sus extremidades parecían cuatro huesos clavados en tierra. Con sus orejas echadas hacia atrás, firmes, erectadas, lo que le hacía oblicuar chinescamente sus ojos mansos, daba a entender su propósito inquebrantable. Mi viejo amigo, que apenas se tenía sobre los cueros, manifestaba un desconsuelo infinito.

Al tiempo que me acercaba noté que don Wenceslao le dirigía la palabra a su buen compañero Martín. Con ganas al fin de oírle algunas de sus originalidades, pues que hablaba en voz queda, pasé bien arrimado a su cabalgadura. Felizmente alcancé a pescarle esta chispeante súplica:

—(Con ademán abierto y de sincera pesadumbre). Mi güen Martín. ¡Cómo ansina que no se apena de mí? Mire vea, pó, don Martín, no me güelba a las andanzas, ¡recuerde que soy su cabaiero!

ANÉCDOTA — UNA AUDICIÓN EXTRAORDINARIA

En la campaña de Buenos Aires, de paso para una estancia, Aristóbulo del Valle se detuvo a almorzar en un almácén.

Mientras le preparaban cualquier cosa, el gran orador observó que dos cuadros ocupaban sitio de preferencia en el comedor en que había tomado asiento: el uno era de Castelar, el otro era del mismo del Valle.

Terminado el almuerzo, del Valle pidió la cuenta; pero aquel par de buenos posaderos, naturalmente españoles, se negaron a presentársela.

Uno de ellos, animándose, expresó a del Valle, que reclamaba de tanta generosidad, el gran deseo en que ardían los excelentes peninsulares que acababan de brindarle amplio hospedaje y abundante mesa:

—Lo que nosotros quisiéramos, doctor, sería que nos dijera un discurso...

LOS ABUELOS

(Cuento para niños)

Por Roberto Bueno

Reinaba la primavera.

Campañas, montes, mar, la creación toda se estremeció de gozo. Descorrió el sol el velo que cerraba el paso a su luz, y la espléndida naturaleza vistió sus más ricas galas. Cantaban los pajarillos sobre las floridas ramas de corpulentos árboles, las golondrinas regresaban contentas de su emigración, las mariposas revoloteaban alegremente, las abejas llevaban a sus colmenas el néctar de las flores que embriagaban el ambiente con sus delicados aromas, y toda aquella sublime mezcla de suspiros, caricias, perfumes y colores, entonaba un himno alegre y melodioso al Creador...

Arroyos que encauzaban las aguas cristalinas, fuentes que vertían hilos de plata, árboles que balanceaban pausadamente sus ramas... todo prestaba armonía al concierto inmenso, y mientras tanto ascendía sin cesar la savia por el vegetal, como río de fuego.

Teniendo ante la vista un tan hermoso cuadro y gozando de las excelencias de tan deliciosa estación, se conocieron dos palomas. Eran las dos de color de nieve, más blanca ella, a ser posible, y él más arrogante, luciendo en la pechuga una manchita gris, distintivo de toda su familia, que le hacía mucha gracia.

Decidieron compartir juntos penas y alegrías, y formaron su nido en el tejado de una casa grande y destruida por el tiempo, que fué en antaño residencia de señorial familia.

Tuvieron muchos hijos: unos murieron apenas nacidos, otros llegaron a crecer y huyeron o perecieron también, víctimas de la habilidad de algún cazador. La pérdida de cada uno de ellos les causó pena, les atormentó durante algún tiempo, pero les olvidaron al fin.

¡Cuánto querían al nuevo descendiente!... Era una alhaja, un encanto, una verdadera monada. Blanco como ellos, con su mancha gris en la pechuga y con un moñito en la cabeza, que daba gloria verlo. Travieso, juguetón y zalamero a más no poder, se pasaba el día haciéndoles mimos y carantoñas. Paseaba a menudo por el alero del tejado, ahuecándose graciosamente, echándose hacia atrás, rozando la cola con el suelo, metiendo la cabecita entre las alas y tomando un aire majestuoso que contrastaba con su pequeñez; un pichoncito, en fin, que valía un plat.

Los palomos, los padres, se volvían locos con él; les admiraban cualquiera de sus infinitas monerías, de sus preciosísimos movimientos. Habían pensado mil veces que sólo a su lado podrían pasar alegremente la vejez, y que si les faltaba algún día se morirían de pena.

Una mañana se sintió algo enferma la paloma, y en tan desagradable situación vióse obligado el padre a abandonar el nido, en busca

de alimento, no sin antes recomendar mucho al pichoncito, al hijo mimado, que cuidase con gran esmero a su madre.

Llegó la tarde y regresó el viajero bastante triste, por no haber hallado lo que buscaba. Penetró en la rústica vivienda y la más horrible angustia se apoderó de él... ¡Había huido el pichoncito! ¡Qué triste desencanto! Acercóse a la paloma, que gemía en un rincón, y no se atrevió a preguntar lo que había ocurrido. Aquella noche no pudieron dormir y se la pasaron llorando, acurrucados junto a la pared, buscando ella calor bajo las alas del palomo, e interrumpiendo los dos el imponente silencio de la naturaleza toda, con sus arrullos lastimeros.

Llegó el siguiente día, pasaron muchos más y nada bastaba para consolarlos de la pérdida del hijo amado. Cuando en un momento de relativa calma pudo darse el padre cuenta de lo ocurrido, hirió su pecho un sentimiento completamente distinto al que hasta entonces le había atormentado; ya no sentía pena, sino enojo hacia el hijo desagradecido que abandonó a su madre enferma y sola.

Pasó bastante tiempo y el fugitivo decidió regresar a la casa paterna. Púsose un día en marcha, arrepentido por completo y con la seguridad de un cordial y entusiasta recibimiento, pero no fué así.

Cuando iba a llegar a su antiguo nido distinguió la figura de su enojado padre que le miraba con aire de soberano desdén, indicándole por señas que no se aproximara.

Volvióse triste y cabizbajo el pichoncito; intentó un día y otro la misma cosa, pero no pudo conseguir nada; siempre veía a su severo padre, inmóvil, a la puerta del nido, negándole la entrada.

Deshizo su cabecita de pájaro en combinaciones y proyectos que resultaban ineficaces, y vista la imposibilidad de cumplir sus deseos, desistió de ellos en absoluto y se dedicó a formar su hogar.

Pero embelesado cierto día en la contemplación de uno de sus hijos, de otro pichoncito tan mono, tan arrogante, tan zalamero como él, concibió un proyecto, que puso inmediatamente en práctica con el más feliz de los resultados.

Una tarde salieron los dos, padre e hijo, en dirección al ya helado nido de nuestras dos palomas. Llegaron allí y el nuevo pichoncito, perfectamente aleccionado de antemano, penetró sigilosa, pero rápidamente en él; abrió todo lo que pudo las alitas y estrechó en fuerte abrazo a los dos viejos, que a poco se mueren de alegría al volver la cabeza y reconocer, por la clásica manchita gris en la pechuga, al nietecito chiquitín y gracioso, tan gracioso y lindo como el hijo que les abandonó y que, aprovechando su aturdimiento, había conseguido colocarse a su lado.

Y al calor de las caricias y arrullos del hijo fugitivo y del nieto reconciliador, pasaron felizmente la vejez los dos abuelos.

EL GRITADOR

Por Ezequiel Díaz

Cerrada la noche, el paso se hacía imposible. El viajero ignorante o audaz que intentaba pasar se veía en los más terribles aprietos. No bien se acercaba a la "angostura", oía en medio del monte, una canción desolada y lúgubre que parecía venir de ultratumba, repitiendo: ¿Adónde lo pondré...? "Adónde lo pondré..." Y este lamento se repetía sin cesar.

Numerosos viajeros fueron víctimas del terror ante el extraño lamento de aquella alma errante. Muchos creían al principio, que se trataba simplemente de algún arriero que entonaba una olvidada copla, pero a medida que se acercaban, el grito se hacía más aterrador; y las mulas o caballos contrariando a sus ginetes, se volvían ciegos de espanto al punto de partida, o corrían desvariados a través de los montes.

Todos temían al "gritador" y cuando el retraso de la marcha los hacía llegar ya de noche a La Angostura, volvían y estacionaban una o dos leguas antes, y ahí esperaban hasta que las primeras claridades del día iluminaban el camino para proseguir el viaje.

¿Quién iba a saber qué era aquello? Todos los viajeros referían con espanto el misterioso caso del gritador. Pero nadie se animaba a descubrirlo.

Es un raro personaje, condenado a expiar sus culpas, gritando incesantemente, ¿a dónde lo pondré? Acaso algún tesoro robado?

Al norte de la Angostura existía un viejo potrero perteneciente a un tal Eustaquio Lobos. Hospedaje, especie de "posta" para los arrieros, mensajerías, y demás gente que pasaba por esos puntos.

Una tarde, ya al oscurecer, pasaba por allí un cargamento que se dirigía hacia el sud.

Uno de los troperos venía atacado de chucho, y por esto apenas si se detuvieron un instante.

Sí, señor — decía el tropero — el chucho me ha zamarreado en todo el camino. — Debo llegar sea como fuere, esta misma noche al pueblo.

Inútiles fueron los argumentos de Lobos para conseguir que la tropa retrasase su marcha, aun con el peligro que los esperaba, aquel hombre no cejaba en su intento; y

alentando cada vez más a sus compañeros, prosiguieron la marcha.

El crepúsculo avanzaba rápido. Sombras y más sombras ennegrecían los montes, derramando sobre ellos, austera serenidad. No había ni la más débil esperanza de luz, tan sólo un cuarto de luna que aparecería recién al alba con el lucero.

De cuando en cuando los peones se estremecían al oír el crujido metálico de las nazarenas y del freno de la mula; pero esto era a consecuencia de los sacudones del chucho, nada más.

Llegaban a la Angostura. Todos con el corazón oprimido por la angustiosa expectativa, marchaban nerviosos, mudos, visionarios. Ni siquiera se atrevían a mover los labios. Penosa era la marcha.

Aquel fenómeno no se hizo esperar: "¿A dónde lo pondré...?" gritó plañidero desde el fondo de un abismo. Todos quedaron como petrificados e instintivamente sufrenaron sus cabalgaduras. No sabían si debían seguir adelante, o volver atrás. Otra vez la voz moribunda se alzó más espantosa. Entonces todos se volvieron en la mayor desesperación, menos el enfermo, que enterrando las espuelas a su mula, avanzó.

De nuevo el grito aterrador cruzó como un latigazo sus oídos. Ya a unos metros, repitió: "¿A dónde lo pondré...?"

Y aquel hombre enfermo, lleno de miedo, sin saber lo que decía, le contestó: "Pero, hombre... en donde lo sacaste..."

La noche quedó como eternizada a los pies de nuestro héroe.

Ni una hoja cedía al viento, ni átomo se movía. Sólo el rítmico taconeo de la mula que cajoneaba el suelo, se oyó después.

Al día siguiente, en el pueblo, el tropero narraba con brio su hazaña. El chucho había desaparecido como por encanto aquella noche.

Y, mientras lo escuchaban, vió con sorpresa, que de entre los oyentes se adelantó un viejito, y alisándose el vellón de su barba, le dijo: "Vea amigo, esa fué el alma de un agrimensor que murió bajo el peso de sus mojones mal plantados. Sus consejos, sin duda, lo han libertado de ellos".

...Y desde entonces, refieren los viajeros, calló para siempre el eco de la triste canción.

¡DIOS TE HA ENGENDRADO!

Poema

A mi padre, con el respeto y cariño que siempre me mereció.

Todo nace, vive y muere
en la eterna evolución a que se adhiere
sin saber a dónde acaba
ni tampoco su comienzo dónde estaba...

Todo, todo;
de igual suerte y de igual modo.

Así tú, que de existencia me impusiste
en aquella que por Madre me elegiste,
y por ley precedera,
al fijar en este mundo tu morada transitoria,
fué tu santa compañera
y la página más digna de tu historia.

Ya no actúas...

Ya eres nada...

Hoy tan sólo en la materia, transformada,
otros seres insinúas...

Mas, lo que es de Dios... y Dios a un tiempo mismo:

yace oculto en ese impenetrable abismo,
donde toda inteligencia...
de inquirir su inmensidad, siempre anhelosa,
extenúa su impotencia,
y declárase vencida y afrentosa.

¡Oh, mi Padre!

No lamento como entonces... tu partida...

Donde quiera que a tu *Esencia*... estar, oculta o

[inadvertida,

por sus méritos le cuadre:

yo comprendo que ha de ver, en cierto modo,
que este mundo que habitaste, solamente es cieno y lodo,
del que huíste y del que huímos comunmente.

Hoy... Mañana... Eternamente...

—¡como Espectros en legiones!—

compendiando de los Mundos y de las Vidas el Arcano,
Razas y Generaciones
del sin fin... Linaje Humano.

Sigue en paz ese sendero...

—¡Docto y puro!—

donde está lo justiciero...

¡Donde está de nuestras almas el gran Trono del Futuro!

Y... una vez ya desunido

de lo que haya retenido

tu "no ser" encarcelado,

vuela a Dios: ¡Dios te ha engendrado!

Domingo GARCIA SILVA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 429, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 3.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 6.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 8.00
N.º suelto. . 20 cts.	N.º suelto. . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico. " " "	9.—	2.—
Tapas sueltas " " grande. " " "	8.—	2.—
" " " chico. " " "	6.—	1.50

Aquellos ojos claros

(Fragmento de una novela próxima a aparecer)

Por Xenia

Constance estaba en Mario al ameno "causeur", al hombre mundano y caballeresco, consumado poliglota, o le amaba sin saber por qué lo cual es la razón más poderosa de un gran amor?

Difícil sería la respuesta. Ella admiraba profundamente a ese hombre, por algo indescifrable que había en toda su persona y, especialmente en sus miradas que las subyugaba como un enigma lejano e inescrutable.

Mario Berté, con su apariencia de hombre sencillo y democrata, aunque de natural distinguido y aristocrático, había sido huésped de reyes y emperadores, amigo de ministros y diplomáticos de renombre y de banqueros, universalmente conocidos por su fortuna y cuyos favores solicitaron los Imperios en la pasada crisis de la guerra.

Nombrado jefe de una poderosa misión secreta de Francia hubo de trasladarse a Roma y desde allí, sus órdenes, impartidas hasta las más alejadas posesiones y protectorados de la alianza, reportaron con su acción, beneficios incalculables.

Con algunos años menos y destacadísima personalidad, las damas romanas le rodeaban como un enjambre de mariposas, pero él, siempre correcto y galante, era la desesperación de todas las que se lo disputaban, cercándolo con sus atenciones y sus ofrecimientos de cooperación en los hospitales y ambulancias de la Cruz Roja, mas Berté no miraba a ninguna más que a otra, porque entonces, no amaba ni deseaba amar más que a su patria en peligro. Y la lucha cruel, la sangre de los combatientes que bañaba como ríos, inmensidades de tierra, la tierra que Dios creó para "la paz de todos los hombres de buena voluntad" ponía en su alma amargura y dolor inmenso...

Solía pasear a veces sus tristezas por los viejos jardines romanos, algunos abandonados pero llenos de místico encanto, donde se quedaba oyendo el llanto de los surtidores, el trinar de los pájaros, olvidando en la fresca e ingenua limpidez de las aguas, la maldad de los hombres que enlutaba el mundo.

Guardaba Mario sus sentimientos, ante sus subalternos y sus relaciones diplomáticas y era, para ellos, un hombre adusto e inflexible.

Hasta que un día... había prolongado su paseo a las afueras de la ciudad; las primeras sombras comenzaban a tender sus alas sumiendo en vaga penumbra las casas, los árboles y las pequeñas colinas derramadas aquí y allá. Caminaba lentamente por un estrecho sendero, cuando una luz rojiza hiló sus ojos. Brotaba de una ventana baja, de estilo antiguo, todo era rojo adentro, los tapices, las alfombras, las butacas. Sentada al piano una joven, con el rubio cabello suelto, cantaba con voz dulce y melancólica, una bella canción napolitana...

El no pudo apartarse de allí. Aquella joven, su voz, su hermosura, le atraían poderosamente y se quedó mirando a través de los cristales, escuchando, insensible al frío, al tiempo...

Fué como todas las aventuras. Juramentos, palabras de amor apasionado, dulzura de caricias incrementó en vez de declinar, viviendo fuego. ¡Amor!

Victoria di Renzi, huérfana y con un hermano mayor, que combatía entonces junto al Arno, tenía sólo veintidós años. Su belleza era indescriptible y cuando sus ojos de raro color violeta miraban con el mirar dulcísimo de su alma sensible y buena, ya el corazón quedaba preso en esas pupilas extrañas, de tintes violáceos y dorados. Su frente cándida y blanca, sus cabellos de oro y su tierna voz, ocultaban un temperamento ardiente e indomable. Y Mario la quiso bien pronto con locura, con irrefrenable ansia, que ninguna consideración pudo calmar...

Después de muchos meses en que ambos olvidaron al mundo entero, refugiados en sí mismo, en su cariño, que salía de lo humano, en que ellos quisieron llegar a la eternidad, Victoria dió a su amado una niña hermosísima. Y la pasión acreció en vez de declinar, viviendo ambos como en otra tierra, como bajo otro cielo, que cobijaba sus fantásticos amores, con el azul sereno, casi inalterable, de la dulce Italia.

Mario olvidaba sus graves obligaciones, no tenía corazón ni cerebro, más que para Victoria y la pequeña. Ya la sociedad romana comenzaba a murmurar, aun sin conocer las causas de sus errores y fracasos que agravaban su situación ante el gobierno francés.

El regreso inesperado de Aldo Di Renzi, apresuró el desenlace, pues al saber lo ocurrido dió muerte a Victoria y herido gravemente por Mario, este huyó perseguido por el escándalo y el desprecio de toda Roma.

Prófugo, político, acusado de crimen y cubierto por el deshonor de los hermanos di Renzi, que Victoria, la inolvidable mujer, pagó con su vida, Mario fué un nuevo judío errante.

Perdida casi toda su fortuna, rodando de nación en nación, la América del Norte fué su asilo generoso. Y allí luchando con la visión dolorosísima del pasado, intentó rehacer su vida, solo por la criatura que adoraba, hija de ese amor tan tristemente trágico.

Era ese el drama oculto de su vida, que como un espectro aterrador rondaba su existencia.

Eran esos recuerdos que, como heridas sangrientas atenaceaban su alma, poniendo en sus ojos de acero, esa frialdad estremecedora, indescifrable, ensombreciendo su claridad, era esa melancolía enfermiza la que dibujaba en su boca

un rictus de ironía amarga y doliente.

Nunca más, nunca, dejó que una mujer llegase a su vera, hasta que muchos años después conoció a Constance. Pero, si estando junto a ella recordaba a Victoria y a la pequeña Nita que se educaba en un colegio de Chicago, aparecían en sus claras pupilas imágenes lejanas, aterradoras, que enturbaban sus miradas, como si en el fondo de sus retinas surgiera la



visión del drama que provocara su amor infinito... Y era que Mario no olvidaba, no olvidaría jamás...

TRIPTICO DE SERENIDAD

A JOSE DEMARIA SALA
Tributo franco a su ejemplar divisa: Deber, pundonor y esfuerzo.

La Fe

En el sendero obscuro de mi vida la Fe surgiendo del ensueño, era como una floreciente Primavera de luminosas galas revestida.

Ella alumbró mis horas a manera de una antorcha de paz siempre encendida, sirvió de alivio a mi profunda herida y dió calor a mi feliz quimera.

Rindo culto a la Fe; con ella siento se satura de luz mi pensamiento y mi amargo recelo se disipa;

tanto que, ante su mágica influencia, se alarga dulcemente mi existencia como la cinta de humo de una pipa!

La Esperanza

La esperanza es como una golondrina que cruza el cielo azul de mi jornada; tiene celajes como de alborada y con su imagen pura me fascina.

Cuando inicié mi lírica cruzada volcó en mi corazón su luz divina, y hoy, por donde mi planta se encamina, surge como un cantar su voz arpada.

Es el ancla augustal a que me aferro en marcha yo no sé si hacia la gloria o bien hacia las playas del destierro.

Es la espada flamígera que esgrimo y el verde consonante con que rimo verso por verso, mi olvidada historia!

La Caridad

Amo la Caridad y la cultivo como un jardín romántico y risueño; es una flor que a mi rendido empeño perfuma la modestia con que vivo.

Semejante al espíritu halagüeño de que ante la virtud me sé cautivo, no la olvido jamás ni cuando sueño... ¡que hasta soñando soy caritativo!

Amar la Caridad, sentirme bueno y alivianar el desconsuelo ajeno, he ahí mi misión; así la explico...

¡Por ella, hombres vencidos, con vosotros: yo sería mejor que muchos otros si, además de poeta, fuera rico!

Guillermo SILVA.



BUENAS SON MIS VECINAS, PERO...

Por Alejandro Larrubiera

El local de la taberna de Sindo, el jándalo, era ahogadizo, bajo de techo, y recibía la luz por la puerta de entrada, que abría a uno de los valles más risueños y pintorescos de la Montaña.

El tal Sindo, muy buena persona, muy trabajador y simpático, no tenía otra falta, ¿quién sin ellas?, que la de ser ferventísimo adorador de la jocunda y desenfadada deidad que se corona de pámpanos, y, por consiguiente, el principal mosquito de la "tasca" era su dueño, que entretenía las horas de soledad y también las de acompañamiento con sendos trinquis, pues ha de advertirse que Sindo se pasó la mejor parte de su juventud despachando cañas y pescado frito en una tienda de montañés de Cádiz, quedándole de tales principios el resabio de la bebida, el cecear un poco y el que le tuvieran por jándalo.

Con las pesetillas ahorradas en Andalucía puso la taberna y buscó una tabernera en Quina, la hija de "ti Estorneja", una moza con un "personal" que encandilaba a los galanes del valle. Hoy la garbida montañesuca se ha trocado — ¡oh crueldad del tiempo! — en una barriguda "ti Quina", que con igual aire se arremanga los robustos brazos para despachar unas copas que coge el cuévano y se va a despuntar el maíz a la tierra, o lleva la vaca al prado. Y no habría mujer más venturosa — según afirma la interesada — si al demonio del su hombre no le tentara el enemigo malo con el asqueroso vicio que hace perder la cabeza y la vergüenza.

Ti Sindo retornaba del viajecito que anualmente hacía a la Rioja, más que por visitar a sus abastecedores, por salir un poco del "juraco" en que siempre estaba metido, ver mundo y echar una cana al aire.

A punto de obscurecer llegó al pueblo, y después de dar un abrazo a la costilla, aprovechando que no había nadie en la tienda, pues, de lo contrario, habríale parecido una debilidad impropia de sus años, preguntó:

—¿Hubo alguna novedad estos días?

—Nenguna. Y a ti, ¿qué tal te pintó el viaje?

—Bien, como siempre. Lo primero que hice fué ir a ca de los bodegueiros.

—Podrías callártelo, que bien se te conoce.

—¡Eh!, ¿qué parlas, mujer?

—Porque tú siempre tiés las narices colorás; pero lo que es ahora las traes que paes lumbre.

—¡Bah, no seas maliciosuca, que ya sabes que en aquella tierra toas las comidas las aderezan con pimentón!

—Eso será — afirmó irónica la mujer. — Y di, ¿te rebajó algo de la cuenta el de Haro?

—Rebajóla, y con la rebaja te ferí unos pendientucos de coral con el ganchillo de oro... ¡Ya verás que majos!... ¡Lástima que no sean de brillantes!

—La intención basta, que pa mí, como si lo fuesen... Y tú, ¿te mer-

caste el traje?

—No; que dejéme acá olvidao el dinero y no me gusta pedir emprestao.

—¡Valiente tocho! ¿Y onde dejaste los cuartos, que yo no los he

—¡Válame la Purisma! — gimió la mujer, mientras que cruzaba las manos. — ¿Dejástelos en la tienda?

—Sí; pero ¿qué te pasa pa semejante trastorne? — preguntó sor-

EL GRAN ENSUEÑO

(Especial para "FRAY MOCHO")

Ser

como el ala viajera o la nube lejana...

Tirso de luz prendido más allá del Misterio

y sin raíz, jamás...

Irse en los vientos locos por las rutas radiantes siempre!

Cantar, besar! Y darse como los soles pródigos a todas las bellezas de Dios!

Maravilloso genio de la Luz, desdoblarse

"desde el átomo al astro" en un grito de amor.

Oh, dulzura sin límites, cantar... besar y darse, sutil, inmenso, eterno, como Nuestro Señor!

Olga ACEVEDO de CASTILLO.

visto?

—¡Otra! Pos no sabes que en dos cartuchos?

—¿En dos cartuchos? — preguntó cambiando de color "ti Quina..."

—Sí, de a cincuenta pesetas ca uno.

prendido, el tabernero.

—¿Arrimaducos a los otros de la calderilla que teníamos pa el cambio? — tornó a preguntar la tabernera.

—La verdá, no rícuero; pero me paez que sí.



—¡Caballero! ¿Me hace usted el favor de decir si están muy lejos los jardines de Palermo?

—¡Bastante! Pero con diez centavos de tranvía llega usted en seguida.

—¿Sería usted tan amable que me diera los diez centavos?

—¡Josús, Josús y Josús!... ¡Güena la hiciste, hombre, güena la hiciste!... ¡Así permítalo Dios que se sequen toas las viñas, amén!

—Pero ¿qué tién que ver las viñas con los cartuchos, ni qué me rutas agora de que si la hice o no la hice güena?

—Pos tú verás que como dejaste con los otros cartuchos de las perras los de las pesetas, pos que los he dao en el cambio... ¡Güen negocio hicimos que dimos veinte duros por veinte riales! Pero, Señor, ¿cómo iba yo a pensarme que los cartuchos de perras chicas eran de pesetas?... ¡Tú verás!

Las encendidas narices empalidecieron al oír tan desagradable nueva.

—¡Güeno, mujer, güeno! — dijo, al cabo de un rato de silencio, Sindo. — ¿Te acuerdas a quién has cambiao estos días?

—A las de siempre: al ama del señor cura, a la mujer de "ti Fonsó", el alcalde, a la hija de Damián, el alguacil; a la señorita Rosuca, a Rita, la pasiegona; a Cruza...

—Pos, mujer, no hay que apurarse tanto: las preguntas a toas, y malo será que no te degüelvan lo que por equivoque les has dao... ¡Eso está en el orden!

—Y tú estás en Belén, hijuco, tocando la zampoña — replicó airada la tabernera. — ¿Tú crees, alma de Dios, que las que se han encontrao cambiás las perras en pesetas van a degolvérnoslas?... Si fuera al revés, ya les habría faltao tiempo pa venir a riclamar; pero asina se callarán como unas muertas.

—No seas tan maliciosa ni agores tan mal de la gente. Si se las has dao, es un suponer, el ama del señor cura, el señor cura bien predica que naide se debe quedar con lo ajeno contra lo voluntad de su dueño; si es a la mujer de "ti Fonsó", el su marío es de la josticia, lo mesmo que "Ti Damián, el alguacil, y la josticia está también pa que nenguno robe al su prójimo... Y al respetive de la señorita Rosuca, su padre es el indiano del pueblo y no se va a empringar con una porquería como esa... Las otras son las más pobres del pueblo, es verdá; pero honrás sonlo de veras. En risumen, que toas son gente de concencia.

—¿Y por qué no han degüelto ya lo que no es suyo?...

Ante esta réplica, Sindo bajó la cabeza y estúvose un largo rato mirándose los zapatonos.

—Vamos, ¿qué dices, hombre? — prosiguió "ti Quina", impaciente con el mutismo de su interlocutor.

—¿Qué quíes que te diga?... Que es verdá lo que parlas.

—Y no seas tan inocentuco, Sindo, que paez mentira que haigas corrió mundo y no te haigas enterao de que en custiones de dinero ni hay concencia, ni josticia, ni güena fe. Y más te digo: que los veinte duros los cuentes ya perdíos pa sin finito.

—Pero, mujer — protestó débilmente el tabernero, — ¡no hay que poner las cosas tan mal...!, alguien tendrá concencia!

—¡Ta, ta, ta, hombre! — replicó irónica y punzante la tabernera. — Güenas son mis vecinas, pero me faltan tres gallinas...

LA MOMIA

Sobre las aguas azules, de un azul intenso, agitado en crestas de sooro, el "paquete" proseguía su curso regular, acompañado por el runrún monótono de la hélice.

El horizonte terrestre había desaparecido; sobre cubierta, los pasajeros se contemplaban familiarmente desde ese momento, agrupados por afinidades de simpatías: por la mañana habían abandonado Marsella, sin conocerse los unos a los otros, y dentro de cinco días se separarían amigos, en Alejandría.

El círculo más numeroso y no menos bullicioso era aquel — tan cosmopolita y casi exclusivamente masculino — que riendo y charlando hacía rueda alrededor de miss Elena Thornycroft, acompañada de lady Dundonell.

Lady Dundonell nada tenía de interesante: era una dama madura, de una fealdad tan indiscutible como su respetabilidad; pertenecía a la alta aristocracia inglesa, pero reveses de fortuna le habían obligado a desempeñar, bajo beneficio, es verdad, de un sueldo de princesa la delicada misión de amaestrar a una de las más ricas y, agregad, de las más sabrosas multimillonarias de la "Quinta Avenida". ¡Sabrosa...! El término nada tiene de excesivo: miss Elena reunía en su personita de niña mimada, tan fantástica como voluntaria, como divinamente bonita, todas las gracias de las americanas.

Sir Matías Thornycroft, su padre, hombre viudo y absorto siempre en sus negocios, preocupado únicamente en comprar líneas férreas, en equipar flotas y en agregar nuevos millones a los ya adquiridos, se desentendía de ella completamente, y la dejaba correr el mundo con un presupuesto de reina bajo el tutelaje autorizado de la digna lady Dundonell.

Esta situación particular hacía de la joven "miss" el objeto de muchas codicias; por donde ella pasara, se formaba instantáneamente una corte de adoradores, atraídos, más que por la seducción de su belleza, por la cifra inverosímil de su dote futuro. No dudando ella de tal sentimiento, se mofaba de aquellos cortejadores, que en su interior despreciaba, pues tenía la pretensión bien justificada, de desposarse por cariño. ¡Era bastante bonita para eso!

Charlando de firme permaneció sobre cubierta.

Durante un intervalo de la conversación, miss Elena notó a un pasajero elegante y de buen porte que, apoyado sobre la borda, parecía profundamente absorto en la contemplación de las olas. Mortificada por el hecho de que dicho caballero desdenara reunirse a esos que ella llamaba "mi jauría", señalándole indolentemente con la punta de su abanico, preguntó con su pintoresco acento transatlántico:

—¿Quién es ese joven?

—¿Saben ustedes quién es y cómo se llama? — agregó burlonamente un parisiense.

Como todos examinaron al extranjero sin poder responder a la

pregunta, el parisiense repuso:

—¿Ustedes no le conocen? Yo, tampoco. Sin embargo, encantadoramente miss, estoy en circunstancia de poderos revelar una particularidad curiosa sobre ese mortal afortunado, que ha tenido el insigne honor de atraer sobre él, sin sospecharlo, vuestra atención.

—¿Una particularidad... curiosa?

—Muy curiosa, miss Elena. Ese caballero lleva, precisamente con él, en su equipaje personal, ¡adivínad qué? Os lo doy a mil... Un sarcófago egipcio, usted sabe, una de esas grandes cajas en forma de violín, como hay en el Louvre, con infinidad de rasgos incomprensibles, pintados sobre la cubierta...

litaria. Desde hacía algún rato, los pasajeros tertulaban en el salón.

Miss Elena se dirigió al puente para extasiarse en la contemplación del mar. En el cielo límpido palpitaban algunas gaviotas; el sol reflejaba sobre las olas, apenas agitadas por una débil brisa, una dorada y larga estela, que se podría tomar por escamas de oro.

Allá arriba, sobre el puente, se dibujaba la silueta de un oficial: la cubierta parecía desierta, pero los ojos escudriñadores de la americana no tardaron en percibir, apoyado en la borda, al desconocido de esa mañana. Deliberadamente se dirigió hacia su lado y se acomodó frente a él, junto a la baranda.

—¿Es verdad, señor que estáis enamorado de una momia...?

El desconocido pareció despertar-se bruscamente de un sueño y, con acento irritado, mirando a la intrusa, replicó:

—¿Quién ha podido contaros esa fábula señora?

—Señorita — rectificó ella, con voz temblorosa, súbitamente intimidada por la rudeza de la acogida.

PENSAMIENTOS

Mortifiquémonos en el uso de los sentidos y guardemos fidelidad a las buenas inspiraciones.

* * *

Hay que formar sólidamente el corazón de las niñas en la virtud y piedad, y combatir el lujo.

* * *

El cristiano es peregrino en el mundo y ciudadano en el cielo; si busca la patria no esté asido al destierro.

* * *

Jesucristo se ha humillado por ti. Humíllate tú sin cesar para ser encumbrado con él en la gloria.

* * *

La cruz conduce al cielo a los que con ella se han animado en la tierra.

* * *

No se debe decir ni hacer nada que menoscabe la pureza de la fe ni la pureza de costumbres.

* * *

Debemos visitar y consolar a los enfermos y encarcelados.

* * *

El verdadero mérito nunca es orgulloso, antes bien va regularmente acompañado de la modestia.

* * *

Las dignidades no son otra cosa que algunas sílabas más para un epitafio.

—¡Bah!

—Como os lo digo. ¡Y en ese sarcófago una momia!

"Esta mañana, habiéndome equivocado de puerta, entré en el camarote de ese señor, que es mi vecino, y lo sorprendí en adoración delante de su gran caja abierta. Pero no tuve más tiempo que el indispensable para entrever la escena, cuando él se dió cuenta con aire furibundo. Tuve que emprender precipitadamente la retirada, excusándome..."

"Como ven ustedes, se trata de un caso original. ¡Nuestro misterioso desconocido está sencillamente enamorado de una momia!" Miss Elena frunció las cejas y quedó pensativa.

II

Esa tarde, de un claro cielo estival, la cubierta había quedado so-

—Miss Elena Thornycroft... Perdonadme la pregunta que, bien veo os ha mortificado.

—En verdad, señorita, no negaré que vuestra pregunta me ha herido. Mucho más cuando nada la justifica.

—¿Ese no es entonces — rensondió maliciosamente — el motivo que os la hace llevar en vuestro camarote?

—¿Usted quiere hablar de la momia de esa joven princesa que repatrio?

—¿He entendido bien? ¿Usted repatrió una momia?

—Eso es.

—Pero, ¿por qué...? ¡Oh...! — imploró ella con zalamería de niña mimada! — Dígamelo, ¡se lo ruego!

Andrés Lambel, este era el nom-

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folietos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

bre del joven, sonrió, decididamente calmado.

—¿Usted desearía saber la historia de mi pequeña faraona?

—¡Sí, oh, sí! — asintió ella, brillando los ojos de curiosidad.

—Es muy sencilla esa historia y os la voy a contar en dos palabras:

"Cierta día adquirí una momia con su sarcófago. Mi padre, egipcio apasionado, me había hecho participar de sus gustos por esa prodigiosa civilización, que floreció hace miles de años en las riberas del Nilo. Yo mismo he descifrado con facilidad las inscripciones más arduas, ni más ni menos que un Mariete o un Máspero. Usted se puede imaginar la alegría que yo experimentarí, una vez en posesión de ese precioso documento. Estaba en perfecto estado de conservación y no he tenido más trabajo que el de inventariarlo en detalle. Cuando concluí de desarmar las cintillas de fino lino que envolvían la momia, retrocedí estupefacto; los embalsamadores habían ganado bien su salario, la operación, ejecutada con una maravillosa habilidad, había logrado preservar el cuerpo de esa horrorosa deformación que no ha respetado ni a las mismas augustas reliquias de los Faraones; la cara, sobre todo, de una pureza de líneas admirable, había conservado a través de los siglos yo no sé qué inefable expresión de súplica, que me conmovía. El cuerpo que estaba delante de mí era el de la joven princesa de sangre real, Ta-Sou. Su nombre me fué revelado por un curioso manuscrito, único en su género, adjunto a este ritual funerario, que los egipcios colocaban como viático, para el supremo viaje, bajo uno de los brazos de sus muertos. He leído un manuscrito y entonces he comprendido esa singular expresión que tanto me había conmovido en otras ocasiones.

"Esperando el mal que prematuramente debía llevarlo, Ta-Sou había consultado a un caldeo, sabio de esa época por su ciencia adivinatoria; el mago le había predicho que moriría joven, sin haber conocido el amor; que, igualmente, mu-

chos siglos más tarde, un bárbaro venido de Occidente profanaría su tumba y llevaría sus despojos más allá de los mares. Por eso, después de haber confiado al papiro la desesperación que le produjera la predicción del caldeo, imploraba en él la piedad del bárbaro, conjurándole con una energía apasionada a transportar su cuerpo a los lugares donde ella había abierto los ojos y donde los había cerrado a la luz del día.

—A fin, sin duda, de seducir más seguramente al bárbaro, agregaba con inefable arte de seducción, que el mago había compuesto para ella un sortilegio, con cuyo poder sería dado a Ta-Sou renacer a la vida de joven, bella, dispuesta a amar a aquel que, habiéndola devuelto a la tierra de sus abuelos, pronunciara sobre su tumba cerrada las palabras de conjuro.

—¿Y qué dicen esas palabras de magia...?

—El texto está compuesto de palabras obscuras, sin sentido, completamente incomprensibles.

—¿Cree usted, acaso, en esa virtud?

El joven sonrió.

—¿Quién sabe! ¿No se citan muchos verdaderos milagros realizados por esos magos de la antigüedad, que poseían secretos sorprendentes?

—Ya ve — dijo miss Elena — cómo está usted enamorado de esa momia.

Como Andrés Lambel levantará los hombros sin responder, ella prosiguió con una singular persistencia:

—Pero, ¿cómo encontrará usted el emplazamiento exacto de esta sepultura?

—Está situada cerca del valle Biban-el-Moluk, la necrópolis de los faraones; no tendré gran dificultad en encontrarla, gracias al plano muy detallado trazado por algún escriba experto, que acompaña el manuscrito.

—Tengo curiosidad por ver el plano. ¿No podría usted mostrármelo mañana?

—¡Oh, ahora mismo, si eso os puede ser agradable! — agregó Lambel con una marcada prontitud que no escapó a la maliciosa americana. — Nada más grato; corro a mi camarote a buscarlo.

—Así lo hizo. Poco después, el joven egiptólogo, desplegando con precaución el precioso pergamino, fué descifrando las anotaciones misteriosas del escriba, a su linda oyente, la cual, acodada sobre la baranda, la barbilla en las palmas de las manos, las cejas fruncidas, le escuchaba con enorme interés.

Miss Elena pasaba horas enteras de codos sobre la baranda de la toldilla, junto a Lambel, cuya conversación, tan rica como variada, distanciábase de la acostumbrada trivialidad de su círculo cosmopolita.

Aquél, ciertamente, no se había preocupado de la cifra de su dote. En su manera de ser con ella, descartábase toda suposición de una caza a la heredera; no era posible leer una segunda intención humillante para ella, en sus claros ojos, un poco ingenuos, de hombre de estudio. Constantemente, hasta el final de la travesía, le parecía a miss Elena que su voz ardiente y grave tomaba, en ciertos momentos, inflexiones cariñosas, como en la víspera de la noche de su separación, cuando ella aventuró una

alusión a la posible esperanza de resurrección y de amor, expresado en su testamento por la princesita egipcia.

—¡Oh! — respondió él, sacudiendo la cabeza — ningún mágico sortilegio podría tener la fuerza poderosa de inclinar en su favor el rigor de las leyes ineludibles de la naturaleza. La pobre Ta-Sou ha terminado para siempre su carrera terrestre y no conocerá otra vida que aquella que le promete el Libro de los muertos: Ella estará entre los manes perfectos en la Almenti; ella comerá con Orisis cada día; ella verá nacer el día como Horus.

—Se diría que usted no renuncia sin dolor a esa ilusión.

—Usted se equivoca, mis Elena — respondióle vivamente, dirigiendo sobre ella una mirada profunda, que hizo circular en todo su ser un estremecimiento delicioso. — Un pensamiento tal supondría la existencia en mí de un sentimiento que se parecería a una profanación; su-

davía lo que decidiré...

La conversación terminó y miss Elena pareció absorberse en la contemplación de la sábana mediterránea, que la luna cubría con grandes fajas de plata tremolante.

IV

Precedido de un cortejo de naturales del país, que había ido a Luxor a ofrecerle espontáneamente sus servicios, bajo el mando de un empresario turco de aspecto inteligente, Andrés Lambel se encaminó resueltamente al sepulcro excavado en el flanco del derrumbadero de Biban el Moluk.

Seis de esos hombres llevaban el nicho cartonado que contenía la momia de la princesa; los otros agitaban antorchas de resina, destinadas a iluminar el convoy a través de la necrópolis, en el prodigioso laberinto de pasillos entrecruzados en todas las direcciones, cortados por escaleras, sembrados

V

ple impulso del guía.

El egiptólogo se detiene, entonces, absorto de admiración, ante el espectáculo mágico que se ofrece a sus miradas...

En el centro, bajo la elevación majestuosa del cielo raso, proyectada a más de diez metros de altura, se erige, macizo, grandioso, el sepulcro, enorme monolito de granito rosa admirablemente pulimentado.

Silenciosamente, los portadores transponen el círculo abierto en su concha de piedra, y después, bajo un signo de Andrés Lambel, todos los hombres se retiran de la cámara funeraria, de la cual el guía cierra tras sí la puerta de bronce.

Una vez solo, el joven se aproximó al sarcófago, teniendo en una mano una tea y en la otra un rollo de papiros.

Su emoción era extrema, y temblando fué como articuló las palabras mágicas, las palabras consoladoras que debían, si la ciencia del caldeo no era vana, despertar a la princesita dormida en su pesado sueño de treinta siglos, y hacerla revivir a la embriaguez de la luz y del amor. Su voz, poco a poco, se acentuaba, resonando fuerte y grave en la muda inmensidad del hipogeo, y así prosiguió su recitado monótono hasta el llamado final: ¡Ta-Sou, Ta-Sou!...

En ese instante, ¡oh, prodigio! ¿no era juguete él de una ilusión? Siente el cartónaje crujió y la cubierta levantarse para caer violentamente y resbalar en tierra con un ruido cascado, en tanto que una forma esbelta y flexible se levanta ante él, envuelta en velos de fino lino.

—¡Miss Elena!

—Yo misma, señor Andrés.

—¿Me perdonará usted?

¡Oh, esas millonarias transatlánticas!...

Comprendiendo que la desproporción de su fortuna se oponía entre ella y el hombre que amaba, comprendiendo que éste la admiraba, pero que existe un abismo que la delicadeza de éste no le permitiría franquear jamás, al desembarcar había teleografiado a su padre, diciéndole que sólo tendría por esposo a Andrés Lambel. Entonces él le había respondido del mismo modo: "As you like it". "Haz como te parezca". Con ese asentimiento laónico dejó plantada a Lady Dundonell, adelantándose al egiptólogo en Luxor; conquistó a precio de oro a su jefe de equipo, y sin detenerse a pensar en lo peligroso de su aventura macabra, combinó con ese hombre la maniobra atrevida que haría factible, en el umbral de la cámara dorada, la substitución necesaria para la realización de su plan.

Pero antes que la pesada losa de granito rosa se cerrara para siempre sobre aquella que fué su rival de una hora, miss Elena contempló largamente, con una emoción conmovedora, ese delicioso rostro de virgen, esa nariz delicadamente afilada, esos labios un poco gruesos, esos grandes ojos de esmalte fijos en la contemplación obstinada de alguna visión lejana, y enjugándose una lágrima, exclamó:

"Duerme en paz, pobrecita faraona, olvida tu quimera irrealizable, torna tus miradas hacia otras ilusiones y que el sueño eterno te sea leve, tú, a quien debo mi felicidad".

Inauguramos recientemente
nuestra sucursal en Rosario

"Palacio
Fuentes"

DAMAS Y
CABALLEROS

ROSARIO-SARMIENTO 722
U. T. 23230

BUENOS AIRES - CALLAO 1103
U. T. 44 - 5182

DI RISIOLOS Hnos.

poniéndomelo, no puede ignorar usted cuánto se muestra injusta para conmigo.

"He prometido conducir esa niña a la tierra de sus padres; mantengo mi promesa. Pero cuando haya pronunciado sobre sus despojos las palabras destinadas en su creencia ingenua, para asegurarle su reposo eterno, yo me consideraré libre ante ella de toda obligación".

Esta terminante declaración encendió un resplandor fugitivo en los ojos de la joven.

—¿Entonces, usted se propone ir a Luxor? ¿Por qué vía?

—Por agua; pienso remontar el río en un junco, lo que, si soy favorecido por el viento del norte, me ocupará una decena de días.

—El camino férreo ¿no le conduciría más rápidamente?

—Siguiendo la ruta del Nilo, obedezco a una razón de sentimiento que usted comprenderá. Pero, usted, miss, ¿no tendría curiosidad en ver las maravillas de ese país?

—¡Oh! — respondió ésta, con mueca de niño mimado — no sé to-

de pozos, de calabozos, lindando a veces con callejones sin aparente salida.

El jefe del convoy, con una seguridad de marcha que comprobaba la excelencia del plano suministrado por Lambel, pero que no estaba exento de vacilaciones, continuaba guiándose por aquel dedalo de pasajes secretos y de trampas, imaginadas por la desconfiada ingenuidad de los antiguos egipcios, para despistar las investigaciones de los futuros violadores.

Estos últimos, sin embargo, llegados así al término, pudieron darse cuenta exacta de las riquezas, siempre en aumento, de la decoración de las salas y de los pasadizos que encontraban.

Por fin, he aquí el vestíbulo de la "cámara dorada", o cámara del sepulcro: entre dos pequeñas criptas sombrías, una puerta de bronce entre un par de altos pilares tallados en la roca misma, sosteniendo una cinta de la que pendía una urna finamente cincelada.

La puerta se deslizó silenciosamente sobre sus goznes a un sim-

Desde los tiempos de los faraones era ya costumbre en el Egipto comunicarse los hombres a larga distancia por medio de palomas mensajeras. Los griegos y los romanos también las utilizaron.

Sin duda, por esta vieja costumbre, fué que Dios disfrazó su tercera persona, o sea el Espíritu Santo, en figura de paloma, para que anunciase a la Virgen que el Verbo Divino tomaría carne de sus entrañas.

Nadie ha explicado todavía, cumplidamente, a qué obedece este maravilloso instinto que la paloma tiene para orientarse en las direcciones, a pesar de ser conducida muchas veces a lugares lejanos, en cajas cerradas, que la imposibilitan de tomar datos que puedan servirle de hilos recordatorios para su regreso.

Y regresa siempre, menos cuando cae en las garras de un gavilán; pero esto suele ocurrir muy pocas veces, porque la paloma mensajera, además de su maravilloso instinto para orientarse en el espacio, posee una sagacidad para librarse de sus enemigos, que no armonizan muy bien con la "candidez" de que se la pretende hacer símbolo, sin duda por su origen divino y por haber sido declarada animal sagrado en varias religiones, empezando por la católica.

Esto de "cándida paloma" no reza con las mensajeras. Estas palomas prestaron, durante la gran guerra, muy útiles y hasta heroicos servicios.

No hace mucho tiempo salió de Panamá una expedición pesquera llevando un buque-estanco para recoger el pescado. A los dos días de la partida se desencadenó una horrenda tempestad que fué anunciada por los semáforos, sobre la ruta que la expedición llevaba.

Temiendo en la estación de pesquería por la suerte de los expedicionarios, comenzaron a hacer los preparativos de salvamento, cuando una paloma mensajera que se había llevado un marinero del buque, llegó a las oficinas de tierra, medio desalada y desfallecida. Era portadora de un mensaje del capitán de la nave, manifestando que estaban fuera de peligro.

Es corriente en las palomas mensajeras cubrir distancias de trescientos y quinientos kilómetros. Algunas han volado más de mil millas sin demostrar el menor cansancio. La mayor parte de los grandes vuelos los cubren por etapas, quedándose a descansar de noche en los bosques o en algún palomar de las ciudades.

Pocas palomas o palomos mensajeros, que los hay de ambos sexos, aunque son preferidos los machos, son los que han quedado para siempre en el hospitalario albergue o asilo nocturno. Reanudan el vuelo al alborar el siguiente día, porque como celosos funcionarios de correos y teniendo el sentido de la dignidad del cargo, posponen a la obligación todos los demás menesteres, incluso los apremiantes requerimientos del amor.

Las más fuertes tempestades no les acobardan ni detienen sus vuelos. Muchas palomas mensajeras los han efectuado entre densas nubes y por ello no han perdido ni el tiempo ni la dirección.

Tampoco las inquieta ni las despista la niebla. Es el servicio de comunicaciones que sufre menos interrupciones por los temporales.

Para adiestrar a los "chillones",

EL HEROÍSMO DE LAS PALOMAS MENSAJERAS

como se les llama y colocarles la argolla metálica, hay que hacerles una verdadera trampa. Consiste en meter dentro de un montón de tierra un aparato especial. El pichón se ve preso por las patas y, al tratar de levantar el vuelo él mismo, se coloca la argolla, evitando de este modo que tome miedo a los hombres. Pero antes de alistar al pichón en las filas mensajeras poniéndole su distintivo, se le hace

tros, se les extiende el título de "mensajeros".

La división de palomas mensajeras no existía en el ejército de Estados Unidos antes de la guerra francesa. Francia, Inglaterra y Bélgica tenía, cada una, un batallón.

El soldado que salía de reconocimiento a las líneas enemigas, llevaba dos palomas mensajeras en un cesto colocado a la espalda.

Después se inventó una especie

LUZ EN LAS TINIEBLAS

(Al apreciable caballero D. Armando Bergalli)

Ayer, cuando por celos infundados
Ese hombre asesinó a su leal amigo,
Y luego, de la Cárcel de Encausados
Logró fugar con otros desalmados,
Lamenté que eludiese así el castigo.

Hoy, que en presidio sufre la tortura
De la nostalgia y del remordimiento,
En compasión se trueca mi censura,
Al advertir que su alma se depura
En el crisol del arrepentimiento.

R. de ITURRIAGA y LOPEZ.

volver varias veces desde distintos puntos, para ver si tiene bien desarrollado el instinto de la orientación.

La distancia es graduada según la disposición de los aspirantes. El hambre es un buen recurso para asegurar el retorno de los discípulos.

Cuando ya han hecho recorridos de trescientos y quinientos kilóme-

de corsé de lona para llevarlas suspendidas en las cestas y que no sufrieran los traqueteos de los movimientos del soldado al caminar, saltar o arrastrarse, pues muchas salían de su encierro atontadas y no pocas aparecían muertas por los golpes.

También llegó a proveérselas de una ingeniosa caperuza de goma, que les dejaba libres los ojos y de-



—¿Qué le parecen esas nubecillas?
—Muy bien situadas para establecer en cualquiera de ellas un depósito de gasolina y un taller de accesorios para aeroplanos. ¡Sería un gran negocio!

fendía sus aparatos respiratorios con un pequeño depósito de oxígeno, para que no muriesen cuando volaban por zonas saturadas de gases asfixiantes.

Entonces puede decirse que se consagró la paloma mensajera como auxiliar de guerra. "The Mockers", se consagró como la más heroica de las aves. Fué una paloma que el día 12 de septiembre de 1918, llegó a un campamento desde Deaumont, con el ojo derecho saltado, el ala izquierda quebrada y la cabecita llena de su propia sangre.

Traía un mensaje dando cuenta del avance de la artillería enemiga y de su exacta posición. Gracias a estos datos se salvó todo un regimiento.

El noventa por ciento de los mensajes que en los campos de Francia se encomendaron a las palomas, llegaron a su destino.

El 5 de noviembre de 1918 un palomo apodado "Presidente Wilson", llegó a su base después de haber volado veinte kilómetros en veintidós minutos, con la pata izquierda cortada de un balazo y todavía colgando de un tendón. Se había olvidado de sus dolores y había llevado rápidamente su mensaje.

La paloma "Spike" batió el "record" siendo portadora de cincuenta y dos mensajes, siempre en la línea de fuego y sin haber sufrido el menor contratiempo.

En 1916 introdujo Francia la "Cámara aérea", aparato de aluminio que pesaba sólo sesenta gramos. Se colgaba del cuerpo de las palomas por unas cintas que la cruzaban por debajo de las alas, dejándole completamente libres sus movimientos. Cada una de estas cámaras tenía dos lentes: uno cóncavo y otro convexo; era un espejo de máquina fotográfica. Llevaba un aparatito obturador automático para exposición de un minuto y mediante este ingenioso invento, se obtuvieron fotografías de masas de humo que indicaban la existencia de artillería enemiga.

LA CIUDAD DE LOS VEGETARIANOS

Un hindú millonario, Arjur Lashet, acaba de comprar al maharajah de Gaekwar un pueblo entero, situado en las proximidades de Baroda. Su objeto es convertir aquel pueblo en una ciudad, cuyos habitantes sean exclusivamente vegetarianos.

Según Arjur Lashet, el comer carnes despierta en el hombre, instintos criminales y de los peores pensamientos que puedan ocurrírsele a un ser humano.

El hindú asegura que después de dos o tres generaciones de exclusivos vegetarianos, el hombre se convertirá en un mansísimo e inofensivo ser, acabándose, por consiguiente, todos los males que azotan a los hijos de Eva, empezando por la violencia.

Muy bien; pero en contra de las teorías del Millonario Lashet podemos presentar el caso de los chinos, cuya alimentación es a base de arroz y otros vegetales, no probando la carne casi nunca, y que, sin embargo, son uno de los pueblos más crueles y sanguinarios de la Tierra.



Había ido, como otras veces, más en calidad de escritor que de simple espectador: a juzgar de la obra, a encantarse con sus bellezas literarias, a saborear el arte de sus intérpretes, y salió del teatro sin enterarse de la comedia. Sólo tuvo ojos y pensamientos para la platea próxima, donde languidecía, como un lirio, una rubia espiritual que puso un tumulto de inquietudes en su alma, hasta entonces totalmente adormecida.

Notó Augusto que ella no se mostraba indiferente al incienso de su veneración humilde, y sintió un desasosiego en el pecho y una confusión de pensamientos en el cerebro.

¿Sería posible que no le fuera indiferente? ¿Tendría él, pobre bohemio, la fortuna de despertar el corazón de aquella mujer bella y distinguida? ¿No se parecería a alguien conocido de la rubia? ¿No sería el suyo un mirar despectivo que desafiaba al impertinente? ¿Curiosidad acaso?...

Sin embargo, sin embargo, la niña ideal que languidecía, levemente inclinada en el palco, de vez en vez volvió a él sus ojos azules y los posó dulcemente en los suyos.

¡Dios mío!, ¿qué era aquello?

No quiso seguirla. ¿Para qué? Había de morirse la ilusión, roto el encanto del momento, al asomarse a la puerta del teatro.

Su traje, raído, que disimulaba en las profundidades del sillón, sería su enemigo al mostrarse al resplandor de la luz. Prefería soñar. Así podía figurarse que todo fué una ficción. La farsa que debieron representar en el escenario, eso es, la farsa que él debió ver, que él vió...

Por eso se detuvo unos instantes en el patio de butacas y recorrió pausadamente los pasillos. Pero, a pesar de sus propósitos, al asomarse al vestíbulo, pudo verla. La vió volver la cabeza y sonreírle. ¡Le había sonreído!

Fué la sonrisa un rayo de luz glorioso, que iluminó su existencia ocho días; fué aquella mujer su pensamiento único una semana. Y durante aquellos días tejó todas las novelas más absurdas, todos los sueños locos... Esperó con ansia al sábado. Algo muy hondo le decía que estaba allí, en el palco lánguidamente caída.

Entró en el patio de butacas, tímido, tembloroso, con un ansia contenida, a pesar de sus esfuerzos, procurando no mirar hacia la platea donde se la figuraba. Compuso su figura y avanzó. Con el firme propósito de no mirarla, hufó sus ojos del palco, para fijarlos en su butaca, en la butaca del periódico... Se notaba violento de gesto y de actitud, molesto y coarde.

Un poco espantado, pensó en su rostro enrojecido y se figuró ridículamente tímido—él, un periodista—sin la naturalidad, sin el desenfado de una persona acostumbrada al momento y al lugar. Como un relámpago pasó por su cerebro el pensamiento de su vida humilde, de todo su existir desamparado, avergonzándose más.

Se sentó, temiendo que se derrumbase el gesto altivo que había adoptado al entrar, lo mismo que acababan de derrumbarse sus ilusiones.

Venciendo sus ansias, en un es-

La novela de un hombre tímido

Por Víctor Gabirondo

fuerzo, puso sus ojos en la sala, esquivándolos del palco, adonde los dirigió más tarde e indiferentemente... Y sintió la violencia del latir de su corazón; enrojeció más—entonces sí sintió la oleada de sangre que le quemaba las mejillas—, y bajó los ojos en una timidez.

Estaba ella, como días atrás; pero hoy mirándole más curiosa, más atrevida.

Parecía interrogarle con la vista: "¿Quién eres? ¿Qué deseas? ¿Por qué me miras?"

O acaso quería decirle: "¿Por qué no te he visto en estos ocho días?"

Nunca como entonces sintió un temblor hecho de miedos tan gran-

parecían acariciarle, y una sonrisa apenas perceptible en sus labios gordezuelos, que se plegaban en forma de corazón...

Resistió la mirada cordialmente, y pareció que se saludaron con la vista.

Tampoco vió la obra esta tarde, ni vió en otras que a ésta siguieron nada que no fuera la mujer amada y desconocida.

Aquellas horas eran de encanto. Pero ella, tejía un idilio profundo y firme, como él, o trenzaba un flirt muy elegante, pero doloroso para su pobre corazón enamorado?

Lo ignoraba. Muchas veces, durante sus horas de batallar íntimo,

EL LENGUAJE

La Naturaleza es un intérprete por cuyo medio conversa el hombre con sus semejantes. El poder de un hombre para relacionar su pensamiento con su propio símbolo y emplearle así, depende de la sencillez de su carácter, esto es, de su amor a la verdad y de su deseo de comunicarla íntegra.

La corrupción de un hombre va seguida de la corrupción del lenguaje. Cuando la sencillez de carácter y la soberanía de las ideas se destruyen por el predominio de los deseos secundarios — el deseo de riqueza, el deseo de placer, el deseo de poder, el deseo de gloria — y la doblez y la falsedad ocupa el puesto de la sencillez y de la verdad, el poder de la Naturaleza, como intérprete de la voluntad, se pierde hasta el último grado, la nueva imagen cesa de crearse y las antiguas palabras se pervierten al tomarlas por las cosas que no son. El papel moneda se emplea cuando no hay oro en tejos dentro de los desvanes. A su debido tiempo se manifiesta el fraude y las palabras pierden todo su poder de estimular el entendimiento o los afectos.

Pueden encontrarse centenares de escritores en toda nación civilizada que por un corto tiempo cree y hacen a otros creer que ven y anuncian las verdades, que no visiten por sí mismos un pensamiento con su traje natural, sino que se alimentan conscientemente del lenguaje creado por los principales escritores de su país, a saber, los que primitivamente se apoyan en la Naturaleza.—EMERSON

des. Pobre soñador, nunca sintió sobre sus ojos los ojos de una mujer; nunca se fijaron en los suyos otros dulces, y esta primera mirada era dolor íntimo, mezcla de goce espirituales desconocidos.

No se atrevía a levantar la vista. Vacilante, inquieto, cobarde, hojeó el programa, leyó el reparto de la obra, el nombre del autor, sin conciencia, automáticamente, con el pensamiento en el palco y los ojos en lucha con su voluntad, que se resistía a que se volvieran a ella.

Al fin vencieron ellos. Se volvió. Ella no miraba; ponía los gemelos en los palcos. Esto le dió valor para observarla. Su busto, maravillosamente dibujado, se curvaba sobre la butaca en un gracioso abandono, tan natural como delicado.

La observaba cuando ella dejó los gemelos, y, naturalmente, sin violencia, volvió el rostro. Notó una suavidad en sus pupilas azules que

al darse cuenta de su insignificancia, que era valladar infranqueable donde había de destrozarse, quiso acabar el juego, pensando en el desenlace trágico inevitable. Pero una fuerza superior a él lo encadenaba a aquellos ojos.

No se atrevía a otra cosa; no tenía valor para más. Satisfecha esta necesidad sentimental de verla, de admirarla y de sentirse mirado, carecía de decisión para dar otro paso.

Cierto que ella le miraba más intensamente conforme iban transcurriendo los días; verdad que eran más abiertas, más francas, más claras sus sonrisas; pero esto lo cohibía a él más y más.

No pensó en seguirla para enterarse de su nombre—¿para qué?; era el ideal, un sueño—ni en escribirle, y mucho menos en hablarle. ¡Hablarle! El pensamiento hubiera sido bastante para paralizar

su corazón y poner temblores en sus carnes.

¿Era posible llegar a ella y mirarla cara a cara y dirigirle la palabra como a un mortal cualquiera? ¿Respirar su perfume y no enloquecer? ¿Verla cerca y no cerrar los ojos para no sentir un deslumbramiento? ¡Imposible!

La amaba, la amaría siempre: un año, diez, la vida entera; pero jamás se atrevería a llegar a ella, tan alta en su belleza, y menos, mucho menos, a pronunciar una palabra en su presencia.

Aquel sábado fué al teatro como todos los sábados de aquellos seis meses últimos, que tan rápidos fueron para él, con el pensamiento puesto en el deseo de verla. Allí estaba, como siempre. La miró con la misma timidez, con el mismo temblor, con la misma idolatría ciega que otras veces. Pero, a su pesar, observó que ella le rehuía los ojos cuando se tropezaban con los suyos, y que sus labios, gordezuelos y en forma de corazón, no le sonreían.

¿Qué habría pasado? Mentalmente se hacía la pregunta, sin separar los ojos de la mujer amada, y se daba mil razones bien lógicas para él, subyugando, vencido, sometido al encanto de la mujer. Acaso algún familiar que estaba en el teatro; quizá algunas amigas; tal vez había encadenado su atención la farsa escénica.

Y siguió mirándola... Al terminar la representación esperó en el vestíbulo para verla cruzar.

Pasaba siempre vaporosa y grácil, ofrendándole el aroma de sus esencias, que eran recuerdo para muchos días, y la gracia de su mirada, que, en sus ojos azules, eran una suave caricia.

Temblando con un miedo que era idolatría, la vió llegar... Se le acercó, envolviéndole en la nube de sus perfumes, y en el mismo momento, silbando, como un latigazo que le azotó el rostro, llegó la palabra:

—¡Imbécil!

Pasaba cerca, cerquísima, cuando sus labios marcaron las sílabas, recalcándolas, al mismo tiempo que sus ojos le miraban despreciativos, con una violencia contenida, que hacía más profundo el insulto:

—¡Imbécil!

La palabra golpeó en su cerebro y restalló por todo su cuerpo. Fué como un mazazo en la sien, que le hizo vacilar. El golpe retumbaba muy dentro, anulando sus pensamientos, cegándole.

Se lo había llamado ella, la mujer idealizada en sus sueños románticos, aquella lejana mujer que siempre miró como algo imposible. Había visto sus ojos, sus grandes ojos azules, fulminar un rayo de odio que buscaba su corazón:

—¡Imbécil!

¿Por qué? Necesitaba explicarse la razón del insulto; buscar la causa que justificase el agravio. Recordó el proceso de aquella pasión: aquellas miradas, que fueron aliento, y aquellas sonrisas, que fueron caricias; pensó en sus miedos, en su timidez y en el rudo batallar de sus sentimientos y sus pensamientos; el dolor fué transformándose en una vivísima claridad, que ahuyentó sus sombras... Y rompió en un sollozo. Se explicaba la frase hiriente, el desprecio de la mujer que esperó en vano. Su cobardía mató el amor...

Era la suya la tragedia del hombre tímido, irresoluto...

PAPEL Y TINTA

"Páginas Errantes", por el Dr. Ramón J. Carcano.— Editores: "La Facultad", Juan Roldán y Cía.

La historia narra los hechos importantes de cada pueblo. Puede haber historiador que se detenga más que otros en acontecimientos de relativo interés y puede asimismo existir historiador que, amante de una parte, de un trozo, de un suceso, lo amplíe, lo exponga con prolijos datos, ensalzando o censurando el momento histórico a que se refiera...

Pero no cabe en una obra, por muchos volúmenes de que conste, cuanto alrededor de la historia vive y debe subsistir en letras impresas, para conocimiento de las generaciones futuras. Y por ello, escritores como el doctor Ramón J. Carcano, que recopilan lo que más se ha destacado cerca de ellos, en su paso por los hechos históricos, son tan precisos como aquellos que sólo en general estudian la historia.

El doctor Ramón J. Carcano ocupa un puesto importante en la vida política y literaria de la Argentina. Su actuación como diputado nacional, como gobernador, como miembro de la Junta de Historia y Numismática, es bien notoria, además de sus prestigios de literato, que han tenido consagración antes de ahora. Y el doctor Carcano, que ocupa actualmente el alto cargo de gobernador de la provincia de Córdoba, ha recopilado en "Páginas

Errantes" parte de su labor en los diversos aspectos de su vida.

Contiene este volumen trabajos tan valiosos como los siguientes: "Aspecto de la granja en Córdoba", "Industria de la granja", "Hospital de clínica veterinaria", "En el centenario de Mitre", "Antonio Zinny", "El obispo Trejo y Sanabria", "La medicina en Córdoba", "La estatua del cura Brochero", "Córdoba inicia la reforma universitaria", "Los jefes políticos", "Manuel Paz", "Carlos Frías" y tanto más de asuntos de alto relieve en la vida argentina.

"El Estanque de Siloé", por Ana María Garasino.— Editores: J. Roldán & Cía. Librería "La Facultad".

De Paraná nos trae la señorita Garasino una ofrenda magnífica: "El Estanque de Siloé"; viene envuelta en seductoras galas, formadas por un léxico pulcro, estilizado, netamente castellano, y por una trama novelesca pletórica de bellezas y cuyo lugar de acción está visto desde la altura de un espíritu profundamente observador y sencillamente exquisito.

Pocas son, en verdad, las ovelas de tierra adentro que nos llegan y que están escritas tierra adentro también, porque no es difícil encontrar libros escritos en la capital federal y que tienen como protagonistas gentes del interior y se desenvuelven en el campo, pero es-

¿Hasta dónde baja un buzo?

Se exagera mucho cuando se habla de la profundidad a que pueden llegar los buzos. Se ha dicho que uno de éstos llegó a 33 brazas y media, o sea a unos 60 metros, en la costa occidental de la América del Sur, y se asegura que otro, trabajando al mismo tiempo y en el mismo punto, extrajo tres barras de cobre de una profundidad de 40 brazas, aunque a costa de su vida.

En realidad, son contados los hombres, por robustos que sean, que pueden resistir la permanencia a una profundidad de 20 a 30 brazas. La mayor parte de los buzos no se aventuran a más de 10 brazas. En una ocasión, de 352 individuos que estuvieron trabajando a mayor profundidad, treinta salieron enfermos y diez de ellos murieron.

En 1885, cuando el "Alfonso XII" se fué a pique en aguas de Canarias, con diez cajas de dinero, la compañía de seguros marítimos envió al lugar del siniestro tres de sus mejores buzos, llamados Lambert, Tester y Davies, los cuales lograron extraer nueve cajas con su contenido intacto. Pero Lambert contrajo una parálisis en los órganos internos, si bien parece que más tarde pudo curar, y en una segunda expedición organizada para recobrar la décima caja, Tester perdió la vida, probablemente por haber estado bajo el agua demasiado tiempo. La profundidad a que había que bajar era de 48 metros. Durante la primera expedición, Lambert cobró veinte mil duros, y Tester siete mil, en cuyas cantidades se comprendían su sueldo ordinario, un cinco por ciento del valor salvado y un premio de doscientos cincuenta duros por caja. Una compañía alemana quiso intentar el salvamento de la décima caja, ofreciendo como sueldo un cincuenta por ciento de su valor, sin otra recompensa, pero los buzos juzgaron la profundidad demasiado grande y la empresa quedó abandonada.

El mayor peligro a grandes profundidades consiste, no en la presión como vulgarmente se cree, sino en la gran cantidad de nitrógeno que invade la sangre y en el envenenamiento por el ácido carbónico, que produce una sensación muy notable de opresión y de dificultad para respirar. Si el buzo sube a la superficie demasiado rápidamente, siente en seguida los efectos del nitrógeno que ha absorbido su organismo.

Dos autoridades en la materia, los doctores Hill y Creech, del London Hospital, consideran que el límite de la profundidad a que puede trabajar un buzo son 35 a 40 brazas, o sean unos setenta y cinco metros, y entonces la cantidad de oxígeno que hay que suministrarles es tan grande que puede producir pulmonías, convulsiones o inflamaciones pulmonares.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear

Atiende especialmente enfermedades internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

DE 2 A 4 1/2

BERNARDO DE IRIGOYEN 257

U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

Dentista Cirujano

De 14 a 18

SAENZ PEÑA 216

U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y oídos del Hosp. San Roque

VIANENTE 726

De 2 a 4

Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque

Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1975

U. T. 0857, Juncal

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. ELOY A. ESCOBAR DAVIO

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

RIVERA 1278

Consultas: de 3 a 5 p. m.

U. T. Chacarita 2612

casas veces estos escritores de la gran metrópoli saben dar ese sabor neto y castizo que a las cosas de provincia dan los escritores que las viven continuamente...

Ana María Garasino es conocida por su colaboraciones en revistas porteñas y en periódicos de provincias, pero hasta ahora sólo eso, artículos, había dado al público, sin que la obra grande apareciera, y con "El Estanque de Siloé" se nos ofrece esta escritora entrerriana tal como es: una educadora del idioma y una novelista de altos vuelos.

"El corazón iluminado" por López de Molina.- Editorial Tor, Buenos Aires.

Contados son los libros de versos que aparecen en el país, en los cuales se vea la obra de un verdadero poeta. Por lo común, esos libros son retóricos o disparatados, reveladores de que son muchos los que aspiran al alto título de poetas y contadísimos los dignos de tal nombre.

López de Molina, que ya en "El Amor Fiel" demostró innegables cualidades poéticas, confirma en "El Corazón Iluminado" sus bellas dotes, brindándonos una vigorosa colección de poesías medulares, llenas de vida, ajenas por completo a toda costa quieren imponer ciertos poetastros llamados de "vanguardia".

"El Corazón Iluminado" es uno de esos libros que llevan al lector el convencimiento de que quien lo ha escrito no se propone llamar la atención con piruetas literarias, sino conmoverlo y hacerlo pensar al propio tiempo por medio de la emoción que provoca la verdadera poesía.

Juan José de Soiza Reilly, el más popular de los escritores argentinos, ha escrito un hermoso prólogo para este nuevo libro del poeta, y en él hace justicia a López de Molina, al decir que es un poeta que se aparta de los demás de la hora actual y se mantiene fiel a sí mismo, sin dejarse llevar por ciertas corrientes literarias hoy muy en boga.

"DON QUIJOTE DE LA MANCHA" PASA A LOS CINES

Después de la serie de exhibiciones que en el teatro Victoria tuvo "Don Quijote de la Mancha", exclusiva de Splendor Program, ésta pasará a los cines desde la semana próxima.

"Don Quijote de la Mancha" ha merecido entera acogida por los méritos intrínsecos que acumula su acción y desarrollo.

La actuación de Pat y Patachón, en sus roles de Don Quijote y Sancho Panza, ha sido elogiada con justicia, pues difícilmente se puede hallar dos actores que presenten en sus figuras y en su arte la idiosincrasia de los famosos personajes cervantinos.

En los cines esta obra de Splendor Program, ha de obtener igual éxito.

SPLENDOR PROGRAM PREPARA EL ESTRENO DE "GENTLEMEN"

"Gentlemen" se titula la próxima extraordinaria que presentará la Splendor Program.

Después de una intensa reclame, "Gentlemen" será estrenada a mediados del mes próximo, previa una exhibición privada en el Petit Splendid.

Esta producción es de sello francés y tiene por protagonista a Huguette Duflós, hermosa "vedette" que aquí conocimos en producciones exitosas.

Tiene "Gentlemen" un argumento emotivo y una "mise en scene" a todo lujo.

Splendor Program quiere presentar esta exclusiva con música adaptada.

COMO FUE ESTRENADA EN PARIS "LA CRUZADA NEGRA"

"La Cruzada Negra", film descriptivo de los misterios del África desconocida, que estrenará en agosto la Selección Golpe Film, fué estrenada en París en la Gran Opera, honor que a muy pocas obras cinematográficas les han discernido.

"El Eco de París", diario famoso en Francia, describe en la siguiente forma la memorable noche de su estreno.

Dice "El Eco de París":

"La función de gala dada ayer noche en la Opera, en ocasión de la primera representación de la película "La Cruzada Negra" por la expedición Citroen al centro del Africa (2a. misión Haardt — Audouin Dubreuil) ha obtenido un gran éxito.

Cuando el señor Doumergue, presidente de la República, subió la escalera en medio de las filas de guardias republicanos vestidos con gran lujo y hubo llegado a la sala, se notaba ésta llena de bote en bote, y lo mismo los sitios más altos, en los que se observaba una concurrencia selecta, compuesta de notabilidades de todas las esferas.

Por mucho tiempo la Opera no ha tenido tan fastuosa fiesta.

El presidente ocupó el palco del medio. Tenía a sus costados el mariscal Foch, el general Gouraud y miembros del gobierno. Se notaba en los primeros palcos los embajadores de varios países y los héroes del segundo raid.

Después de la primera parte, el presidente recibe a M. Andrés Citroen y lo felicita por la bella lec-

ción de energía dada por la misión que organizó.

En resumen, fué un hermoso regalo artístico de vistas inolvidables, interesantes, emocionantes y también amenas. Un regalo también a los oídos. La orquesta y los coros de la Opera, bajo la dirección de M. Szyfer, han ejecutado músicas clásicas y músicas especialmente escritas de aires africanos, por Germana Taillefer y Andrés Betrot.

La fiesta que ha sido organizada a beneficio de la "Asociación de Socorros a las Viudas de los Militares Muertos en la Guerra", fué, por sobre todas las cosas, magnífica. La venta de entradas, atendida por lindas artistas, habrá reportado una linda suma.

HUGUETTE DUFLOS REAPARECERA EL MES PROXIMO EN "GENTLEMEN"

Splendor Program, que acaba de estrenar con éxito completo la extraordinaria producción "Don Quijote de la Mancha", se apresta a presentar, en los primeros días del mes próximo, la especial novedad titulada "Gentlemen".

Es su protagonista Huguette Duflós, una de las "estrellas" más completas de la constelación francesa. Acaba de divorciarse, después de varios años de vida matrimonial feliz.

Al respecto dice un cronista parisense, al dar cuenta de este episodio de la vida conyugal de la bella Huguette:

"Vedettes" de cinematógrafo, ¡no os caséis jamás! Pero si resolvéis casaros conservad el nombre y el apellido que lleváis antes de contraer enlace".

En efecto: la aventura que acaba de ocurrirle a Huguette Duflós es una lección. Estaba esta linda actriz, que antes de serlo de cinematógrafo lo fué de teatro, casada con M. Rafael Duflós, actor también. De la unión con él, Huguette se transformó en Huguette Duflós.

Pero los matrimonios de artistas están expuestos a toda clase de vicisitudes, como los burgueses. Huguette y M. Duflós acaban de divorciarse, y es el caso que ahora ya no es más que Huguette sin Duflós.

Esto no le quitará nada al talento de la gentil e interesante artista, pero puede causarle un gran perjuicio, desde el punto de vista de la propaganda del cartel. La popularidad de su nombre es muy grande, tanto en Francia como en el extranjero.

PELICULAS PARLANTES

El día 28 de julio tuvo lugar la primera exhibición de películas parlantes, en el Empire Theatre, donde seguirá ofreciéndose este espectáculo.

Ellas serán proyectadas por medio del Phonofilm, aparato cuya exclusividad tiene la Corporación Argentino Americana de Films. El éxito de esta nueva aplicación del cinematógrafo, debida al genio in-

ventivo del sabio norteamericano doctor Lee De Forest, está desconocido de antemano.

Se trata de películas en las que la fotografía comprende, bajo un absoluto sincronismo, la imagen y la voz humana; es decir: películas en las que sus personajes viven una vida mucho más real e intensa que en las que sólo tienen títulos escritos para explicar las situaciones.

Aunque hay muchas personas que han visto y oído ya el Phonofilm en exhibiciones privadas, diremos una vez más que el riesgo de una desentonación entre el sonido y la acción no puede jamás producirse, pues ambas están grabadas en el celuloide, por un procedimiento que, científicamente considerado, resulta una verdadera maravilla.

Es así como los intérpretes de música y canto han encontrado en este aparato un nuevo y eficaz medio de difusión, mucho más perfecto que cualquier otro de los inventados hasta la fecha.

Y aparte de la música y el canto, puede producirse también cualquier otro sonido, en una vasta gama, de manera que el espectáculo que puede organizarse con el Phonofilm será siempre variado y atrayente.

La Corporación Argentino Americana de Films posee infinidad de óperas, números de variedades, bailes, conciertos, actualidades y otros con los que se podrán formar distintos programas para todos los públicos.

¿QUE ES EL PHONOFILM?

Cuando recibí la invitación para asistir, como representante de la Associated Latin American Newspapers, a una demostración del Phonofilm, don Fulgencio se hallaba en nuestro despacho. "Y ¿qué es eso?" preguntó. "El más asombroso invento del siglo", le dije; "el non plus ultra de los cineparlantes!... el..." "¡Para!" me dijo el eterno sempiterno intransigente: "¿Cineparlante? ¡Otra mamarrachada! De eso he visto mucho: recuerdo que..."

A título de demostración, don Fulgencio me obsequió con reediciones de su repertorio: "La Traviata", el sexteto de "Lucia", hasta "La Batalla de Chiva", las ejecutó en un falsete de gargareos, entre gruñido de perro y maullido de gato, imitando los ruidos imposibles de eliminar en aquellos toscos experimentos en que se trataba de coordinar un disco fonográfico con la mímica de la pantalla.

El Phonofilm, sin embargo, es otra cosa. Experimentos han habido, algunos recientes, en que se ha llegado a un cierto punto de perfección, pero no se puede escapar del hecho de que sólo son un dispositivo a base de disco fonográfico, existiendo siempre la posibilidad de un desarreglo entre el sonido y la acción. En el Phonofilm no existe la más remota posibilidad de desacuerdo: el sonido es *filmado* simultáneamente con la acción, y en la misma película, por un proceso en que se han combina-

do felizmente la radiotelefonía y el cinematógrafo.

Don Fulgencio fué conmigo. Quedamos asombrados. Aquello, efectivamente era increíble: orquestas que reverberaban potentes, vibradoras o con la suavidad de los *pianísimos*, los matices exactos de una perfecta rendición. En el canto, voces clarísimas, líquidas, de modulaciones definidas. Y en todo, aquella perfecta sincronización del sonido y de la acción.

Como contraste exhibieron una orquesta de instrumentos de cuerda en la pantalla muda; luego, con el Phonofilm, de pronto la escena adquiere vida, espíritu; el torrente musical hace significativos hasta los menores movimientos de los artistas.

Para demostrar la infinidad de sonidos que el aparato captura y fielmente reproduce, proyectaron una cinta de un viaje a la campaña: el tren traquetea al arrancar entre silbato y campanadas; más tarde, escenas rurales: gansos que graznan; una bomba de mano, que rechina al funcionarla; un aeroplano, que el ruido de cuyo motor varía en intensidad al alejarse o acercarse; hasta una cría de cochinitos que gozan de un "lunch" al aire libre, servido por una madre complaciente y que ellos saborean con gruñidos de satisfacción.

"¡Admirable!" exclamo. "¡Asombroso!" dice don Fulgencio, pero como nunca transige tan fácilmente, agrega: "Pero el gruñido de los 'chanchitos' no me sonó del todo genuino".

Poco ducho en eso de gruñidos de genuinos chanchos satisfechos, me guardé de desmentirle. Para mí el Phonofilm es, en verdad, lo que le han llamado en este siglo de maravillas: la maravilla del siglo.

Continúan emitiendo su impresión sobre el Phono Film los empresarios de cines.

DON VENTURA GODAY

Del Metropol Palace

Es de la guardia vieja. Don Ventura Goday ha visto rodar muchos años, hundirse muchos empresarios y levantarse otros. Los tiempos de prosperidad como los de honda crisis lo han encontrado siempre en actividad, defendiendo su salón y aportando a la explotación cinematográfica nuevas luces.

—¿Qué opinión tiene del Phonofilm?

—No puedo hablarle con amplitud, como desearía, por el hecho de que no la he podido ver. Mis ocupaciones me lo impidieron cuando se exhibió en privado. Pero por los informes que me dieron puedo colegir que ha de ser una atracción única para los cinematógrafos, siempre tomando por base como espectáculo fragmentario. El cine ha llegado a un punto tal que necesitamos algo que sacuda, que subyugue, que arrastre. Para mí el Phonofilm puede cumplir ampliamente esa misión.

Ahora bien, según me han narrado y por las descripciones así lo creo, no podrá el Phonofilm acaparar una sección entera, por no adaptarse a la filmación de películas de largo metraje con los actores favoritos del público, pues, por ser universal el espectáculo cinesco, deberían saber, como mínimo, cinco idiomas a la perfección. Mas eso no importa para el presente, pues en ese invento se halla la iniciación de una nueva era para el cine.

"UNA EXTRAÑA AVENTURA"

Esta obra estrenada en el Argentino, original de Bernard y Athis y traducida y adaptada con el título del epígrafe, es de trama novelesca y se nos ocurre que data de algunos años a esta parte, por la forma de su desarrollo escénico. Se refiere el argumento a un ex-capitán de marina mercante, Charles Wilson, quien a consecuencia de una desventura amorosa, ha abandonado su puesto y arrastra una dolorosa existencia, bloqueada por la miseria económica. La necesidad de vivir parece que va a convertir en delincuente a un sujeto que fué siempre honrado. Acepta la invitación de apoderarse de unas cartas que posee una artista, para despejar la situación de un señor que va a contraer enlace. Wilson recibirá en pago, una gruesa suma de dinero y, para obtener esos documentos, llegará a matar, si es preciso.

La artista es una casquivana que se vende al mejor postor y, en esta ocasión, deslumbrada por una joya, deja a un viejo amigo rico, para conducir hasta su domicilio a Charles. Este, en quien la honradez se sobrepone a las imágenes del mal, atraviesa horas de tortura íntima, pues su conciencia de hombre de bien le reprocha la acción que va a cometer. Ya en casa de la actriz, el improvisado aventurero derriba y somete a un ladrón vulgar que esa noche se propuso robar a la actriz, la cual siente nacer bondadosos sentimientos por ese extraño pretendiente que mantiene una actitud caballeresca inexplicable. Wilson termina por confesar de plano el verdadero propósito que le condujo a aparecer como su cortejante y, según ocurre en los folletines, concluye la pareja por enamorarse.

El actor Parravicini, a cargo del personaje de Wilson, tipo simpático por la aureola de melancolía mantenida en casi todo su desempeño, hizo una interesante labor demostrativa de las ricas facultades del artista para interpretar roles que nada tiene que ver con su especialidad de bufo. Sobrio, equilibrado, dió vivo colorido a su personaje, matizándolo con singular acierto y manteniéndolo en una "tesisura" de comedia elegante. El público con su aplauso reveló la favorable impresión que le produjo la pieza.

"¿QUIEN ENTIENDE A LAS MUJERES?"

Un buen éxito de risa logró el conocido autor, don Francisco El. Collazo, con esta obra últimamente estrenada en la Comedia. Demostrando no ignorar los recursos de que se puede echar mano para enredar un asunto simplísimo, cual es el propósito de una señora de ahuyentar a un obstinado pretendiente, consigue Collazo mantener el interés del público en dos actos ágiles y divertidos, en los que una serie de complicaciones inesperadas intrincan la situación del personaje, llevándolo al borde del ridículo, cuando pensaba gustar su triunfo donjuanesco.

La pieza es un juguete cómico, menos que una comedia; pero tiene en su favor una discreta realización escénica y cierta naturalidad en su desenvolvimiento que denuncia al autor de muchas obras.

TEATROS

Por lo demás, los diálogos suelen mostrar chispa y más de una situación reclama la hilaridad del público.

La compañía de Franco y, sobre todo, Eva Franco, contribuyeron a hacer aplaudir la pieza, que ha de representarse muchas noches.

JUAREZ Y SAN JUAN

Como se preveía, el público ha respondido a la nueva "season" de la compañía que encabezan estos dos estimados actores.

A la buena fortuna obtenida con "¡Mecachis, qué guapo soy!", ha seguido la de las reposiciones de "Hijo de mi alma" y "Un vaso de agua", no siendo difícil que a estas horas haya subido al cartel "El espanto de Toledo", obra de Muñoz Seca, cuyo estreno se venía anunciando con la expectativa que despiertan las piezas del festivo escritor.

ATENEO

De Rosas ha ofrecido recientemente, con éxito, el estreno de "El abogado Bolbec... y su marido", versión castellana de Escobar, de la famosa obra de Verneuil y Spitzer, gran éxito de París y traducida a varios idiomas.

Aludiremos en nuestra próxima edición a esta interesante obra.

EL CINE EN EL TEATRO

A cuenta de lo mucho que dió el teatro al cine, va poco a poco devolviendo éste a su progenitor. No es de ahora el desquite, ni puede esperarse un total reintegro. Cine y teatro tienen su propio predio cada uno y viven su vida con fuerzas y recursos propios. Sin embargo, cierta interdependencia establece entre ellos ciertos motivos de unión y si muchos argumentos teatrales fueron absorbidos por la escena muda, ya se va advirtiendo en el teatro una notoria evolución hacia las formas ágiles y objetivas del cinematógrafo, en repetidos ensayos que cada vez van acentuando más esos perfiles.

Prueba al canto. La última producción estrenada en el Apolo, lleva en el título, en el subtítulo, en los personajes y en la trama la huella sensible de la pantalla. Nos referimos a "La rival de Mary Pickford", de Julio Franzoso.

Un joven mediocre y tímido, mal criado entre faldas y mimos, está a punto de casarse con una joven lugareña que le deparan sus viejas tías. No sabe nada del amor ni de la vida el pobre diablo y de repente, un día penetra en su santuario de inocente, una muchacha fugitiva que le pide amparo. Ante el escándalo monjil de las tías el ingenuo la hace pasar por su mucama, y aunque enamorado con ese romanticismo de película que hace suspirar a las solteras de cierta edad, se ve obligado a separarse de su amada porque es una honestizar más tarde, el casamiento del mozo con su antigua prometida. La boda es inminente y, cuando ya todo está por consumarse, la novia levanta el espeso velo que le cubre la cara y deja ver el rostro lin-

do y pícaro de la dama que había inquietado al galán, colándose en su pieza como una corza perseguida. Todo había sido una travesura de muchacha, urdida para despertar en su novio el gusto de las emociones fuertes y entusiasmar un poco la insensible y apática ingenuidad de su temperamento.

No puede negarse el celo y fidelidad con que el autor ha realizado esta película hablada. Interesante y movida, tiene diálogos no carentes de gracia, una gracia acaramelada y sencilla, una gracia de cine.

César y Pepe Ratti, Chela Cordeiro y el resto del conjunto, actuaron con mucha eficacia.

EN EL COMICO

El éxito sigue acompañando a los espectáculos del Cómic. Los aplausos con que el público recibió "El barrio está de fiesta" continúan todas las noches. Arata y Ruggero, así como Berta Gangloff y Corsini, sacan provecho de sus respectivos papeles, dando al sainete de Maroni y Giúdice, una interpretación sumamente eficaz.

Podemos, pues, decir que el Cómic está de fiesta.

EL CARTEL DE BLANCA

Desde la cándida y suave poesía de una flor de durazno, hasta las horripilantes escenas de un melodrama furibundo, el cartel del Smart ofrece ancho campo para todas las sensibilidades, menos para las demasiado susceptibles que pueden experimentar trastornos fatales ante los duros contrastes de la vida. En efecto, "Flor de durazno", versificada por Rossi y con ciertos ribetes de filosofía y de sentimentalismo poético, ocupa el cartel de este teatro, juntamente con "La horrible profanación" cuyo solo título da la impresión de una barra de hielo frotándonos la espina dorsal. Las almas delicadas y los espíritus feroces, tienen en esta sala, todo lo que puedan desear.

EL HOMENAJE A ROLDAN

Una bella idea que se ha convertido en un buen negocio, ha sido la de ofrecer a la memoria de Belisario Roldán el homenaje de la representación de una de sus piezas, que si no es la mejor, tiene méritos suficientes como para agradecer intensamente al público. "El puñal de los troveros", refundida en un sólo acto, pierde algo de su belleza, puesto que pierde algunos trozos de verso, pero conserva siempre su espiritual animación, su verbo brioso y el cálido soplo de poesía que alienta todas las producciones del gran poeta que fué el autor de "El rosal de las ruinas".

La empresa del Nacional ha rendido un simpático homenaje al maestro Belisario Roldán y al mismo tiempo ha reforzado su cartel con una pieza interesante y de gran atracción.

EL CATALAN DEL LICEO

Prolonga plácidamente sus noches en el Liceo, el simpático Martorell, encarnado por Casaux en la

forma meditada y eficaz a que nos tiene acostumbrados el talentoso actor. Su compañero Magariños y las respectivas cónyuges, que vienen a constituir el tercer término de la conocida razón social "Martorell, Magariños y Cía.", son aplaudidos noche a noche en el Liceo por un público numeroso y entusiasta.

LA REVISTA ESTILIZADA

Estrenóse con buen éxito en el Maipo la revista del epígrafe que, en realidad no agrega nada a la labor realizada en este teatro. Los cuadros de siempre, con el buen gusto que allí se estiló y un grupo de coristas jóvenes y lindas, que es lo mejor de todo.

ANGELINA PAGANO

La compañía infantil organizada y dirigida por Angelina Pagano y que actúa con mucho éxito en el San Martín, continúa representando "El sueño de Pelusita" que hace las delicias de los pequeños espectadores.

MUÑO

Reincorporado a la escena después de breve ausencia por enfermedad, el actor del Buenos Aires, ha estrenado "El cotorro de Cacho Tabares", pieza de Pablo Suero que fué muy aplaudida. Nos referimos a ella en otro número.

MARCONI

Reapareció en esta sala la compañía Cavalli-Piacentini, que tantas veces ha actuado entre nosotros. El viejo y querido cómico Cavalli, que hizo la alegría de varias generaciones, recibió del público una nueva expresión de su simpatía. En esta sala actúa también el tenor Mario Capello, creador de la canción dialectal genovesa, que es aplaudido.

GRAND SPLENDID

Optima impresión causó la película "Mare nostrum", estrenada hace unos días en esta grandiosa sala, lugar de cita de las familias aristocráticas porteñas. En la semana que se inicia serán exhibidas otras notables producciones que atraerán a las funciones numerosas personas que habitualmente concurren a este hermoso cine, administrado por el Sr. Carmelo Carbone con el aplauso de todos.

CAPITOL

Bonitas cintas se ofrecerán en estos días en el acreditado salón de la calle Santa Fe, cuya temporada se desarrolla con fortuna. Buen público afluye en número elevado a las funciones y sale satisfecho de los espectáculos que se le brindan.

CINE PARC

Han desfilado en la semana, las mejores familias de Palermo por este elegante cinematógrafo, cuyo prestifio creciente es indiscutible.

Prepara la empresa para la última semana del mes, un notable programa de vistas sumamente interesantes, que determinarán llenos en las veladas.



ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. Creación Drecoll. Abrigo de paño gris pálido, forrado con crespón Georgette del mismo tono y guarnecido con 'petit gris'. — 2. Creación Bechoff. Abrigo "Lido", de cuadrulado buranico, tono madera de rosa sobre fondo blanco; la cintura y los bolsillos, confeccionados con gamuza del mismo tono, un poco más oscuro. Se lleva este abrigo con el traje número 3, formando así el conjunto. — 3. Creación Bechoff. Traje de llevar con el abrigo número 2. Está confeccionado con tela de seda de dos tonos, de rosa y azul ultramar, y adornado con tiras de satén blanco.

ROPA DE CUERO

LA MEJOR Y MAS DURADERA
IMPERMEABILIDAD Y ABRIGO



TALABARTERIA-CURTIEMBRE

ARTICULOS DE VIAJE Y SPORT

Casimiro Gomez

Bule de Trigoyen 165

BUENOS AIRES

San Martin 1150

ROSARIO

SACOS, BRÉSCHESES, CHALECOS, PATUCALOTES, BOMBACHAS, SOBRECODOS, COVERCOATS, CAPADOS PARA SEÑORAS
TIPPOS, CUAPTES, GORRAS Y SOMBREROS